



Erud Blyton

**LA GRANJA
DEL CERREZO** *de*

Ha sido una temporada complicada para Rory, Penny, Sheila y Benjy, primero el sarampión, luego la gripe y para rematarlo, Penny y Benjy, cogieron un catarro. El médico al verlos tan delgaduchos y pálidos recomienda que pasen una temporada en el campo. Sus padres deciden enviarlos a la Granja del Cerezo con sus tíos Bess y Tim durante seis meses para que se repongan de sus enfermedades mientras ellos viajan a América. Allí conocerán a Sacolín «el Salvaje» que les descubrirá los secretos de los animales y la naturaleza.



Enid Blyton

La Granja del Cerezo

La Granja - 1

ePub r1.0

2067leon 09.11.14

Título original: *The children of the Cherry Tree Farm*

Enid Blyton, 1940

Traducción: C. Peraire del Molino

Ilustraciones: Harry Rountree

Diseño de cubierta: Ángel Badía Camps

Editor digital: 2067leon

ePub base r1.2



CAPÍTULO PRIMERO

UNA GRAN SORPRESA

Una mañana de temprana primavera, tres niños miraban por la ventana de una casa alta, en Londres. Abajo había una calle concurrida, y no muy lejos un grupo de árboles y de hierba rodeados de una verja alta.

—Los árboles ni siquiera han comenzado a florecer todavía —dijo uno de los niños, Rory. Era el mayor de la familia, moreno y de ojos castaños—. ¡Cómo aborrezco estar en Londres en primavera!

—Bueno, siempre hemos estado aquí, y supongo que siempre lo estaremos —replicó Sheila. Tenía doce años, uno menos que Rory, y sus cabellos rizados cubrían sus hombros. Sus ojos eran tan castaños como los de su hermano.

El otro niño, apoyando el mentón en su mano, contempló pensativo la plaza de Londres.

—¿En qué estás pensando, Benjy? —le preguntó Sheila—. ¿En si habrá algún nido de pájaro en esos árboles, supongo? ¿o si de pronto podrás ver un conejo por la calle, o alguna zorra escapando? Tendrás que aguardar a las vacaciones de verano para ver esas cosas.

—Ojalá fuésemos lo bastante ricos como para tener una casa en el campo, como algunas personas —dijo Benjy—. ¡Cómo disfrutaría viendo brotar todas las flores de primavera y observando a los renacuajos en las charcas!

Benjy tenía diez años... era un niño tranquilo que pasaba todo su tiempo libre leyendo sobre animales y pájaros. No era el más pequeño, después estaba Penélope, que sólo tenía siete. Se encontraba abajo con su madre que le estaba vendando un corte en el dedo.

Y fue mientras estaba allí cuando Penélope oyó la «gran noticia». Escuchó con toda atención mientras los mayores hablaban; y en cuanto su dedo estuvo vendado voló escaleras arriba para dar la noticia a sus hermanos.

Abrió la puerta y quedó allí jadeante. Los otros se volvieron sorprendidos y vieron a Penélope con sus ojos azules resplandecientes y sus cabellos dorados cayendo alborotados sobre sus hombros.

—¡Te van a reñir si haces tanto ruido! —le dijo Sheila—. Has subido la escalera como una docena de elefantes.

—¡Rory! ¡Sheila! ¡Benjy! ¡Escuchad! ¡He oído algo maravilloso! —exclamó Penélope.

—¿Qué? —preguntaron los otros.

—¡Pues que nos vamos todos a la Granja del Cerezo para quedarnos con tía Bess por lo menos seis meses! —gritó Penélope bailando alrededor de la mesa de contento.

—¡Penny! ¿Estás segura? —exclamó Rory.

—¡Oh, Penny! ¡No puede ser verdad! —chilló Sheila.

—¿Pero y el colegio? —preguntó Benjy sorprendido.

—Mamá dice que el doctor le ha aconsejado unas vacaciones bien largas para todos nosotros —dijo Penny sin dejar de saltar—. Ella dijo...

—Penny, estate quieta y cuéntanoslo todo como es debido —suplicó Rory. De modo que

Penny se sentó en un taburete y se dispuso a contar a sus hermanos lo que había oído.

—Pues, todos tuvimos el sarampión, y luego la gripe, y después Benjy y yo cogimos el catarro, y mamá le contó que estamos demasiado delgados y pálidos, y que no comemos bastante, y el doctor dijo que lo único que hay que hacer es dejarnos correr por el campo, y mamá propuso: «¿Qué le parece la Granja del Cerezo?», y el doctor respondió: «Espléndido», y papá dijo: «Justo lo que necesitan», y yo escuchaba sin decir palabra, y...

—¡Oh, Penny, es demasiado bueno para ser verdad! —exclamó Benjy—. ¡Sin colegio! Correr libremente por el campo. Me gustaría ser salvaje. Ojalá pudiera entrar en las madrigueras de los conejos y vivir allí. Ojalá pudiera entrar en un árbol hueco y vivir allí. Ojalá...

—¡Benjy, no seas tonto! ¡Será mucho más agradable vivir en la Granja del Cerezo con tía Bess y tío Tom! —dijo Rory—. ¡Caramba! ¡Crema cada día! ¡Y esos pasteles de manzana con queso que hace tía Bess! ¡Y comer las fresas cogidas en el jardín! ¿Para «qué» vivirá la gente en una ciudad?

—Oh, para ir en autobús y al cine, supongo —repuso Sheila—. ¿Cuándo nos vamos, Penny? Penny no sabía nada más, pero mamá pronto subió a contárselo todo.

—Os marcharéis el jueves —les dijo—. Habéis tenido tantas enfermedades que durante algún tiempo no iréis al colegio. Sólo aire del campo, buenos alimentos y buenos paseos. Yo no puedo ir con vosotros, porque papá quiere que vaya a América con él... pero tía Bess os cuidará bien.

¡Qué excitación hubo durante los dos días siguientes! Les dieron un pequeño baúl para que metieran en él sus juguetes, libros, o lo que quisieran llevarse. Mamá les preparó la ropa, pero dijo que el baúl de los juguetes debían llenarlo ellos mismos.

Sheila quería llevar su muñeca más grande, pero Rory no se lo permitió.

—Ocuparía la mitad del baúl —les dijo—. Llévate otra más pequeña.

Luego Penny quería llevarse su familia entera de muñecos de resorte. Tenía siete.

—Bueno, si te llevas esos muñecos no podrás llevarte nada más —le dijo Rory en tono firme—. No, ni siquiera ese horrible conejo sin orejas.

Al fin se llevaron lo que cada uno quería más. Rory se llevó cajas de lápices, cajas de pintura y cuadernos para pintar, ya que la pintura era su mayor afición. Sheila cogió su cesta de labor, algunos rompecabezas y una muñeca pequeña. Benjy sólo libros. Penny también escogió tres y todos los muñecos flexibles y suaves que pudo meter.

Y ya estuvieron listos. Tenían que ir en tren, de manera que papá y mamá les llevaron en el coche hasta la gran estación de Londres donde les aguardaba su tren. La Granja del Cerezo estaba lejos, en el corazón de la campiña, cerca del mar. Tardarían un día entero en llegar allí.

—¡Adiós, queridos! —les dijo su madre—. ¡Sed buenos!

—¡Adiós! —les dijo papá—. Recordad que estaréis en casa ajena, de manera que haced exactamente lo que os digan, y ayudad todo lo que podáis.

—¡Sí, lo haremos! —gritaron los niños, excitados—. ¡Adiós, mamá! ¡Adiós, papá! ¡pasadlo bien en América! ¡No os olvidéis de escribirnos!

La máquina pitó. Se cerraron las puertas. El mozo alzó una bandera verde y el tren comenzó a moverse lentamente a lo largo del andén, lanzando chorros de vapor.

El ritmo se hizo más rápido. El andén se terminó, y mamá y papá fueron tan sólo unos puntos

negros en la distancia, y el tren salió de la estación grande y oscura al sol dorado y brillante.

—¡A la Granja del Cerezo! —gritó Rory, dejándose caer sobre el asiento, que soltó una nube de polvo.

—¡Seremos salvajes, seremos salvajes, seremos salvajes! —cantó Penny siguiendo el ritmo del tren. Aquello hizo reír a los niños y estuvieron cantando la divertida canción de Penny durante un largo rato. ¡Fue buena cosa que no hubiese nadie más en su departamento!

CAPÍTULO II

A LA GRANJA DEL CEREZO

Fue un viaje muy largo, pero emocionante. En primer lugar, papá había dispuesto que comieran en el vagón restaurante, y fue muy divertido caminar por el tren en plena marcha, para ir a ocupar sus puestos ante las pequeñas mesitas del comedor. Rory tuvo que sujetar fuertemente a Penny, porque casi se cae cuando el tren tomaba una curva.

Los tenedores y cuchillos tintineaban sobre la mesa, y el pan de Penny saltó del platito. El agua de Rory se derramó sobre el mantel, pero no fue culpa suya. ¡Qué divertido era comer en un tren que marchaba a setenta kilómetros por hora!

—Si el tren mantiene esta velocidad yo creo que pronto estaremos en la Granja del Cerezo —dijo Penny contemplando los setos y postes telegráficos que rápidamente iban quedando atrás.

—No llegaremos allí hasta después de la merienda —anunció Sheila—. Mamá dijo que deberíamos aguardar hasta estar allí para merendar. Dijo que tía Bess la tendría preparada para nosotros, y que sería una pena desperdiciarla merendando en el tren. De manera que yo creo que debemos comer todo lo que podamos por si luego tenemos hambre.

Comieron tanto que luego les entró sueño. Volvieron por los pasillos del tren en marcha, hasta su vagón. Rory había prometido a su madre que haría que Penélope durmiera después de la comida, y por ello preparó para ella una especie de cama en uno de los asientos.

—¡Vamos, Penny! —le dijo—. ¡Aquí tienes una cama para ti! Mira, he puesto mi abrigo como almohada, y te cubriré con esta manta.

—Pero yo quiero ser mayor como vosotros y charlar —repuso Penny, que aborrecía ser tratada como un bebé. Más Rory se mantuvo firme, y tuvo que echarse. A los dos minutos estaba profundamente dormida.

¡Y Rory también! Apoyó la cabeza contra la ventanilla y a pesar de que el tren silbaba y jadeaba, no oyó nada... se había dormido tan profundamente como la pequeña Penny.

Al poco rato Sheila se acurrucó en su rincón como un gatito y también cerró los ojos. Era delicioso dormir con el vaivén del vagón. El ruido en sus sueños formaba una canción así...: «Seremos salvajes, seremos salvajes».

Benjy permaneció despierto durante un rato, pensando lleno de contento, en las hermosas vacaciones que iban a tener. De los cuatro era al que más le gustaba el campo, y el que deseaba más ver a los animales y oír el canto de los pájaros. Jamás le habrían permitido tener animales en Londres, de manera que todo lo que Benjy pudo hacer fue trabar amistad con los perros del parque y dar de comer a los patos que en él había.

—Quizá tendré un cachorro de mi propiedad —pensaba Benjy soñador—. Quizá haya terneros en la granja que me lamen la mano... y tal vez encuentre la madriguera de un tejón... o la guarida de una zorra.

Y luego se quedó dormido, y se vio sentado ante una madriguera rodeando con su brazo a una extraordinaria zorra amarilla, que estaba fumando en pipa y diciendo que quería ir a América. ¡Sí, Benjy estaba bien dormido!

De manera que después de charlar, comer y dormir, no les pareció que había transcurrido mucho tiempo cuando el tren se detuvo en una pequeña estación y el mozo gritó: «¡Cerezales, Cerezales!». «¿Se apea alguien en Cerezales?».

—¡Ésta es nuestra estación! —gritó Rory encantado—. ¡Vamos, coged vuestros sombreros! Aquí tienes tu bolsa, Sheila. ¡Vamos, Penny! ¡Eh, mozo, nuestro equipaje está en el furgón!

—¡Ya lo están bajando, señor! —replicó el mozo. Y así era. Entonces Rory distinguió a tía Bess que se apresuraba por el andén mientras el viento rizaba sus negros cabellos.

—¡Tía Bess! ¡Aquí estamos! —gritaron los cuatro niños corriendo a su encuentro.

—¡Hemos comido en el tren! —gritó Penny.

—¿Dónde está tío Tim? —preguntó Sheila, que adoraba a aquel campesino fornido y rudo.

—Nos aguarda fuera en el coche —repuso tía Bess besándoles a todos—. ¡Cielo Santo, qué mejillas tan pálidas! ¡Y qué piernas tan delgadas tiene Benjy! ¡Me pregunto cómo puedes caminar sobre ellas, Benjy!

Benjy se puso colorado. Aborrecía sus piernas flacas, y tomó la determinación de comer todo lo que pudiera hasta que sus piernas estuviesen tan gordas como las de tío Tim. Y allí estaba el tío Tim en el coche de caballos, saludando con el látigo a los niños.

¡Qué alboroto armaron los cuatro para subirse al coche tirado por un *pony*! Su equipaje les seguiría más tarde en el carro de la granja. El rollizo *pony* volvió la cabeza para mirar a los niños. Relinchó contento.

—¡Vaya, incluso *Polly*, el *pony*, se alegra de veros! —rió tío Tim—. ¡Hola, Penny! ¡Has crecido desde que no te veo!

—Sí, he crecido —dijo Penny con orgullo—. Ahora ya no tengo niñera. Soy tan mayor como los demás.

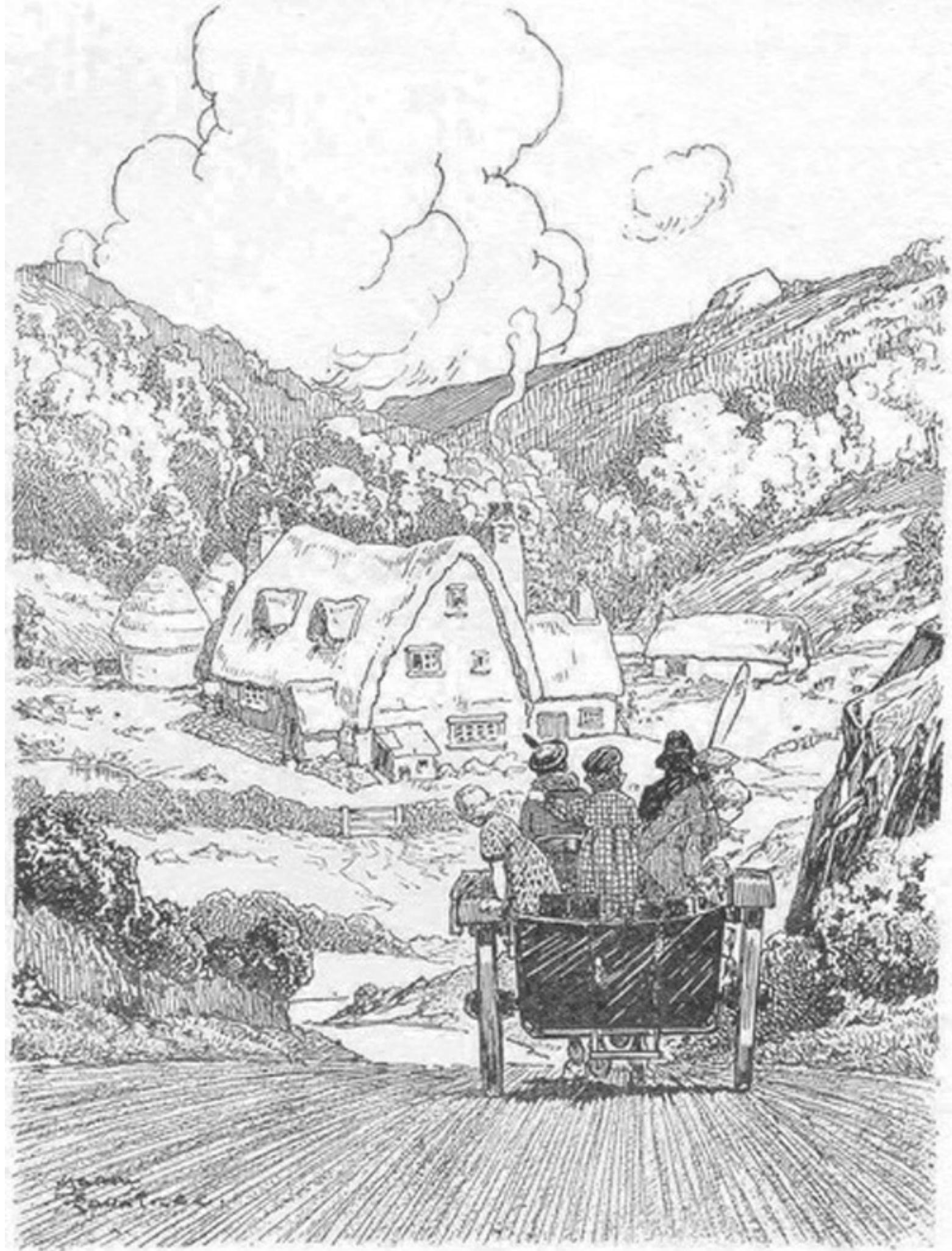
Era un grupo feliz el que corría por la hermosa campiña hacia la Granja del Cerezo. De cuando en cuando aparecía una pequeña mancha verde, donde las tempranas madreselvas comenzaban a brotar. Las doradas espuelas de caballero brillaban en los cuentos al sol de la tarde, y Penny y Benjy vieron un conejo color arena corriendo por un campo, y su rabo blanco resplandeció a la luz del sol.

—¡Tengo tanto apetito! —dijo Rory con un suspiro—. He comido muchísimo, pero vuelvo a tener hambre.

—Bien, os espera una buena merienda —dijo tía Bess—. Jamón, pastel de manzana y queso. Bollos con mantequilla y mi propia compota de fresas y ese membrillo que tanto os gustó la última vez que vinisteis, y...

—Oh, no sigas que no podré resistir —suplicó Penny.

Pero tuvo que aguardar hasta que el *pony* hubo recorrido los tres kilómetros hasta la Granja del Cerezo. Y allí estaba al fin, resplandeciente bajo los últimos rayos del sol de febrero, una casona acogedora y destartada, con un tejado de paja oscura muy inclinado que en algunas partes era tan bajo que tocaba el sombrero de tío Tim.



Los niños se lavaron antes de sentarse a la mesa donde comieron, comieron y comieron. Benjy se miraba las piernas para ver si engordaban... ¡le parecía que ya debían haber comenzado a engordar! Luego, con gran desilusión por su parte, tuvieron que acostarse.

—Vuestra madre lo ha dicho —insistió tía Bess con firmeza—. Mañana podréis acostaros más tarde, pero esta noche estáis cansados después de un viaje tan largo. Éste es vuestro dormitorio, Sheila y Penny, y este otro que está ahí cerca, es el de los niños.

Ambos dormitorios quedaban bajo el tejado y tenían grandes vigas que cruzaban la habitación de pared a pared. El suelo era desigual y las ventanas tenían paneles de cristales muy pequeños.

—Me gusta este techo porque todo con la cabeza en las esquinas —dijo Penny.

—Bueno, no vayas a darte golpes en la cabeza muy a menudo, o no va a gustarte tanto mi techo —dijo tía Bess—. Ahora acostaos de prisa. El desayuno es a las ocho menos cuarto. El cuarto de baño está al otro lado del pasillo... ¿recordáis dónde está, verdad? Por la mañana podéis bañaros con agua fría o caliente... ¡pero, por favor, dejad el baño limpio y aseado, o rugiré como un toro furioso!

Los niños rieron.

—¡Vamos a ser salvajes, sabes, tía Bess! —gritó Penny.

—¡Pero en casa no, Penny querida, en casa no! —replicó tío Bess bajando la escalera riendo.

—¡Soy tan feliz! —cantó Benjy quitándose las botas—. ¡No más Londres! ¡Basta de ruidos de autobuses y tranvías! ¡No más árboles pobres y viejos! En cambio, arbustos y bosques limpios y hermosos, flores brillantes, pájaros cantores y pequeños animalitos tímidos. ¡Oh, qué divertido!

CAPÍTULO III

EL PRIMER DÍA EN LA GRANJA

A la mañana siguiente, temprano, el sol penetró en los dormitorios de los niños iluminando las paredes. Fue estupendo despertarse en una casa extraña y oír a las gallinas cloqueando en el exterior, y a los patos graznando en el lejano estanque.

Los niños no tardaron mucho en bañarse y vestirse. Luego bajaron al oír sonar la campana del desayuno ocupando sus puestos ante la mesa vestida con mantel blanco.

Tío Tim llevaba dos horas levantado y entró a desayunar con un hambre de lobo.

—¡Hola, dormilones! —les dijo—. ¡Hace siglos que me he levantado! Y vaya mañana hermosa que hace, aunque era noche oscura cuando he salido por la puerta de la granja.

—Tío, ¿tienes algún ternero? —le preguntó Penny.

—Sí, dos —respondió tío Tim—. podréis verlos después de desayunar. Y hay corderitos pequeños en el prado largo, y un potrillo en el campo.

Los niños se apresuraron a terminar su desayuno y luego salieron a verlo todo. A Sheila le encantó el pequeño potro de largas patas que se apartó de ella tímidamente cuando le alargó la mano.

A Benjy le entusiasmaron los dos terneros. Puso su mano en la boca del blanco, que se la lamió con ternura. El castaño frotó su cabeza contra él mirándole con sus dulces ojos oscuros.

Luego *Sombra*, el perro pastor, vino corriendo hacia él para restregarse contra sus piernas. ¡Todos los perros y gatos querían a Benjy! En cuanto *Sombra* se marchó respondiendo a un silbido de tío Tim, tres gatos salieron de los rincones oscuros del establo maullando a Benjy.

—¡Qué colección de gatos! —exclamó Benjy con su voz suave acariciando sus cabezas.

Sheila y Penny habían ido a ver los corderos. Había treinta y tres en el prado largo con su oveja madre. ¡Cómo saltaban y triscaban! ¡Cómo meneaban sus largas colas y balaban con sus débiles vocecitas!

—¡Penny! ¡Sheila! —exclamó de pronto la voz de su tía, las dos niñas se volvieron viendo que tía Bess les hacía señas con la mano—. ¿Queréis hacer algo por mí?

—¡Claro que sí! —gritaron las niñas corriendo para ver qué necesitaba su tía.

—Encontraréis tres corderitos en ese corral de allá —les dijo tía Bess—. No tienen madre, por eso les alimento con una botella de leche. ¿Os gustaría hacerlo por mí?

—¡Oh, sí! —exclamaron las niñas cogiendo las botellas que tía Bess les entregaba.

—Son igual que los biberones de los niños —observó Sheila—. ¿De veras chupan de aquí?

—Sí —respondió tía Bess—. Venid a por más leche cuando hayáis terminado. Necesitarán más de la que os he dado.

Al saltar Penny y Sheila la cerca, se les acercaron triscando tres corderitos pequeños. Al ver las botellas de leche se excitaron mucho. El mayor puso sus patas delanteras en alto para tratar de alcanzar la botella en seguida.

—Bueno, te daré a ti primero —dijo Penny—. Oh, Sheila, tú dale a ese chiquitín. ¡Parece tan hambriento!

Pero el chiquitín no fue el primero, pues su hermano le apartó de un empujón y agarró la tetina de la botella fuertemente con su boca, succionando con tal intensidad, que al cabo de un par de minutos la botella estaba vacía. Entonces Sheila corrió a buscar más leche para el pequeño. Era suave y dulce y Sheila tuvo que apartar constantemente a su hermano mayor. Las niñas dieron dos botellas de leche a coda corderito, y después las lavaron dejándolas listas para la próxima comida.

—Me gustaría dar siempre de comer a los corderitos, tía Bess —dijo Penny—. Y a las gallinas también... y a los patos. ¡Oh, mira esos patitos tan pequeños! ¿Puedo coger uno?

—Mientras no le dejes caer ni le hagas daño —le dijo tía Bess entrando en la casa. Penny cogió un patito amarillo que se subió por su chaqueta y se acurrucó dentro. Penny deseaba tenerle allí día y noche. ¡Era tan suave y cálido!

El primer día fue muy feliz. Les pareció tan largo y tan lleno de sol... Los niños hicieron amistad con todos los animales, excepto *Bramido*, el toro, que estaba encerrado tras una fuerte empalizada.

—No le agradan los extraños —les dijo tío Tim—. Esperad a que se acostumbre a vosotros antes de ir a sentaros sobre la cerca y hablarle. Si queréis podéis ir con Melcocha cuando lo lleva de paseo cada día.

Melcocha era uno de los hombres de la granja. Llevaba el gran toro a dar un corto paseo cada día, arriba y abajo del camino. *Bramido* llevaba una gran anilla que atravesaba su hocico, y Melcocha pasaba un palo terminado en gancho por esa anilla. De este modo conducía al toro, y *Bramido* pisaba orgulloso el camino, arriba y abajo mientras sus brillantes ojos rojizos observaban a los niños.

—¡Un día me gustaría pasear al toro, Melcocha! —le gritó Rory danzando a su alrededor.

—¡Me parece que sería el toro quien te conduciría a «ti», señorito Rory! —dijo Melcocha con una sonrisa—. Y ahora no vayas danzando alrededor de *Bramido* como lo haces. No le gusta.

De modo que Rory y los otros fueron a ver cómo ordeñaban a las vacas, y Bill y Ned, los dos vaqueros, dejaron que los niños probaran de ordeñar.

Benjy fue el mejor porque sus manos eran a la vez fuertes y suaves. Era magnífico oír la cremosa leche golpeando el cubo. Penny al principio tenía miedo de las vacas, por eso no quiso intentarlo.

—No debes tener miedo de *Capullo*, *Margarita* y *Trébol* —dijo Ned acariciando el costado de las vacas.

Margarita se volvió para mirar a Penny meneando el rabo, que alcanzó a la niña haciéndola saltar.

—Me ha pegado con el rabo —dijo Penny indignada, haciendo reír a todos.

—¡Bueno, pégale tú con tu mano, cosa que le gustará mucho! —sonrió Ned, que estaba ordeñando a la vaca.

Cuando llegó la hora de acostarse los niños estaban más cansados que la noche anterior. Penny apenas podía desnudarse, y Sheila tuvo que ayudarla.

—¡Las piernas ya no me sostienen! —dijo Penny dejándose caer sobre la cama.

Los otros resistieron un poco más, charlando con sus tíos alrededor de la lámpara que esparcía una luz suave y amarillenta sobre la mesa. Era apacible aquella sala. *Sombra*, el perro pastor,

estaba tumbado a los pies de tío Tim. un gran gato blanco se lavaba junto al fuego. Tía Bess zurcía un calcetín y tío Tim escuchaba atentamente la charla de los niños.

—¿Tío, podemos ir de paseo más allá de la granja? —le preguntó Benjy—. Cuando conozca todos los animales de la granja me gustaría ir a buscar otros, salvajes, por las colinas y los bosques.

—Sí. Podéis ir a dónde queráis —dijo tío Tim—. Pero si va Penny debéis cuidar de ella, porque podría caerse en el río o en los estanques, o perderse.

—Oh, sí, cuidaremos de Penny —le prometió Rory—. Aunque siempre no puede venir con nosotros, tío... porque sus piernas no son tan fuertes como las nuestras, ni puede andar tan aprisa.

Menos mal que Penny estaba en la coma porque no le hubiese gustado nada escuchar aquello. Aunque sus piernas no eran tan largas como las de sus hermanos y hermana, ella estaba segura de ser tan buena andarina y corredora como ellos. ¡Pobre Penny... siempre estaba deseando ser tan mayor como los otros! No le gustaba nada ser el bebé de la familia.

—Tío, ¿hay tejones y nutrias por aquí? —preguntó Benjy alzando los ojos del libro que estaba leyendo.

—Cuando yo era pequeño, sí había tejones —replicó su tío encendiendo su vieja pipa y lanzando una nube de humo azul—. Esos bosques detrás de la colina se llaman bosques del Brock, ya sabes, y Brock es el nombre que antiguamente se daba en la comarca a los tejones.

—Tal vez queden algunos todavía —dijo Benjy con los ojos brillantes—. ¿Hay alguien que pudiera decírmelo, tío Tim?

—Yo creo que el viejo Sacolín, el salvaje, lo sabrá —replicó tío Tim, y los niños le miraron sorprendidos.

—¿Un salvaje? —dijo Sheila—. ¿Es que hay salvajes en este país?

—No, de verdad, no —repuso tío Tim—. Le llamamos «el salvaje» porque no vive en una casa, sino en los campos, y su aspecto es extraño... lleva el cabello y la barba largos, y ropas extrañas, ya me entendéis. Pero la gente dice que lo que él no sepa sobre animales y pájaros es que no merece la pena saberse.

—«Ojalá» le conociera —dijo Benjy—. ¿Cómo dices que se llama, tío?

—Le llaman Sacolín —repuso tío Tim lanzando otra nube de humo—. Pero no vayáis tras él o tendréis jaleo. El año pasado cogió a dos niños y los tiró al río, y el año anterior a ése cogió al joven Tomás y lo sacudió con tal fuerza que casi le desprende la cabeza.

—¿Por qué hizo eso? —preguntó Rory con extrañeza.

—Nunca lo supimos en realidad —intervino tía Bess mezclándose en la conversación—. ¡Pero sí sabemos que esos tres niños eran unos verdaderos pillastres que se lo merecían! No obstante, sería mejor que no fueseis detrás del viejo Sacolín, queridos. ¡No me gustaría que os arrojase al río... especialmente si no sabéis nadar!

Bien, naturalmente, los tres niños decidieron al instante «ir en busca» del hombre salvaje de las colinas tan pronto les fuese posible. ¡No iban a acercarse a él... oh, no! Sólo a observarle, para ver dónde vivía, y lo que hacía. Eso sería divertido. Pero no iban a permitir que les atrapase.

—La semana que viene iremos en busca del viejo Sacolín —dijo Rory a Benjamín mientras subían la escalera aquella noche para acostarse—. Melcoche, Bill y Ned nos dirán dónde vive... e

iremos a ver qué aspecto tiene. Imagínate... ¡un verdadero salvaje!

CAPÍTULO IV

A LA BÚSQUEDA DEL SALVAJE

Los días siguientes estuvieron llenos de aventuras, y por un tiempo los niños se olvidaron del salvaje. Rory fue perseguido por el toro *Bramido*, y casi se ve en un serio apuro. ¡Benjy logró subirle a la cerca con el tiempo justo!

Rory se hallaba sentado en la cerca para mirar al toro, y sin saber cómo se cayó. *Bramido* al verle acudió corriendo en un abrir y cerrar de ojos, haciendo un ruido como su nombre. Rory trató de encaramarse de nuevo a toda prisa y Benjy le ayudó a salir en el momento en que el toro embestía contra la empalizada.

—¡Eso sí que es escapar por un pelo! —dijo Rory fingiendo no haberse asustado—. ¡Vaya, cómo van a temblar las niñas cuando lo sepan!

Sí que temblaron... pero por desgracia Penny se lo contó a tío Tim, y a tío Tim no le gustó nada. Envió a buscar a Rory y le echó una buena reprimenda.

—No hagas tonterías —le advirtió—. Esa clase de cosas no son divertidas. Estáis bajo mi custodia, y si vas y te haces daño, yo soy el responsable. Tienes trece años y yo pensé que podía confiarse en ti.

—Y se puede, tío —repuso Rory muy sofocado—. No volveré a acercarme al campo del toro.

Luego Penny fue perseguida por un ganso y trató de pasar por entre unos alambres espinosos rompiéndose la chaqueta y haciéndose muchos arañazos en los brazos. Corrió a refugiarse en tía Bess gritando y llorando.

—Bueno, yo no sé cuál es el ganso mayor —le dijo tía Bess poniendo cierto unguento en los arañazos—. El ganso es un tonto por perseguir a una niña inofensiva, pero tú eres una «ganso» por asustarte y salir corriendo. Si le hubieses dicho «¡bu!» al ganso, se hubiese marchado en seguida. ¿O acaso eres una de esas personas que no saben decir «bu» a un ganso?

—«Podía» haber dicho «bu» —replicó Penny al punto—, pero no se me ocurrió. Ahora mismo voy a ensayar el «bu» con ese enorme ganso gris que está ahí.

De todas formas, fue a buscar a Rory para que la acompañase, y ¡cómo se rió oyendo a Penny gritar «bu» con todas sus fuerzas a un ganso asustado!, pero sin soltarse de su mano, que asía fuertemente. El ganso se alejó graznando asustado, y Penny estaba encantada.

Sheila encontró un nido de gallina lleno de huevos en un seto. Quedó muy sorprendida y fue corriendo a decírselo a su tía.

Tía Bess estuvo muy contenta.

—Ésa es mi gallina traviesa, la *Castañita* —le dijo—. Sabía que estaba poniendo, pero ignoraba dónde. Tráeme los huevos, Sheila. Si *Castañita* quiere incubar lo hará, y entonces tendremos más pollitos.

Benjy no se vio en ningún aprieto. Era un niño tranquilo y soñador que seguía a los granjeros para observarles, alimentaba a los animales y a los pájaros, paseaba por la granja con su tío, y deseaba ser lo bastante mayor para fumar su vieja pipa. Tío Tim parecía tan contento y cómodo cuando se reclinaba contra una cerca para contemplar los campos con su pipa en la boca... Benjy

se apoyaba también fingiendo fumar en pipa, aunque la suya era tan sólo una ramita.

Después de que la excitación de los primeros días fue pasando, los tres niños mayores comenzaron a pensar de nuevo en Sacolín.

—Esta tarde vi una espiral de humo azul en esa colina —dijo Rory señalando con la mano los lejanos bosques—. Creo que debía ser Sacolín preparando su cena.

—¿Quién es Sacolín? —preguntó Penny al punto.

—Un salvaje —replicó Sheila.

—¡Mentirosa! —exclamó Penny.

—No, es cierto, Penny, de veras —dijo Benjy contándole lo que su tío les había dicho de Sacolín—. ¡Y nosotros pensamos ir un día a buscarle para ver cómo es! —le dijo Benjy.

—¡Oh! —exclamó Penny, excitada—. ¿Puedo ir yo también?

—No lo creo —repuso Rory—. Verás, tal vez hoy que andar mucho. Y puede que Sacolín sea muy salvaje y te asustara.

—¡No me importa lo lejos que esté y no me asustaría! —dijo Penny obstinada—. Yo iré. No vais a dejarme aquí.

—Bueno, ya veremos, Penny —dijo Rory, y Penny frunció el ceño. Ella sabía que «ya veremos» significaba «no vendrás». Pero ella estaba decidida a ir, y tomó la decisión de no perderles de vista. A donde fuesen ellos, iría ella.

—¡Puede que sólo tenga siete años, pero les demostraré que no soy un bebé! —pensó Penny con fiereza—. Soy tan fuerte como Rory y tiene trece años. ¡No me van a dejar aquí!

De manera que durante los dos días siguientes les estuvo siguiendo a todas partes, hasta que ellos se cansaron.

—¿Es que no puedes hacer algo por tu cuenta? —le dijo al fin Sheila—. Vienes detrás de nosotros todo el tiempo y te cansarás.

Pero Penny no quería dar su brazo a torcer. De manera que cuando los mayores decidieron ir en busca de Sacolín tuvieron que hablarlo mientras Penny estaba acostada.

Sheila fue a acostarse sobre la blanca cama del cuarto de los niños, mientras Penny dormía en la otra habitación.

Hablaron en susurros.

—Diremos a tía Bess que nos prepare unos bocadillos para comer —susurró Sheila—. Iremos de excursión a los bosques del Brock. Melcocha me dijo el otro día que Sacolín ha sido visto muchas veces por allí.

—¡Bien! —dijo Rory—. ¿Pero Penny?

—No podemos llevarla —observó Benjy—. Es demasiado pequeña. Ya sé, Sheila... puedes decirle que mañana puede dar de comer a todos los corderitos ella sola. Eso le gustará... y mientras lo hace nos marcharemos.

—Bueno, espero que no se enfade mucho —dijo Sheila—. Le molesta tanto que la dejemos de lado porque es pequeña... ¡pero nosotros no podemos hacerla mayor por mucho que lo deseemos!

Pues bien, al día siguiente Rory pidió a tía Bess que les preparase la comida para llevársela y ella accedió en seguida.

—Hace un hermoso día de marzo —les dijo—, y si me prometéis no sentaros sobre la hierba

húmeda, os dejaré ir de excursión. ¿Pero y Penny?

—Será mejor que se quede contigo, tía Bess —dijo Sheila—. La verdad es que no es lo bastante mayor para caminar tanto.

—Bueno, ya la retendré como pueda —contestó tía Bess—. Venía a buscar los bocadillos dentro de media hora.

De modo que al cabo de media hora los niños fueron a buscar la comida. Tía Bess la había preparado en dos bolsas. En una estaban los comestibles y en la otra dos botellas de cremosa leche.

Penny estaba alimentando a los tres corderitos, muy contenta porque lo hacía sola, y, mientras, Rory, Sheila y Benjy se escabulleron con su comida por el camino bañado de sol hacia los bosques lejanos. El sol de marzo les calentaba. Era un hermoso día para una aventura.

—¡Me pregunto si encontraremos a Sacolín! —dijo Sheila mientras saltaba—. Quisiera saber qué aspecto tiene. Me encantaría ver a un hombre salvaje.

—Sheila, si vas a ir saltando así será mejor que me des a mí la leche —dijo Benjy—. ¡La convertirás en mantequilla antes de llegar al bosque!

De manera que Benjy llevó la leche y Sheila siguió saltando como un corderito de un mes, mientras Rory avanzaba apoyándose en un cayado que le diera su tío Tim.

—¡Es divertido ir así por el campo! —exclamó Sheila—. Imaginaos... todo lo que ahora veríamos en la ciudad sería unos pocos árboles y un poco de hierba, a menos que fuésemos a los parques. ¡Y aquí vamos en busca de un salvaje!

Llegaron al final del camino y treparon por un pretil. Atravesaron el campo y subieron otra pendiente. Luego el camino llevaba a los bosques del Brock. Estaba oscuro bajo los árboles, pero cuando llegaron donde crecían robles y castaños el bosque se aclaraba un tanto.

Un muchacho de una granja se acercaba silbando, y Rory le detuvo.

—¡Oye! —le gritó Rory—. ¿Tú sabes dónde vive Sacolín?

—No, no lo sé, ni tampoco quiero saberlo —replicó el muchacho—. Dejadle en paz. Es un salvaje.

—Oh, pero dínos por dónde vive —le suplicó Benjy—. Sólo queremos verle, eso es todo.

—Es mucho más probable que él os vea a vosotros, que vosotros a él —dijo el muchacho—. Bueno, yo no conozco todos sus escondites, pero la gente dice que tiene una caverna o dos en esa colina que se ve ahí.

—¡Oh, gracias! —dijeron los niños prosiguiendo su camino a través del bosque.

Por fin llegaron a la colina más empinada, cubierta de brezos, abedules, tojos y helechos.

—Ahora debemos guardar silencio y buscar las cuevas —susurró Rory—. ¡Vamos!

Los niños avanzaron en fila india por la colina buscando cuevas. Pero ante su sorpresa, por mucho que miraron no pudieron encontrar ninguna.

—¡Bueno! —exclamó Rory al cabo de media hora—. ¡No creo que en esta colina exista una cueva mayor que la madriguera de un conejo! Ese muchacho granjero nos ha contado un cuento.

—Entonces sentémonos y comamos —propuso Sheila—. ¡Tengo tanto apetito que podría comerme el papel que envuelve los bocadillos!

—Está bien —dijo Benjy—. ¡Tú te comes el papel y yo me comeré los bocadillos, Sheila!

Tía Bess les había preparado una estupenda comida campestre. Había bocadillos de jamón, huevos duros con su sal correspondiente, rebanadas de pan de jengibre, manzanas amarillas del último otoño y media botella de leche para cada uno.

—Me pregunto por qué sabe mejor la comida al aire libre —dijo Rory masticando con fuerza. Los niños habían extendido el impermeable de Rory y se sentaron encima apoyándose contra un anciano roble y el cálido sol de marzo les iluminaba a través de sus ramas desnudas.

—¿Qué haremos después de comer? —preguntó Sheila—. ¿Volveremos a buscar a Sacolín?

—Sí —replicó Benjy—. Y cogeremos algunas primaveras y violetas para tía Bess. Y si pudiera encontrar micelio de rana me gustaría llevarlo a casa y ponerlo en un jarro. Nunca he visto a los renacuajos convertirse en ranas.

—¿Y cómo vas a llevarlo a casa? —le preguntó Rory.

—En las manos —repuso Benjy.

—¡Tú «eres» tonto! —exclamó Sheila—. Es como una masa de gelatina. Jamás podrías llevar un pedazo de gelatina hasta casa.

—Bueno, pues lo intentaré —insistió Benjy—. Vamos, vosotros. ¿No habéis terminado todavía?

—Sí, pero ojalá no fuese así —dijo Sheila con un suspiro—. Ha sido una comida deliciosa.

Se levantaron sacudiéndose las migas, y volvieron a guardar las botellas de leche vacías en la bolsa. Los papeles de los bocadillos volaban entre los árboles, ninguno de ellos pensó en recogerlos y llevarlos de nuevo a casa para que el bosque quedara limpio y aseado.

Fueron en busca de un estanque, sin dejar de mirar al mismo tiempo si veían al salvaje. Pero no vieron el menor rastro de él... aunque si hubiesen observado cuidadosamente hubieran podido ver un par de ojos sagaces de color castaño que «les miraban» de cuando en cuando entre los arbustos.

Al cabo de un rato encontraron un estanque. Había una pequeña gallinácea nadando aprisa, y su cabeza se movía hacia adelante y hacia atrás como un muñeco mecánico. Los niños rieron al verla.

—¿Hay aquí micelio de rana? —preguntó Benjy inclinándose a mirar. Pudo ver los hocicos de las ranas que asomaban aquí y allí... y luego en un rincón vio flotando una masa gelatinosa... los huevecillos de las ranas.

Benjy corrió al otro lado de la charca y avanzó cautelosamente por encima de un tronco viejo hasta donde estaba el micelio. Se agachó para cogerlo con las manos.

Alzó buena parte de él, pero ¡se escurrió de entre sus manos cayendo de nuevo al agua! Volvió a intentarlo... pero en cuanto lo sujetaba parecía escapar de entre sus dedos como una cosa viva. Sheila y Rory se desternillaron de risa al verle.

—¡Prueba otra vez, Benjy! —reían—. ¡Prueba otra vez!

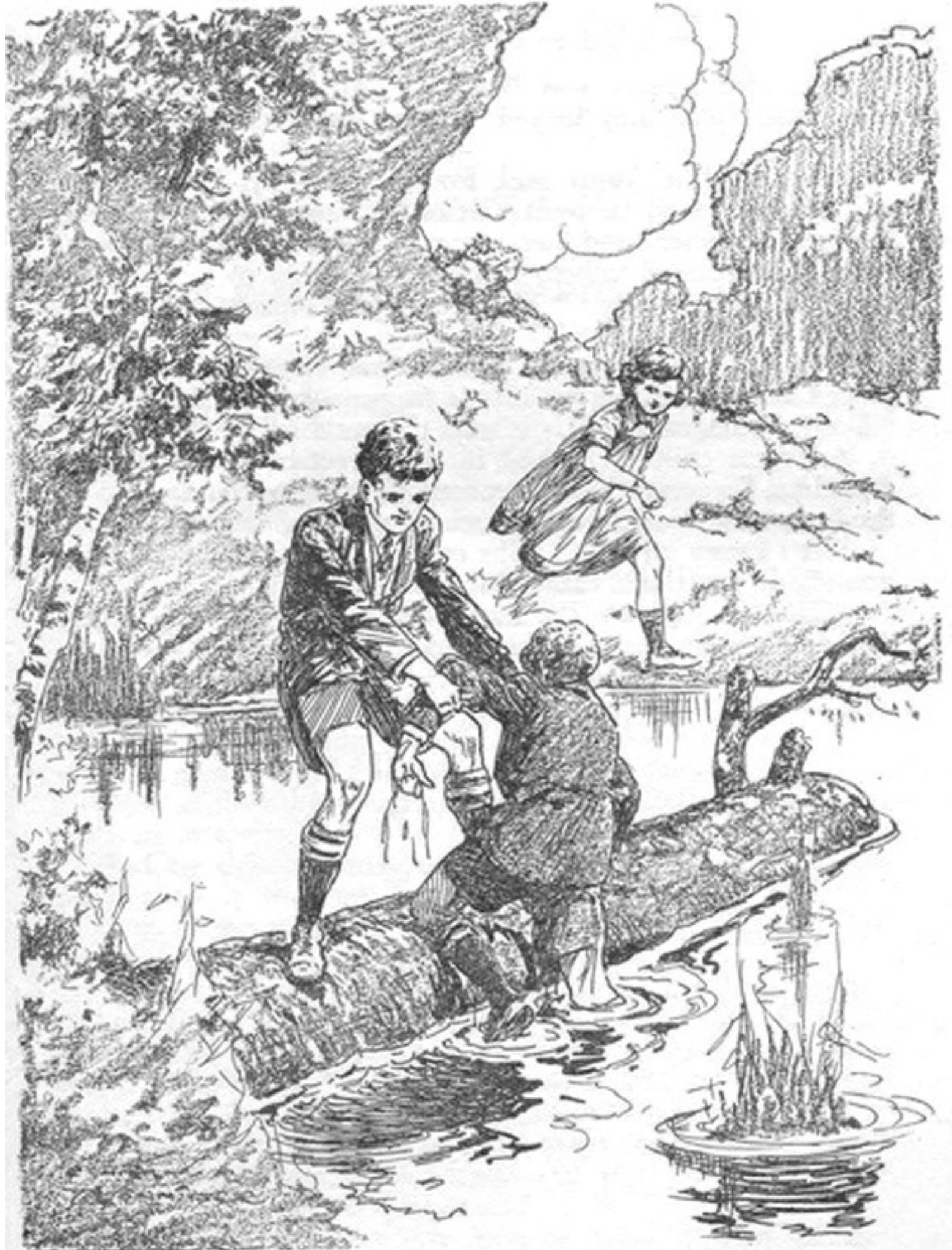
Benjy probaba y probaba, aunque en vano. Por fin agarró un buen pedazo con las dos manos y lo apretó firmemente contra su chaqueta para evitar que se le escurriese... y en aquel preciso momento ocurrió algo sorprendente.

¡Se oyó un grito de pavor no muy lejos de allí... y aquel grito era de Penny! Los niños le reconocieron en seguida y se miraron unos a otros alarmados y sorprendidos.

Benjy intentó volver caminando sobre el tronco... le resbaló un pie y cayó a la charca. ¡Se hundió un momento y luego emergió escupiendo y jadeando! Rory corrió a prestarle ayuda.

—¡Eres un idiota, Benjy! —le dijo—. ¡Mira tu chaqueta! ¡Cómo te van a reñir!

—¡De prisa! ¡Ayúdame a salir! ¿Ha sido Penny la que ha gritado? —jadeó Benjy quitándose pedazos de micelio de la boca—. No te preocupes por «mí». ¿Qué le ocurre a Penny?



Los niños corrieron en dirección al grito. Y a lo lejos vieron a alguien que llevaba a Penny en brazos, y la brisa les trajo su llanto.

—¡Es Penny! Supongo que habrá venido a buscarnos... y oh, ¿será tal vez Sacolín quien la ha cogido?

—¡De prisa! ¡De prisa! ¡Debemos rescatarla! —gritó Rory. Y echaron a correr a toda velocidad para encontrar a la pobre Penny.

CAPÍTULO V

PENNY CORRE UNA AVENTURA POR SU CUENTA

Cuando Penny se quedó sola en la granja alimentando a los corderitos, se sentía muy feliz. Era la primera vez que les daba de comer sola y eso la complacía.

Pero cuando hubo terminado y después de lavar bien las botellas de leche, comenzó a buscar a los otros, y entonces no quedó «tan» complacida.

—¡Rory! —gritó—. ¿Dónde estás? ¡Sheila! ¡Benjy! ¡Oh, venid a jugar conmigo!

Tía Bess salió de la granja y le dijo a Penny:

—Se han ido de excursión, querida. Era demasiado lejos para que fueses tú. Quiero que esta mañana vengas a ayudarme a hacer unas tartas. ¿Te gustaría?

—No, gracias —replicó Penny casi llorando—. Creo que los otros han obrado muy mal al irse sin mí. Mis piernas son tan fuertes como las tuyas.

Nada de lo que su tía pudo decirle logró consolar a Penny, de modo que al final tía Bess se dio por vencida.

Furiosa y dolida, Penny deambuló un rato por el patio de la granja, pero no le apetecía jugar con nada. *Sombra*, el perro, se acercó a lamerle la mano, pero ella lo rechazó. *Bola de nieve*, el gran gato blanco, vino a restregarse contra sus piernas, pero eso tampoco satisfizo a la pequeña Penny.

¡Y entonces tomó la decisión de ir en busca de los otros! ¡Sí..., iría sola para demostrarles que era capaz de andar tan aprisa como ellos!

—¡Adivino adónde han ido! —exclamó Penny—. ¡Han salido en busca de Sacolín, «el salvaje»! Ellos creen que vive en los bosques del Brock, allá en la colina. Allí es donde han ido. ¡Bueno, yo iré también! ¡Les demostraré que soy capaz de andar!

La niña nada dijo a su tía. Salió por la puerta de la cerca y uno vez en el camino corrió todo lo que le permitieron sus piernas. Al cabo de un rato comenzó a jadear y aminoró la marcha. Se sentó unos momentos en la cuneta y luego comenzó a correr otra vez.

—Espero no encontrarme con el hombre salvaje —pensó para sí—. No creo que me gustase. Y ahora, ¿será éste el camino del bosque?

Lo era. Penny corrió por él y al cabo de un largo rato llegó a la colina donde los niños habían estado buscando cuevas antes de comer y de ir a buscar huevecillos de rana. Pronto Penny supo que estuvieron allí.

—¡Ahí está el papel que envolvía sus bocadillos! —díjose la niña interiormente—. ¡Oh, pobre de mí... el pensar en esos bocadillos me hace sentir hambre! Ojalá tuviera algo que comer. Me pregunto si les habrá quedado algo.

Penny no sabía qué hacer a continuación. Ignoraba a dónde habían ido sus hermanos. Estaba hambrienta y cansada... ¡y perdida! No conocía el camino para volver a casa y estaba muy cansada y triste. Ahora deseaba no haber ido en busca de sus hermanos.

—Ya sé lo que haré —dijo Penny tratando de ser valiente—. ¡Me subiré a un árbol! Así tal vez vea dónde están... o quizá distinga la Granja del Cerezo y así veré por dónde se vuelve a casa.

Penny no estaba acostumbrada a trepar a los árboles. En Londres había muy pocos, pero corrió hasta uno que parecía fácil e hizo lo imposible por subirse hasta lo más alto.

Pero Penny no sabía cómo había que subirse a los árboles. Ignoraba que hay que tantear cada rama antes de apoyar el peso del cuerpo encima y asegurarse de que resistirá. Y de pronto, cuando estaba a medio subir, la rama sobre la que se apoyaba se rompió bajo sus pies.

Penny se agarró a una de las ramas altas presa de pavor. ¡Estaba suspendida en el aire! Gritó fuertemente... y ese grito fue el que oyeron los otros.

—¡Oh, socorro, socorro! —sollozaba la pobre Penny—. Me caeré. ¡Mis brazos no me sostendrán mucho tiempo!

Y entonces una voz que le llegaba desde abajo habló con claridad:

—Déjate caer, pequeña. Yo te cogeré. No te ocurrirá nada.

Penny quiso mirar abajo, pero no pudo. No se atrevía a dejarse caer... pero tuvo que hacerlo porque sus brazos ya no la sostuvieron más.



Henry
Fouquier

Sí, abajo que fue... pero no cayó al duro suelo tal vez rompiéndose una pierna. No..., ¡cayó entre dos fuertes brazos que la aguardaban! Alguien lo cogió, sosteniéndola y tratando de consolarla.

Penny miró entre sus lágrimas. Vio un rostro moreno en el que brillaban dos ojos oscuros con extrañas pintas amarillas. La barbilla estaba cubierta por una ensortijada barba gris, y los cabellos de aquel hombre eran también bastante largos y rizados.

—¡Ya estás a salvo! —le dijo su salvador—. Te cogí al vuelo, ¿no es cierto? No llores más.

—Me duele el brazo —dijo Penny sollozando. Se había arañado con una roma al caer y se había hecho un corte profundo. Su brazo sangraba bajo su chaqueta roja.

El hombre que la había cogido la dejó en el suelo y miró su brazo.

—Un corte feo —dijo—. Pero pronto lo curaremos. Ven conmigo.

Pero Penny estaba tan cansada y hambrienta y había sufrido un susto tan grande que sus piernas no la sostenían. De modo que su amigo tuvo que llevarla en brazos por la colina entre los brezos y helechos. Penny sollozaba sintiendo compasión de sí misma.

—¿Por qué has venido hasta aquí sola, tan lejos de tu casa? —le preguntó el hombre—. No debieras hacerlo.

—Los otros se fueron solos a buscar a Sacolín, el hombre salvaje —dijo Penny secándose las lágrimas de sus mejillas.

—¿Para qué quieren buscarle? —quiso saber su amigo.

—Oh, piensan que debe ser divertido ver a un auténtico salvaje —replicó Penny—. Pero yo tendría miedo si le encontrase.

—No, no lo tendrías —dijo su amigo.

—Sí que me daría miedo —insistió Penny—. ¡Y correría, correría y correría!

—Y en vez de correr y correr, ¿sabes lo que has hecho? ¡Caer en mis brazos! —dijo el hombre riendo. Penny alzó la cabeza sorprendida.

—¿Qué quiere usted decir? —dijo—. ¿No «será» usted Sacolín, verdad?

—Sí, lo soy —repuso Sacolín—. No sé por qué la gente me llama «el salvaje». Todo lo que hago es vivir solo en los bosques y las colinas y aprender las costumbres de mis pequeños amigos emplumados. Bien, pequeña... ¿Tienes tú miedo del salvaje?

—¡No! —exclamó Penny comenzando a sentirse realmente excitada—. ¡Oh, Sacolín..., yo te he encontrado y los otros no! ¿Verdad que tengo suerte?

—Eso no lo sé —replicó Sacolín—. Y ahora..., ¿puedes tenerte en pie un minuto? ¡Hemos llegado a uno de mis escondites!

Penny se puso en pie y miró. Sacolín estaba quitando una cortina de brezos que tapaba un agujero de la colina. Detrás una cueva abría su boca negra... una cueva de la que pendían helechos de su parte superior y otras plantas crecían bordeando sus lados. Parecía emocionante.

—Quiero verla por dentro —dijo Penny—. Y oh, Sacolín, ¿tiene algo que pueda comer? ¡Me parece que hace siglos que he desayunado!

—Tengo sopa hecha con toda clase de raíces raras —dijo Sacolín con su voz clara y grave—. Te la calentaré.

Penny se agachó para entrar en la cueva. En el interior se agrandaba y el techo se hacía más

alto. Un repecho rocoso corría a lo largo de un lado y en él había un lecho de brezos y helechos secos. Sobre un estante de la misma roca había algunos platos de aluminio y otras cosas.

Al principio Penny no pudo ver nada en el interior, pero en cuanto sus ojos se acostumbraron a la penumbra pudo verlo todo con claridad. Le gustó: era realmente emocionante. ¡Estaba en la cueva del salvaje!

—¡Qué envidia tendrían mis hermanos si me vieran! —dijo Penny—. ¡Oh, cielos..., me duele el brazo, Sacolín!

—Voy a buscar un poco de agua para limpiártelo y luego te pondré un ungüento especial en el rasguño —dijo Sacolín desde el fondo de la cueva—. Creo que esta mañana he visto a tus hermanos.

—Oh, quisiera saber dónde están ahora —dijo Penny—. ¡Quisiera que pudieran compartir esta aventura conmigo, aunque esta mañana no quisieron llevarme con ellos!

¡Rory, Sheila y Benjy no estaban muy lejos! Habían seguido «al salvaje» y a Penny casi hasta la cueva. Ahora discutían detrás de un arbusto el modo de rescatar a su hermanita.

—¡Entraremos gritando como pieles rojas! —dijo Rory—. Luego, en medio del alboroto, cogemos a Penny y saldremos huyendo. Vamos, ¿estáis preparados?

—Sí —dijeron Sheila y Benjy. Corrieron hasta la entrada de la cueva gritando y penetraron en ella para buscar a Penny.

Pero estaba tan oscuro que al principio no pudieron ver nada, y permanecieron allí, parpadeando... hasta que oyeron la voz de Penny.

—¡Oh, Rory! ¡Oh, Sheila... y Benjy! Me habéis asustado. ¿Cómo disteis conmigo? Oh, Rory..., ¿qué te parece? ¡He encontrado a Sacolín, el hombre salvaje!

—¿Dónde está? —preguntó Rory en tanto sus ojos se iban acostumbrando a la penumbra de la cueva—. Pensamos que te había atrapado, Penny. Te oímos gritar y vinimos a rescatarte.

—Grité porque me estaba subiendo a un árbol y la rama se rompió —dijo Penny—. Sacolín extendió los brazos y yo caí en ellos. Luego me trajo aquí para ver el rasguño de mi brazo. Me enganché en una rama.

Los tres niños comenzaron a sentirse violentos. Una voz profunda les llegó desde el fondo de la cueva.

—Sentaros un momento, por favor. Celebro que quisierais rescatar a vuestra hermana..., ¡pero la verdad es que por el momento no está en peligro!

Los tres niños se sentaron sobre el lecho de brezos. ¡De manera que Penny había encontrado «al salvaje»! Estaban deseando hacerle docenas de preguntas, pero algo en la voz de Sacolín les detenía. De pronto sintieron que debían comportarse lo mejor posible. Era curioso.

De modo que allí estaban, aguardando «al salvaje» que tanto habían deseado encontrar.

CAPÍTULO VI

SACOLÍN Y SU CUEVA

Sacolín salió de la penumbra trayendo un pequeño bol con agua. Penny estaba sorprendida.

—¿Tiene usted un grifo al fondo de la cueva, Sacolín? —le preguntó, y el hombre se echó a reír.

—No —repuso—. Pero un pequeño arroyo brota en la roca, y luego discurre por el suelo de la cueva. Es muy clara y fresca y yo la utilizo para beber. Y ahora, ¿dónde está ese brazo?

Penny se quitó la chaqueta, que estaba muy rota. Sacolín le bañó el brazo y luego le puso un ungüento de extraño olor. Penny lo olfateó.

—¿Qué es esto? —quiso saber—. Me gusta este olor.

—Oh, está hecho con toda clase de hierbas y raíces —dijo Sacolín—. No conocerías ninguna. Te curarán ese rasguño mucho más de prisa que cualquier cosa de las que se compran en las farmacias.

—Es agradable —dijo Penny. Sacolín cogió su pañuelo y le vendió el brazo cuidadosamente. Penny miró a Rory.

—Supongo que no os habrá quedado ningún bocadillo —le dijo—. No he comido nada y tengo mucho apetito.

—Ninguno —replicó Rory—. De haberlo sabido te hubiese guardado alguno, Penny.

—Pronto podrás comer algo —le dijo Sacolín encendiendo una pequeña hoguera en la entrada de la cueva, sobre una piedra plana que ya había sido utilizada otras veces para estos fines. Estuvo cocinando caldo en un bote removiéndolo con una rama. Olía deliciosamente.

Los otros contemplaron a Penny con envidia cuando la sopa estuvo lista y se la comía. Sólo olerla les abría el apetito. Penny dijo que era la sopa mejor que había tomado en su vida.

Sacolín vio de pronto que Benjy estaba empapado y temblaba. Tocó la chaqueta del niño.

—¡De modo que te caíste en la charca mientras buscabas micelio de rana! —dijo—. Ve al fondo de la cueva y quítate la ropa. Allí encontrarás una monta vieja. Envuélvete en ella y ven junto al fuego. Yo secaré tus ropas. No puedes volver así a tu cosa.

Pronto Benjy estuvo sentado junto al fuego envuelto en la vieja manta. Dijo que sólo necesitaba unas pocas plumas en el pelo para sentirse como un auténtico piel roja.

—¿Usted vive una vida como la de los pieles rojas, verdad, Sacolín? ¿Sabe que hemos oído toda clase de historias terribles sobre usted? —le dijo Benjy.

—Ah, ¿sí? —dijo Sacolín como si no le interesara en absoluto.

—Sí —dijo Rory—. ¡Hemos oído que usted sacudió a un muchacho llamado Dick Thomas hasta que casi le arranca la cabeza!

—Eso es bien cierto —replicó Sacolín, y los niños le miraron sorprendidos. Sacolín parecía tan amable y cariñoso...

Sacolín habló con severidad.

—Dick Thomas encontró a un pájaro con el ala rota —dijo—. Y el pobre animal no podía alejarse de él... de manera que lo atormentó. No quiero decir cómo, pero fue muy cruel. Por eso

le sacudí.

—Oh —exclamó Rory, y tras reflexionar unos instantes le hizo otra pregunta—. ¿Por qué arrojó al río a dos niños?

—Vaya, ¿también os han contado eso? —dijo Sacolín—. Bueno, tenían un perro al que no querían... de manera que le ataron un ladrillo y le arrojaron al río para que se ahogase. Yo llegué entonces, saqué al perro del agua... y arrojé a los niños. Eso es todo.

—¿Sabían nadar? —preguntó Benjy.

—Naturalmente —repuso Sacolín—. ¡Y yo no les até ningún ladrillo! ¿No creéis que se merecían un remojón?

—Oh, «sí» —dijo Rory—. Ya lo creo.

Hubo una pausa... y de pronto Sacolín alzó una mano para que nadie hablara.

Había oído un ligero rumor que escapara a los oídos de los demás.

Los niños no se movieron y miraron hacia la entrada de la cueva. Vieron un par de orejas grandes... un par de ojos nerviosos... y un conejo de color castaño rodeó el fuego para entrar en la cueva. Al ver a los niños se detuvo presa de temor, y sentándose sobre sus patas traseras alzó el hocico olfateando mientras le temblaban los bigotes.

—Bien, *Rabón* —le dijo Sacolín con su voz profunda y clara—. ¿Has venido a hacerme tu visita acostumbrada? No tengas miedo de los niños.

El conejo se aproximó un poco más para olfatear la mano que Sacolín había extendido, y luego, asustado por un movimiento repentino que hizo Sheila, dio media vuelta y salió huyendo mostrando su rabilo corto y blanco.

—¡Oh! —exclamó Benjy demasiado encantado para hablar—. ¡Sacolín! ¿Es un conejo amaestrado?

—No —replicó Sacolín—. Es silvestre. Una noche cayó en una trampa y se rompió una pata. Gemía lastimosamente y fui a libertarle. Le entablillé la pata y se curó. Ahora es uno de mis amigos y viene a verme cada día.

—¿«Uno» de sus amigos? —preguntó Benjy al punto—. ¿Qué quiere decir? ¿Es que otros animales son también amigos suyos?

—Oh, sí —dijo Sacolín—. Los pájaros también. Todos acuden a mí. Me enseñan sus nidos y sus pequeñuelos. Yo comparto sus vidas. ¡Soy tan salvaje como ellos!

—Sacolín, por favor, Sacolín, ¿quiere enseñarme a sus amigos? —le suplicó Benjy cogiendo la mano pecosa de aquel hombre, que más bien parecía una zarpa, por lo delgada y morena—. Durante años he leído libros sobre pájaros y animales, pero hasta ahora siempre he vivido en Londres. Jamás volveré a tener una oportunidad como ésta... de manera que por favor, ¡déjeme conocer a sus amigos!

—¡Y a mí también! —intervino Penny.

—¿Queréis hacer amistad con tejones y zorras, sapos y ranas, nutrias y pájaros silvestres? —les preguntó Sacolín—. ¡No! ¡Hoy en día a los niños no os importan ninguna de esas cosas! Queréis juguetes de todas clases... máquina de hacer cine... bicicletas... patines. ¡Oh, lo «sé»! A los animales sólo los queréis para atormentarlos y asustarlos para coger sus huevos o tirarles piedras. No... mis amigos son míos, y no los comparto con nadie.

—¡Oh, Sacolín, está equivocado! —exclamó Sheila—. Los niños no son así... por lo menos los buenos. Sólo porque haya visto algunos pocos crueles y estúpidos no significa que todos seamos así. ¿Puede darnos una oportunidad para convencerse? Por lo menos désela a Benjy. Toda su vida le han vuelto loco los animales y pájaros y ni siquiera ha tenido jamás un perro que pudiera llamar suyo.

Sacolín no dijo nada durante unos instantes. Sus dedos largos y enjutos tiraban de su rizada barba gris, mientras su mirada se perdía a lo lejos.

—Incluso Benjy siente tan poco interés por mis bosques que esta mañana ha permitido que el viento esparciera vuestros papeles —dijo al fin—. Con la lluvia se reblandecerán. Se enredarán las primaveras y violetas y harán que mis bosques estén feos y desaliñados.

Los niños enrojecieron. Recordaron que tía Bess les había dicho que no ensuciaran el campo con papeles y botellas.

—No debiéramos haberlo hecho —dijo Benjy—. Lo siento, Sacolín. Cuando regresemos a casa los recogeremos. No volveremos a estropear el campo de ese modo.

—Ya los he cogido yo —replicó Sacolín—. Vosotros no me visteis, pero yo estaba allí.

Los niños estaban avergonzados, excepto Penny, que no había tenido ningún papel para tirar, pero sentía vergüenza por sus hermanos.

—Benjy puede venir a verme otra vez —dijo Sacolín al fin—. Tiene la voz baja y las manos tranquilas como los que aman a las criaturas salvajes. Benjy puede venir... y tal vez, si les gusta a mis amigos, dejaré que vosotros vengáis también alguna vez.

—¡Oh, gracias! —exclamó Benjy radiante—. ¡Vendré! Si me deja ver a los amigos que vienen a visitarle no haré el más mínimo movimiento. Se lo contaré todo a mis hermanos, y tal vez en otra ocasión les deje venir a ellos también.

—No quiero hacer promesas —replicó Sacolín—. Ahora, Benjy, tus ropas ya están secas y estoy seguro de que hace rato que ha pasado ya la hora de vuestra merienda. Póntelas y vete a casa. Vuelve pasado mañana después de merendar... solo.

Benjy estaba loco de contento. Se puso rápidamente sus ropas casi secas, y todos se despidieron de Sacolín y salieron de la cueva charlando por los codos.

—¡Bueno, vaya una aventura! —exclamó Benjy—. Figuraos que el salvaje ha resultado una gran persona. ¡Antes de que os deis cuenta voy a ser amigo de todos los tejones y nutrias, liebres y conejos de la comarca!

—No estés tan seguro —repuso Rory con cierta envidia—. Sacolín no consiente tonterías. Tal vez te arroje al río.

—No me arrojará —dijo Benjy convencido de que así sería—. Oye, ¿no es tío Tim el que ahora viene a nuestro encuentro?

Él era... había salido a buscar a Penny, ya que cuando no acudió a la casa a la hora de comer, tía Bess se había preocupado mucho. Ahora era casi hora de merendar.

Tía Bess no quiso oír hablar de Sacolín..., ¡quería saber dónde había estado Penny y lo que había estado haciendo! ¡Penny recibió una buena reprimenda!

—¿Por qué no viniste a decirme adónde ibas? —le regañó tía Bess.

—Porque sabía que no ibas a dejarme —repuso Penny empezando a llorar—. No te enfades

conmigo. Me subí a un árbol, me caí y me arañé un brazo, y no había comido nada.

—Bueno, eso es culpa tuya —dijo tía Bess—. No vuelvas a hacer nunca semejante cosa. Vamos a merendar. Todo está preparado, y debéis tener un hambre de lobo.

¡La tenían! No quedó gran cosa del pastel de ternera y jamón, las tartas de mermelada y el pastel de cerezas cuando hubieron concluido.

—¡Qué aventura hemos vivido! —comentaba Benjy aquella noche al acostarse—. ¡Lo que he disfrutado... y pensar que sólo es el principio! ¿Verdad que tenemos suerte?

—¡«Tú» la tienes! —exclamó Rory—. Tú eres el que va a tener suerte, me parece a mí.

—Bueno, haré lo posible por compartirla con vosotros —repuso Benjy somnoliento—. Os lo contaré todo.

Y se quedó dormido para soñar con un conejo amaestrado que iba a limpiarle sus zapatos, que preparaba la sopa y le secaba sus ropas.

CAPÍTULO VII

BENJY VA DE VISITA

Dos días más tarde, después de merendar, Benjy se despidió de sus hermanos para ir a la cueva de Sacolín. Sentíase muy excitado. ¿Qué iba a ver?

Al acercarse a la cueva vio a Sacolín sentado fuera, y haciéndole señas.

—¡De manera que no te ha ocurrido nada después del remojón! —exclamó—. Vamos dentro. ¡Esta tarde espero visitas!

Benjy estuvo pronto sentado sobre la cama de helechos y brezos secos.

—No hables —le dijo Sacolín—. Y no te muevas, ¡veas lo que veas!

Benjy se estuvo muy quieto. Ni siquiera se atrevía a respirar, pero tenía que hacerlo. ¡Y de pronto alguien apareció en la entrada de la cueva! Alguien con unas orejas muy tiesas, ojos grandes y abrigo de pieles.

—¡El conejo! —susurró Benjy encantado.

—No. Es una liebre —repuso Sacolín haciendo a continuación un ruido semejante a los de los animales. La liebre entró sentándose a los pies de Sacolín mientras le temblaban los bigotes. Los dedos enjutos y morenos de Sacolín acariciaron las largas orejas y la liebre permaneció quieta disfrutando de la caricia. Benjy también deseaba extender la mano para tocar a la liebre, pero no se atrevió. Podía asustarla.

Sacolín comenzó a hablar al animal. Al principio dijo una serie de incongruencias que Benjy no pudo comprender... pero luego su charla adquirió cierto sentido, y Benjy escuchó porque Sacolín le estaba hablando de la liebre.

—Debieras distinguir a una liebre de un conejo, Benjy —decía Sacolín sin dejar de acariciar las largas orejas—. Mira sus largas orejas con pintas negras... y lo largas que son sus patas traseras. Pronto verás un conejo y observarás la diferencia.

La liebre se estremeció entre los dedos de Sacolín y «el salvaje» pasó su mano por su espina dorsal.

—No tengas miedo, pequeña liebre. Le estoy contando tu historia a este joven amigo mío. Habla en voz baja a la liebre, Benjy... tal vez no se asuste de ti ahora que se ha acostumbrado a tu olor.

Benjy habló lo más bajo que pudo.

—Pequeña liebre, no tengas miedo de mí. ¿Dónde vives? La liebre se sobresaltó al oír a Benjy, pero los dedos de Sacolín continuaron acariciando sus orejas y volvió a sentarse contemplando a Benjy con sus ojos grandes.

—¿De manera que serás amiga de Benjy, liebre morena? —dijo Sacolín—. ¿Le dirás dónde vives?

—¿En una madriguera como los conejos? —preguntó Benjy deseando sentir el contacto de aquellas orejas largas.

—No, no —replicó Sacolín—. A la liebre no le gustan los subterráneos. Le gusta el aire libre. Vive en los campos, en un escondite llamado «molde» porque toma la forma de su cuerpo.

Algunas veces se hace su molde entre los matorrales de brezos y tojos... pero esta liebre tiene su casa en uno de los campos de tu tío. Ah, y es muy lista, esta pequeña liebre morena. Muchas veces ha sido perseguida por la astuta zorra roja, y ha logrado hacerle perder su rastro.

—¿Cómo lo hace, Sacolín? —preguntó Benjy.

—La he estado observando —repuso Sacolín—. Si la zorra roja la persigue, da un salto de lado de dos o tres metros, y de este modo rompe su rastro. La zorra descubre que termina repentinamente... y cuando ha vuelto a encontrar el nuevo rastro, mi pequeña liebre morena está lejos, muy lejos. Cuando abandona su molde al anochecer para ir a alimentarse, pone en juego el mismo truco... de pronto salta hacia un lado, y de este modo rompe el rastro que conduce a su escondite.

—Qué liebre más lista —dijo Benjy—. ¡Oh, mire, Sacolín, aquí llegan más visitas!

Algunas pequeñas criaturas aparecieron en la entrada de la cueva. Contra el sol poniente parecían oscuras... pero sus largas orejas dijeron a sus observadores quiénes eran.

—Esta vez son conejos —dijo Sacolín—. Siempre vienen al oscurecer. No les importaba la liebre... pero si está aquí la zorra roja o el rayado tejón, no se acercan ni siquiera a la entrada.

—Oh, es que la zorra... —comentó Benjy sorprendido, pero se detuvo. Había alzado la voz, y los conejos salieron huyendo. La liebre también se sobresaltó, y se hubiese marchado si la mano de Sacolín no la detiene.

—Lo siento, Sacolín —dijo Benjy—. Lo olvidé.

—No digas nada durante un rato —repuso Sacolín—. Contaré mi canción y tal vez vuelvan.

La canción de Sacolín era extraña. En realidad no era ninguna canción, sino el rumor del viento entre los árboles, el gorgoteo de un arroyo, el crujir de las hojas de los setos... todos los sonidos que los animales conocen.

Y pronto los conejos volvieron de nuevo y sus largas orejas se recortaron en la escasa luz.

—¡Venid! —exclamó Sacolín—. ¡Venid, pequeños amigos! ¡Estoy aquí!

Los conejos entraron a saltitos. Eran tres y se acercaron a los pies de Sacolín, pero sin atreverse a rozar a Benjy. Estaba allí con Sacolín, de manera que le admitían, pero todavía no era su amigo.

Sacolín cogió al más pequeño de los tres conejos para ponerlo sobre sus rodillas. A la escasa luz de la tarde que entraba en la cueva Benjy pudo ver su nariz que jamás estaba quieta, sus largas orejas y sus grandes ojos.

—Verás que las orejas de estos conejitos no son tan largas como las de la liebre —dijo Sacolín acariciándoles—. Ni tampoco tiene pintas negras. Ah, conejito, en realidad no has sido hecho para la vida subterránea con esas grandes orejas, ¿verdad?

—¿Qué hacen con esas orejas tan grandes cuando están bajo tierra? —preguntó Benjy maravillado.

—Las colocan planas sobre su lomo, así —dijo Sacolín colocándoselas hacia atrás—. Y ahora, conejito, ¿vamos a ver tu casita? ¿Querrás enseñarnos cómo la construyes con tus fuertes patos delanteras?

Los animales parecieron entender lo que les decía. Corrieron hacia la entrada de la cueva, permanecieron allí unos instantes, y luego se esparcieron mostrando claramente sus blancos

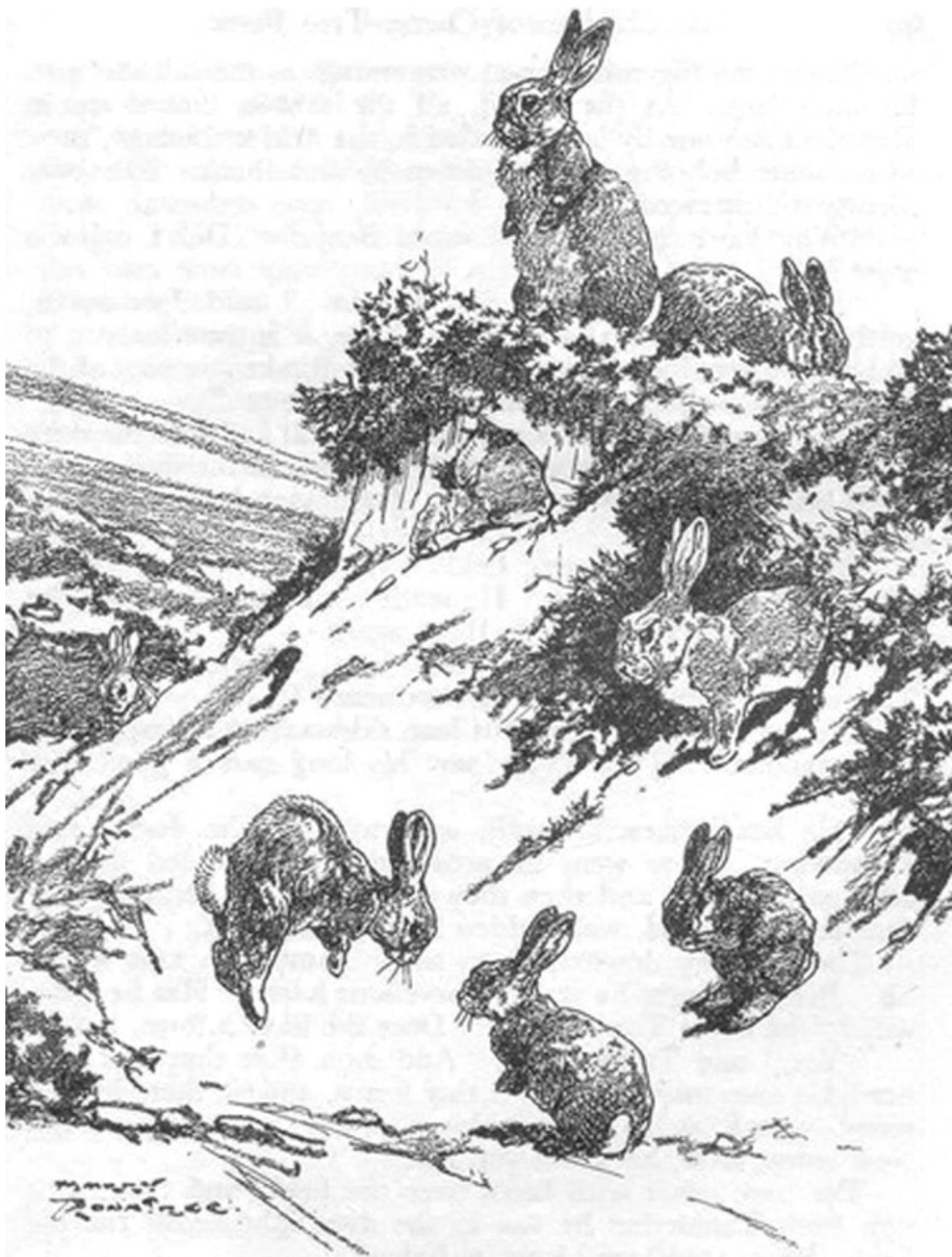
rabitos al correr.

—¿Adónde han ido? —preguntó Benjy decepcionado.

—Al lugar donde juegan, delante de su casa —dijo Sacolín—. Vamos, les seguiremos.

A los pocos minutos Sacolín y Benjy estaban sentados detrás de un arbusto. Al otro lado podían verse claramente conejos de todos tamaños... jugando, comiendo, corriendo. ¡Benjy pensó que no le importaría estar toda la noche mirándolos!

La liebre apareció a su lado otra vez, y también se puso a observar a los conejos. Un conejito se sentó sobre sus patas traseras y empezó a lavarse agachando primero una oreja y luego la otra para lamérsela.



MAYOR
RONARCC.

—Mira, Benjy —le dijo Sacolín en voz baja—, ¡ahí hay un conejo que está excavando un agujero nuevo en la colina! ¡Mira cómo lo hace!

Benjy observó. El conejo escarbaba la tierra con sus fuertes patas delanteros y la lanzaba hacia atrás con las traseras.

—¿Está la colina llena de agujeros? —susurró Benjy.

—Sí —dijo Sacolín—. ¡Si fueses lo bastante pequeño para explorarlas lo pasarías muy bien, Benjy! Podrías ir desde lo alto de la colina hasta lo más bajo por pasajes subterráneos. Verías que de cuando en cuando han sido lo bastante sensatos como para ensanchar los pasadizos..., para los cruces.

—¡Oh, cómo me gustaría poder entrar y verlo! —exclamó Benjy—. Oh, escuche, Sacolín..., ¿qué está haciendo ese conejo?

Uno de los conejos más grandes estaba golpeando la pared de la colina con sus patas traseras. Al oírlo todos los conejos alzaron la cabeza alarmados. Luego uno por uno corrieron a la madriguera más próxima, y la liebre desapareció silenciosamente.

—¿Por qué se han ido? —preguntó Benjy—. ¿Hice algún ruido?

—No. ¡Han olfateado a la zorra roja! —exclamó Sacolín levantándose—. Va a llegar ahora. ¡Vamos, ya es hora de que tú también vayas a tu madriguera, Benjy! Yo te acompañaré parte del camino... y te enseñaré el molde de la liebre.

El niño y el hombre bajaron la colina y penetraron en el oscuro bosque. Sacolín se movía con la seguridad de un gato en la oscuridad que proyectaban los árboles, pero Benjy apenas podía ver. Sacolín tuvo que cogerle de la mano para guiarle.

Salieron a los campos. Sacolín caminaba rápidamente hacia el centro de uno de ellos. Hizo un ruido curioso y la liebre volvió a aparecer.

—Hemos venido a ver tu molde, liebre morena —le dijo Sacolín—. ¿Dónde está? ¿Estamos cerca?

La liebre pegó un gran salto de lado y desapareció un momento. Luego Benjy vio sus largas orejas bastante lejos.

—Ha roto su rastro, como te dije —explicó Sacolín. Fueron hacia la liebre, que les condujo un poco más allá y llegaron a su molde... una cómoda madriguera en el suelo bien oculta de miradas indiscretas.

La liebre se tumbó en ella para demostrar a Sacolín que era la suya. Benjy pensó que era una liebre maravillosa.

—¿Tiene esposo? —le preguntó a Sacolín—. ¿Tiene él también su molde?

—Sí —replicó Sacolín—. Y poco después de nacer sus pequeñuelos ellos mismos se hacen sus moldes pequeños para estar a salvo... tan seguros como los pequeños conejitos que nacen bajo tierra. ¡Vamos, liebre, demuéstranos cómo corres!

La liebre fue con ellos por el campo... y luego, a una seña de Sacolín corrió como un rayo por el extenso campo. Benjy pudo ver su rabilo blanco.

—Ya sé por qué decimos, «veloz como una liebre» —dijo el niño—. ¡Nunca vi correr tan de prisa! ¿Por qué decimos algunas veces, «está tan loco como una liebre en marzo»? ¿Es que las liebres enloquecen en marzo?

—¡Están completamente locas! —exclamó Sacolín—. Dan patadas y embisten, se pegan unas a otras, saltan y brincan del modo más ridículo. Quizá lo veas este mes, Benjy. Ahora voy a dejarte aquí. Ven a verme otro día y conocerás a más amigos míos. Tráete a la pequeña Penny. Buenas noches.

—Buenas noches —repuso Benjy. Y permaneció inmóvil viendo cómo Sacolín desaparecía en la oscuridad. Oyó que lanzaba una llamada curiosa a la que la liebre respondió—. ¡Ojnt, ojnt! —dijo Sacolín, y la liebre repitió lo mismo. Luego, con la liebre pegada a sus talones, «el salvaje» desapareció por los campos, y Benjy, fatigado y feliz corrió hacia la Granja del Cerezo lleno de su extraña aventura.

CAPÍTULO VIII

SACOLÍN Y LAS SERPIENTES

Penny, Rory y Sheila no se cansaban de oír contar a Benjy su tarde con Sacolín. Y decidieron contárselo también a sus tíos.

Tía Bess y tío Tim estaban atónitos...

—Iré a ver a ese extraño individuo —dijo tío Tim—. Será mejor que compruebe si es persona digna de acompañaros.

De modo que fue. Los niños se enojaron bastante.

—¡Supongamos que tío Tim dice que no debemos ir con él! —exclamó Benjy—. ¡La verdad es que no podré obedecerle! ¡Me gusta tanto Sacolín, y tengo intención de aprender todo lo que pueda enseñarme sobre sus amigos los animales y los pájaros!

—No puedes desobedecer a tío Tim —dijo Penny—. Estamos en su casa. «Debemos» hacer lo que él diga.

Afortunadamente para los niños a tío Tim le gustó Sacolín.

—Es un sujeto extraño —le dijo a tía Bess—. Dice que no le agrada como se comportan los hombres entre sí, y que por eso prefiere vivir con los animales. Dice que puede confiar en «ellos». Bueno, sus ideas sobre conejos y zorras no son las mías. Él no quisiera hacer amistad con esos fastidiosos conejos, si estropearan sus cosechas como estropean las mías... ¡y tampoco pensaría que la zorra es una criatura tan estupenda si hubiese matado a sus pollitos! Bien, todos no pensamos igual, y no hará daño a los niños aprender algo de las costumbres de nuestros animales y pájaros. ¡Penny quería saber el otro día si las cabras ponen huevos!

Rory, Sheila y Benjy se desternillaban de risa. Penny enrojeció.

—No debieras contar esas cosas de mí, tío —le dijo.

—No, es cierto —repuso tío Tim acariciando su cabeza—. ¡No te importe! Podría hacerte reír si te contase las cosas que los otros me han dicho también. Vamos a ver... ¿Quién me preguntó dónde estaba el estanque de los pavos?

Ahora fue Sheila la que se puso como la grana. Tía Bess se echó a reír.

—Bueno, no se puede pedir a los niños de la ciudad que sepan gran cosa —dijo—. Les encantará que Sacolín pueda enseñarles algo. Tú y yo estamos demasiado ocupados para hacerlo.

—La próxima vez que vaya, he de llevar a Penny —explicó Benjy—. Le toca a ella. ¿Puedo llevarla, tía Bess?

—Benjy va a ir más veces que nadie —gruñó Rory.

—Bueno, será mejor que vayas ensayando el hablar en voz baja —dijo Benjy—. Tú y Sheila sois demasiado ruidosas. ¡Un conejo se iría a un kilómetro de distancia en cuanto os oyera llegar!

—Benjy, ¿cuándo podemos ir a ver a Sacolín? —preguntó Penny con interés—. ¿Podemos ir hoy?

—¡Hoy no! —exclamó tía Bess—. Me parece que va a llover. Esperad a que haga un buen día de sol.

Dos días más tarde el sol brillaba calentando como en julio. Marzo había comenzado como un

león, y se iba como un cordero.

—Hoy es el último día de marzo —dijo Benjy—. Si quieres iremos a buscar a Sacolín, Penny. Vayamos esta mañana.

De modo que se encaminaron hacia la cueva de la colina. Pero Sacolín no estaba allí. La cueva estaba vacía.

—¡Qué fastidio! —exclamó Penny—. ¿Dónde supones que estará?

—¡Mira! ¿No es Sacolín el que está allá abajo? —dijo Benjy oteando a lo lejos con sus ojos sagaces—. Sí, él es. Está cerca del estanque donde me caí aquel día, Penny. Vamos.

Bajaron la ladera de la colina encaminándose al lugar donde estaba sentado Sacolín. Al acercarse él lanzó la mano para detenerles... pero fue demasiado tarde. Vieron el rápido movimiento de un animal que desaparecía.

—¡Oh, lo siento, Sacolín! —dijo Benjy—. No lo sabía.

—Volverá —repuso Sacolín—. Hola, Penny. ¿Está mejor tu brazo?

—Sí, gracias —repuso Penny—. ¿Cuál es ese animal que va a volver, Sacolín?

—Una serpiente.

Penny lanzó un grito de terror.

—¡Oh! ¡Una serpiente! ¿De verdad? Oh, no deje que Vuelva. Me picará.

—No seas tonta, Penny —le dijo Sacolín en tono tan enfadado que Penny se sintió realmente herida—. Las serpientes no pican... muerden. Y ésta ni siquiera muerde. Pero no necesitas esperar a que vuelva si no quieres. Vete por ahí a jugar y Benjy y yo aguardaremos su vuelta.

Penny miraba a Sacolín.

—Yo creía que las serpientes eran unas criaturas horribles —dijo—. La gente siempre se estremece cuando se habla de serpientes. Siempre les he tenido miedo.

—Bueno, pues continúa teniéndoselo —le dijo Sacolín—. ¡Si prefieres estremecerte cuando se hable de serpientes, hazlo! ¿Y qué dices tú, Benjy?

—Oh, yo quiero quedarme, por favor —suplicó Benjy—. Quiero saber cómo avanzan las serpientes sin pies. Quiero saber cómo cambian la piel. Yo...

—Y yo también —intervino Penny enjugándose las lágrimas—. No se enfade conmigo, Sacolín. Sólo estaba diciendo lo que dice la gente.

—¡Y ésa es la tontería mayor que puedes hacer! —exclamó Sacolín alargando el brazo para atraer hacia sí a la niña—. No escuches lo que diga la gente. Descubre las cosas por ti misma. Dicen que las serpientes pican, ¿no? Bueno, pues pregúntaselo a alguien que «lo sepa» de verdad. Ahora me dirás que te dan miedo las arañas.

La verdad es que a Penny le daban miedo las arañas... pero más temía el decírselo a Sacolín en aquel momento. De modo que no dijo nada, y se sentó en el suelo junto a él.

Se oyó un ligero rumor, y una larga serpiente se acercó silenciosa a Sacolín, moviendo su cuerpo de un lado a otro. Penny estaba tan excitada que se olvidó por completo de hacer lo que estaba segura de haber hecho... y que era estremecerse. Permaneció tan quieta como los otros.

Sacolín comenzó a silbar a la serpiente que le miraba con sus ojos tan abiertos. Benjy vio que sus ojos carecían de párpados, de modo que la serpiente no podía cerrarlos, ¡aunque hubiese querido!

La serpiente sacó su lengua negra y la pasó rápidamente por la mano morena de Sacolín. Era una lengua extraña que se bifurcaba en dos puntas.

Penny lanzó un grito.

—¡Está sacando su aguijón! —exclamó.

La culebra silbó comenzando a alejarse. Sacolín siseó suavemente y la culebra volvió a acercarse sacando y metiendo su lengua de doble punta.

—Eres una niña tontita, Penny —le dijo Sacolín—. Eso es la lengua de la serpiente. La utiliza para tantear las cosas... le gusta pasar su lengua por los alimentos antes de comerlos para advertir su forma. Está partida en dos para ayudar a palpar las cosas con facilidad... su lengua bifurcada es como dos dedos sensibles. Que no te oiga volver a decir que es un aguijón.

—No, Sacolín —dijo Penny contenta de que «el salvaje» no estuviese enfadado con ella.

Benjy acercó lentamente su mono a la de Sacolín, y la serpiente pasó su lengua por sus dedos. ¡La cara de Benjy era todo un poema! ¡Resplandecía de gozo! ¡Pensar que una serpiente había llegado a ser su amiga hasta el punto de hacerle aquello!

—Ésta es una serpiente de hierba, una gran amiga mía —dijo Sacolín—. Durante tres años ha venido a mí. Miradla bien. Su familia es odiada por el hombre, pues la gente las mata en cuanto las ve.

—¿Oh, por qué? —preguntó Benjy recordando que debía hablar en voz baja.

—¡Como Penny, creen que las serpientes son terribles! —dijo Sacolín—. Esta bonita serpiente de hierba es absolutamente inofensiva. No tiene veneno. Jamás ataca a nadie, ni siquiera al niño más pequeño. Es una criatura inocente y simpática. Mira sus grandes ojos, Penny y sus pupilas rodeadas de un círculo dorado. Mira esas bonitas manchas color naranja detrás de su cabeza que forman como un collar brillante.

Penny y Benjy miraban, y la serpiente les miró a su vez. La niña comenzó a pensar que al fin y al cabo era una criatura bastante bonita.

—Es bastante larga —exclamó Benjy al contemplarla.

—Yo creo que medirá unos tres palmos —repuso Sacolín—. Las serpientes hembras son incluso más largas. Las serpientes de hierba son muy graciosas... sus cuerpos se van estrechando gradualmente desde su mitad a la cola. Observa su cabeza larga y estrecha, y el hermoso dibujo de manchas y barras a lo largo de su lomo color oliva. Tócala, Benjy y advertirás las curiosas escamas que cubren su cuerpo sobreponiéndose unas a otras.

Benjy tocó la serpiente advirtiendo las escamas. Penny no se atrevía a tocarla y Sacolín no la obligó. La serpiente retrocedió al tocarla Benjy, pero no se fue.

—¿Dónde ha estado todo el invierno? —preguntó a su vez Benjy—. Las serpientes duermen durante el invierno, ¿verdad?

—Sí —repuso Sacolín—. Ésta ha dormido enroscada con otras dos o tres debajo de unas raíces subterráneas. El fuerte sol de estos dos últimos días las ha despertado. ¡Ah..., nuestra serpiente va a comer!

De repente la serpiente dio media vuelta y entró en el agua, y ante el asombro de los niños nadó fácilmente por el estanque.

—¡Cielos! ¡No sabía que las serpientes nadasen! —exclamó Penny—. ¿Qué hará ahora?

La serpiente había visto moverse a las ranas y sapos en el agua. Cogió una y salió con ella a la orilla mientras sus escamas chorreaban agua.

—Una vez está en la boca de la serpiente la rana ya no puede escapar —dijo Sacolín—. ¡Sus dientes están inclinados hacia atrás!

—¡Mirad! —exclamó Benjy excitado—. ¿No es eso otra serpiente..., Sacolín?

—¡Sí! —contestó Sacolín—. Tu vista se va agudizando, Benjy. Esta vez se trata de una serpiente fina. Si la tocas no notarás la aspereza de las escamas como en la serpiente de hierba.

—Sacolín, ¿qué es lo que está haciendo? —quiso saber Penny—. Está frotando su cabeza contra esa piedra. ¿Está herida?

—¡Oh, no! —replicó Sacolín—. Lo hace para quitarse la piel.

Penny miró a Sacolín como si éste bromeara.

—¿Pero por qué iba a quitarse su piel? —preguntó asombrada—. Yo nunca me quito la mía.

—No, porque la tuya «crece» al mismo tiempo que tú —dijo Sacolín—. Pero hay otras criaturas cuyos cuerpos crecen y su piel no... y por eso tienen que quitársela y usar otra que les ha crecido debajo. Observa a esta serpiente y verás cómo se quita la piel entera, lo mismo que tú pudieras quitarte una media.

La serpiente frotó su cabeza contra la piedra hasta que la piel se soltó. Luego, cuando se hubo desprendido la piel de la cabeza, la serpiente salió del resto de su piel volviéndola limpiamente del revés. Los niños la observaban asombrados.

Penny lanzó un grito.

—¿Puedo quedarme con la piel?

La serpiente lanzó una mirada asustada a su alrededor y desapareció entre la maleza.

—Eres una tonta, Penny —gruñó Benjy—. Ahora has asustado a esa serpiente y yo quería tocar su piel fina.

Sacolín cogió la piel de la serpiente y se la mostró a los niños.

—Se llama camisa —dijo—. Mirad qué perfecta es... incluso tiene la cubierta del ojo. Habéis tenido mucha suerte de poder ver hoy semejante cosa. Pocas personas han visto cambiar de piel a una serpiente.

Benjy contempló la piel con atención.

—¿Qué es lo que hace avanzar a las serpientes? —preguntó—. No tienen pies, ¿verdad?

—Ninguno —fue la respuesta de Sacolín—. Pero se las arreglan muy bien sin ellos... caminan sobre los extremos libres de sus numerosas costillas. Ponen unas cuantas hacia adelante presionando sobre la piel... las de detrás les siguen... y luego el resto... después las costillas delanteras avanzan de nuevo, etcétera. De este modo consigue ese movimiento ondulante que es tan curioso de ver.

—¿Hay otras serpientes en nuestro país además de la serpiente de piel suave y la de hierba? —preguntó Penny.

—¡Sí... otra más... y ésta sí es venenosa! —exclamó Sacolín—. Venid conmigo y os enseñaré una. Penny no estaba segura de querer ir.

—No quiero que me pique... quiero decir que me muerda —dijo en voz baja.

—No te picará «ni» te morderá —dijo Sacolín—. Pero no vengas si no quieres. Ven tú, Benjy.

¡Bueno, en cuanto Penny oyó que no era preciso que fuese, ya quiso ir! De manera que allá se fueron, dejando atrás el estanque, para subir por la ladera de la colina cubierta de helechos y caldeada por el sol. Sacolín se sentó. Sus ojos sagaces habían avistado un movimiento. Comenzó a silbar lo que Benjy llamaba su «tonada para serpientes». Benjy trataba de ensayarla mentalmente con la esperanza de poder llamar a las serpientes de todo lugar, como lo hacía Sacolín.

Se oyó un rumor cerca. Penny y Benjy vieron a una serpiente corta y delgada que se alzaba para mirar a Sacolín. Tendría solo dos palmos de largo y sus ojos rojos miraban sin parpadear.

Era una serpiente parda con una línea zigzagueante en el centro de su lomo, y en la cabeza tenía una marca en forma de V. Al aproximarse iba sacando la lengua.

—Esta serpiente no me gusta tanto como las otras —comentó Penny.

—Desde luego no es tan bonita —repuso Sacolín dejando que el reptil tanteara sus dedos con su lengua—. Su cuerpo no es tan gracioso y largo... y fijaros en esa marca de su cabeza muy parecida a una uve. Uve de víbora... Esta serpiente es una víbora... nuestra única serpiente venenosa.

—¿Cómo muerde, Sacolín? —preguntó Benjy observando a la serpiente.

—Observa, Benjy, lo que hace cuando le muestre este palo —dijo Sacolín—. Observa con atención.

Los niños observaron. Sacolín cogió un palo corto y lo puso de pronto ante la cabeza de la serpiente. En un abrir y cerrar de ojos la víbora alzó la cabeza, abrió la boca y mostró dos dientes largos o colmillos que mordieron el palo. Sacolín rió retirando el trozo de madera y se puso a silbar de nuevo a la serpiente que siguió oscilando su cabeza en el aire tranquilo y feliz como antes.

—¿Visteis los dos colmillos? —preguntó Sacolín al cabo de unos instantes—. Bien, pues éstos son sus colmillos venenosos. Por lo general están colocados hacia atrás en el interior de la boca, pero cuando la serpiente quiere morder, se ponen en posición de hacerlo, y muerden con la velocidad del rayo.

—¿Y el veneno está dentro de los colmillos? —preguntó Benjy observando a la serpiente.

—No... está en una especie de bolsa o glándula en la base del diente. Cuando el colmillo advierte al enemigo, presiona la bolsa de veneno, y saca parte de él... y éste baja por una canal del colmillo y entra en la herida que éste produce al morder. De esta manera que ya ves —dijo Sacolín—, una serpiente muerde... ¡pero no pica!

—Ahora tendré miedo de caminar por la colina por temor a que me muerda una víbora —dijo Penny temerosa.

—Rara vez muerden —dijo Sacolín—. Y de todas formas, tú eres lo bastante sensata como para usar zapatos, ¿no? Es posible que la gente que anda descalza pueda pisar accidentalmente a una víbora que esté durmiendo y ser mordida... pero puedes estar segura de que por lo general una víbora te oye llegar mucho antes, y huye para ponerse a salvo. ¡Te teme mucho más de lo que tú la temas a ella!

Un perro ladró en la distancia... y la víbora se alejó sin hacer ruido.

—¡Fíjate! —exclamó Sacolín—. ¿Has visto como el menor ruido le hace esconderse? No tengas miedo, Penny. ¡Y ahora creo que ha llegado el momento de volver a casa, o vuestro tío Tim

vendrá a por «el salvaje» con una escopeta!

Los niños rieron.

—¿A quién puedo traer la próxima vez? —le preguntó Benjy.

—Puedes traer a los otros dos —dijo Sacolín—. Y dile a tu tía a ver si os deja venir la semana que viene por la noche, cuando la luna esté alta.

—¡Ooooh..., qué divertido! —exclamó Benjy.

—¿Puedo venir yo también? —preguntó Penny pensando que una aventura a la luz de la luna sería emocionante.

—Esta vez no —replicó Sacolín—, pero puedes quedarte con la piel de la serpiente, porque al fin y al cabo has sido una niña muy sensata y no has echado a correr cuando llegaron las serpientes.

Penny estaba muy satisfecha. ¡Cómo le envidiarían los otros la piel de serpiente! Dio las gracias a Sacolín y Benjy la tomó de la mano para llevarla a casa.

Durante todo el camino Benjy iba silbando una extraña tonadilla. Penny le miró sorprendida.

—¿Qué es eso? —le preguntó.

—Es la tonada de las serpientes que silbaba Sacolín —dijo Benjy—. Voy a ensayarla para llamar a las serpientes y que las vean los demás.

Bueno, cuando los otros oyeron lo de las serpientes y vieron la piel, y oyeron el extraño silbido quedaron emocionados.

—¡Tía Bess! ¡Benjy sabe silbar para que acudan las serpientes! —exclamó Sheila—. ¡Ven a oírle!

De manera que todos permanecieron muy quietos escuchando aquella monótona tonada... pero no acudió ninguna serpiente, cosa que alegró a tía Bess. Sólo *Sombra*, el perro, llegó corriendo a lamer la nariz de Benjy.

—¡No, *Sombra*! ¿Te crees una serpiente, tonto? —exclamó Benjy enfadado—. ¡Ahora has estropeado mi silbido!

—¡Menos mal! —intervino tía Bess—. No quisiera ver mi casa llena de serpientes por el momento, con todos los pollitos pequeños que tengo. Vamos todos a comer. ¡Si no los gatos se lo comerán todo!

CAPÍTULO IX

UNA AVENTURA A LA LUZ DE LA LUNA

Rory y Sheila se excitaron mucho al saber que iban a ver a Sacolín a la luz de la luna.

—¿Qué amigos irán a visitarle a la luz de la luna? —dijo Sheila—. ¿Tal vez las zorras... o las nutrias?

—Puede que los tejones —exclamó Rory—. Mira..., Sheila, aquí en este libro de Benjy hay un dibujo de un tejón. ¿Verdad que es un animal muy curioso?

Todos los niños miraron el dibujo.

—Tiene una cara muy graciosa —dijo Rory—. Rayada en blanco y negro... muy fácil de ver. ¡Si saliera por la noche podría verle a un kilómetro de distancia, de haber luna!

Tía Bess no quiso dejar ir a los niños hasta que llegó una noche verdaderamente cálida. La luna brillaba con fuerza llenando el campo de luz. Los tres niños estaban muy excitados y Penny, triste.

—Bueno, Penny, no olvides que tienes una auténtica piel de serpiente —le dijo Benjy—. ¡Eso debiera compensarte de todo!

Penny se animó. No era probable que aquella noche los otros vieran despojarse de su piel a una serpiente... y de todas formas luego le contarían todo lo que ocurriera. Tío Tim le había prometido que en compensación le ayudaría a lavar los huevos recién puestos, y Penny estaba deseando hacerlo al día siguiente después del desayuno.

Benjy, Rory y Sheila fueron a la cueva de Sacolín, que estaba sentado fuera con algunos de sus amigos. Los niños vieron que eran conejos, pero salieron huyendo en cuanto ellos se acercaron.

—Quisiera que los animales no huyesen de nosotros —comentó Sheila—. Hola, Sacolín..., estamos tan emocionados. ¿Qué vamos a ver esta noche?

—Espero que veáis al caballero que da su nombre a estos bosques —dijo Sacolín mostrando sus blancos dientes en una sonrisa.

—¿Qué caballero? —preguntó Sheila extrañada.

—El señor *Brock*, el tejón —replicó Sacolín—. Años atrás había muchos más tejones de los que hay ahora, y su nombre regional *Brock*, fue dado a nuestros bosques. Ha estado durmiendo todo este crudo invierno, pero ahora saldrá. Vamos.

—¿Entonces, sabe dónde vive? —le preguntó Benjy trotando al lado de Sacolín.

—Sé donde viven todos los tejones de los bosques de Brock —repuso Sacolín riendo—. Mirad... ahí va la zorra roja de caza nocturna. ¡Espero que no vaya en pos de los pollitos de vuestro tío!

A la luz de la luna, recortándose contra el resplandor del cielo, los tres niños pudieron ver la graciosa figura de una zorra en la ladera de la colina. Allí estaba parada escuchando y olfateando.

—Me huele a «mí»... pero también os huele a vosotros —dijo Sacolín—. Si estuviera solo vendría trotando detrás de mí como un perro.

Benjy suspiró de envidia.

—Se parece bastante a un hermoso perro con una gran cola, ¿verdad? —dijo—. ¡Oh, se ha ido!

Penetraron en los bosques del Brock, y pronto llegaron a un lugar donde Sacolín se detuvo. Una lechuza cantó fuerte sobresaltando a Sheila.

—Ahora hablar bajito —les aconsejó Sacolín—. Quedaos aquí de manera que el viento sople en este sentido y de este modo el tejón no nos olerá.

Los niños contemplaron la orilla, y en ella se veía claramente a la luz de la luna, un gran agujero oscuro.

—Ésa es la entrada de la madriguera del tejón —les dijo Sacolín—. Puede que salga dentro de pocos minutos. Le aguardaremos.

Fuera de la madriguera del tejón había un montón de tierra.

—¿Qué es eso? —susurró Sheila.

—Ésa es la tierra que el tejón ha ido sacando al excavar su escondite —dijo Sacolín con una voz que semejaba el rumor del viento entre los árboles. Era maravilloso cómo podía hacer que sus palabras semejaran el soplo del viento.

—¿Y qué es ese montón de hojas secas que hay allí? —susurró Rory.

—Eso es la cama vieja del tejón —repuso Sacolín—. En el otoño recoge muchas hojas muertas y las lleva a su madriguera para su cama. De este modo está calentito y cómodo. Pero si se despierta para dar un pequeño paseo durante una temporada cálida, a menudo saca las hojas de su cama y los remueve.

—¡Oh..., mirad..., mirad! —susurró Sheila agarrándose al brazo de Sacolín—. ¡Algo está saliendo por el agujero!

—¡Y vaya si era cierto! Un rostro rayado salía olfateando el aire de la noche. Era *Brock*, el tejón.

Ninguno de los cuatro hizo el menor ruido ni movimiento alguno. El tejón sacó un poco más la cabeza olfateando ruidosamente. Olfateaba el olor de sus enemigos. Jamás salía si olfateaba algo extraño o sospechoso.

El viento soplaba en dirección a los niños, por eso no pudo olerles. Ni tampoco ellos pudieron olerle a él, ya que su olfato no estaba acostumbrado a percibir el olor de los cuerpos de los animales, mas Sacolín sí podía olerle. Sacolín conocía el olor de los tejones y le gustaba porque eran limpios.

El tejón salió de su «madriguera» y los niños pudieron verle con toda claridad o la luz de la luna... ¡pero en cuanto penetró en las sombras pareció desaparecer!

—¡Qué extraño! —susurró Sheila—. Ahora no puedo ver su rostro rayado. Parece haber desaparecido... y no obstante sé qué está entre esas sombras porque le oigo.

—Su rostro tiene esas rayas para que no pueda ser visto con facilidad en el bosque bañado por la luna —dijo Sacolín con su voz grave—. Por esa misma razón la cebra es rayada, Sheila. Las rayas blancas y negras semejan la luz de la luna y las sombras del bosque. Ahora viene, mirad... observad su cuerpo robusto y su pelaje gris rojizo, así como su hocico puntiagudo. ¡*Brock!* ¡*Brock!*

El tejón se detuvo en seco mirando en dirección a Sacolín. Olfateó con fuerza percibiendo el olor de los niños al mismo tiempo que el de su amigo, y se volvió para regresar a su guarida. Entonces Sacolín le habló en su lenguaje... gruñidos y otros ruidos curiosos que Benjy sabía no iba a poder imitar ¡aunque estuviera ensayando toda la vida! El tejón se detuvo, mirando indeciso

a Sacolín.

El hombre dejó a los niños para acercarse solo a *Brock*, que se puso patas arriba como un perro lanzando gruñidos de placer mientras Sacolín se arrodilló junto a él para acariciarle y rascarle donde más le gustaba. Los niños apenas se atrevían a respirar ante algo tan insólito.

Sacolín hablaba al tejón, le gruñía, y de cuando en cuando se dirigía a los niños con la misma voz.

—¿Veis sus grandes pezuñas, niños? ¡Mirad qué negro es por debajo! ¿Veis qué cuerpo más robusto y ancho tiene este tejoncito mío?

Benjy no pudo soportarlo por más tiempo, tenía que participar o estallaba. Seguro, seguro que el tejón le dejaría jugar con él como lo estaba haciendo Sacolín...

Corrió para participar en el juego... para antes de que llegara el tejón se había marchado y Sacolín quedó allí solo de rodillas. ¡Benjy oyó como el tejón se abría camino por el bosque!

—¡Oh! —exclamó decepcionado—. Se ha ido.

—¡Naturalmente! —replicó Sacolín—. ¿Querías conseguir en un minuto, lo que a mí me ha costado años? ¡Y sin duda sabes que ningún animal, doméstico o salvaje, soportaría una carrera así! ¡Incluso *Sombra*, el perro, se hubiese asustado!

—Sí... lo sé —dijo Benjy—. Pero oh, Sacolín, deseaba tanto tocar a ese tejón. ¿Cómo consiguió domesticarlo tanto?

—Una vez tuve tres cachorros de tejón —repuso el salvaje—. Cuando crecieron me dejaron participar de su vida. Ése es uno de esos cachorros. Me siguen conociendo y me quieren. Acercaos a la madriguera de *Brock*, niños, y mirad dentro. ¡No podréis ver mucho... pero si pudieseis entrar veríais lo grande que es!

—¿Es muy grande? —preguntó Rory arrodillándose para introducir su cabeza.

—¡Rory va a entrar a mirar! —exclamó Sheila riendo—. ¡Cuidado no te encuentres con dos o tres tejones más, Rory!

—Esta madriguera tendrá cerca de dos metros —le dijo Sacolín—. También hay pasillos y galerías y señor *Brock* se ha hecho una entrada posterior detrás de estos arbustos. Creo que la zorra roja solía vivir en uno de esos pasadizos, pero el tejón la echó. No puede soportar el olor a zorra.

—¡Cielo santo! ¡Es una auténtica cosa subterránea! —exclamó Rory—. Ojalá fuese lo bastante pequeño para poder entrar. ¿A dónde ha ido el tejón, Sacolín?

—A buscar comida —replicó el hombre—. Ha dormido casi todo el invierno y tiene hambre. Cuando se echa a dormir bloquea esta entrada y la posterior también.

—Yo creía que era demasiado patoso para buscar su propio alimento —dijo Benjy.

—Por lo general se apodera de animales heridos o enfermos —repuso Sacolín—. Sé a dónde ha ido el señor *Brock* esta noche, estoy seguro. Ha ido a las rocas que hay no lejos de la granja de vuestro tío para ver si alguna pequeña corneja ha caído de su nido.

—¿Caen en las trampas alguna vez? —preguntó Rory.

—Casi nunca —repuso Sacolín conduciendo a los niños lejos de la madriguera del tejón—. Estoy seguro de que el tejón que visteis esta noche jamás caerá en una trampa. Tiene una curiosa manera de manejarlas.

—¿Cuál es? —quiso saber Benjy.

—¡Rueda pesadamente sobre ellas! —dijo Sacolín—. Aguarda hasta oír saltar el muelle, y entonces sabe que la trampa está segura. Después de esto, con toda calma se apodera del cebo y se marcha tan tranquilo.

—¡Es más listo de lo que parece! —exclamó Sheila con admiración—. ¿Va a enseñarnos algo más esta noche, Sacolín?

—Sólo el camino de vuestra casa —replicó Sacolín riendo—. ¡Ahí está... mirad! Venid a verme cualquier otro día.

Entonces se encaminaron hacia la granja a la luz de la luna, aguzando la vista para ver tejones, zorras o cualquier criatura que pudiera acercarse. En cuanto a Benjy, intentaba imitar los ruidos que Sacolín hizo para entenderse con el tejón... ¡hasta que los otros dijeron que tendrían que comprar algodón para taparse los oídos, si no se callaba!

CAPÍTULO X

LA CASA-ÁRBOL DE SACOLÍN

Una mañana, cuando los niños bajaron a desayunar, oyeron que tía Bess se lamentaba.

—Mi hermoso césped está completamente estropeado —decía—. ¡Miradle!

Los niños miraron la hierba. Era un hermoso césped y su tía estaba muy orgullosa de él, pero desde luego, aquella mañana tenía un raro aspecto.

—¡Hace subidas y bajadas! —exclamó Penny sorprendida—. Parece como si alguien hubiese estado haciendo túneles por debajo, y arrojado al exterior la tierra formando pequeños montículos. ¿Qué ha ocurrido, tía Bess?

—¡Será mejor que se lo preguntéis a vuestro amigo Sacolín! —replicó tío Tim alzando la vista de su periódico—. No me cabe duda de que llamaría a una buena pandilla de pillastres que han estropeado el césped y dejaría que os contasen un bonito cuento... pero lo que «yo» digo es esto... ¡voy a traer al cazador de topos para que atrape a esos indeseables que están minando mi césped y mis campos también!

—¡Oh... de manera que han sido los topos! —dijo Rory—. Bueno, hasta ahora nunca les había visto trabajar. Ni siquiera sé qué aspecto tienen.

—Yo sí —intervino Benjy—. Están hechos para excavar túneles, ¿verdad, tío Tim? Sus patas delanteras son auténticas palas.

—¡Palas! —exclamó Penny sorprendida—. ¿Te refieres a las que llevamos a la playa? Los otros rieron.

—No seas tan niña, Penny —dijo Rory—. Benjy se refiere a que sus patas «actúan» como palas. Esta mañana iremos a ver a Sacolín y le haremos unas cuantas preguntas.

—Y decidle que me sorprendería que pudiese encontrar algún trabajo útil para los topos en cuanto a los granjeros se refiere —dijo tío Tim—. ¡Son unos animalejos indeseables!

Los niños estaban contentos por tener una excusa para ir a visitar a Sacolín. Habían estado ocupados en la granja durante dos o tres semanas y cuando «fueron» en busca de su amigo no le encontraron por ningún sitio. Tal vez hoy tuvieran más suerte. De manera que después de haber realizado todas sus tareas de alimentar a los animales de la granja, recoger los huevos, poner agua fresca a las gallinas y demás, los niños salieron en busca del «salvaje».

Pero también esta vez la cueva estaba vacía y sin el menor rastro de Sacolín.

Los niños estaban decepcionados.

—Puede que haya dejado de ser «salvaje». Quizá se ha domesticado —dijo Penny.

Sheila rió por lo bajo.

—Qué tonterías dices, Penny —exclamó.

El sol calentaba de firme. Los pinzones gorjeaban alocados y las alondras cantaban su sibilante son en lo más alto del cielo. Aquella música cayó sobre los niños mientras pensaban en Sacolín.

—Me gustan las alondras —dijo Sheila mirándolas—. Si yo fuera pájaro volaría lo más alto que pudiera para cantar. Escuchad esa alondra... ¡casi podemos coger su canción mientras cae desde el cielo!

Penny extendió las manos para coger las notas de la canción y los otros se echaron a reír.

—Vamos —propuso Rory—. No podemos quedarnos aquí toda la mañana. Caminemos un poco, llamándole. Tal vez Sacolín nos oiga y nos conteste.

De manera que de cuando en cuando llamaban a Sacolín... hasta que, por fin, en la distancia oyeron su grito de respuesta.

—¡Es el viejo Sacolín! —exclamó Benjy encantado y los cuatro niños corrieron por entre los brezos y helechos hacia donde sonara el grito. Sacolín les llamaba a intervalos para guiarles... y pronto llegaron a su escondite.

Era junto a un remanso del río... un lugar tranquilo donde paseaban los patos silvestres, y los peces saltaban cazando moscas.

—Un lugar muy del gusto de Sacolín —pensó Benjy.

Su amigo estaba allí, y sobre el hombro llevaba una ardilla roja, de espesa cola y ojos negros y brillantes. Al ver a la ardilla los niños dejaron de correr caminando tranquilamente. Habían aprendido lo suficiente sobre los animales para saber que hasta los más domésticos son enemigos de una llegada demasiado repentina.

La ardilla roja no abandonó el hombro de Sacolín quien sonrió a los niños.

—Hola —les dijo—. Me preguntaba por dónde andaríais. Hace mucho tiempo que no os he visto.

—Hemos estado ayudando a nuestros tíos —dijo Rory—. Y cuando fuimos a buscarle, no le encontramos. Pero ahora que hemos conseguido verle, me alegro.

Sacolín estaba ocupado en algo. Penny observó lo que hacía.

—¡Sacolín! —exclamó—. ¿Está usted haciendo una casa?

—Sí... ¡una casa-árbol! —replicó Sacolín—. Siempre vivo en un árbol durante los meses cálidos. Ésta es la casa que hice hace dos años... la estoy arreglando para que ahora vuelva o servirme.

—¡Pero la casa crece! —dijo Sheila mirándola—. ¡Oh, Sacolín!, ¿de verdad vive en una casa que crece?

—¿Y por qué no? —replicó Sacolín—. ¡Si mis paredes brotan y mi tejado echa hojas, tanto mejor!

Era una casa extraordinaria. Sacolín había plantado sauces muy juntos y usaba sus troncos como paredes, entrecruzando sus ramas más altas para hacer el tejado. Entre los troncos de los sauces había entretejido sus ramas más largas tapando todas las grietas y agujeros con cebo y musgo. Era una casa de lo más acogedora.

¡Pero tenía vida y crecía! Eso era lo que sorprendía a los niños. El tejado era de hojas verdes, y en las paredes también crecían hojas y brotes, Sacolín estaba ocupado en ordenar las ramitas nuevos para que su casa estuviera aseada.

—¡Oh, si yo hubiera podido ayudarle a construir su casa! —exclamó Benjy—. Ojalá yo tuviese una casa como ésta. ¿Dónde está la puerta, Sacolín?

—No hay puerta —repuso «el salvaje»—. La porte sur está abierta al viento y al sol. Allí hay una mampara de ramas tejidas que algunas veces utilizo para cerrar la casa... pero yo no necesito puerta.

El río discurría junto a la casa de Sacolín murmurando al posar, y las primaveras crecían casi hasta la misma entrada. Los cuatro niños miraban y miraban... era como una casa de un cuento de hadas.

Penny entró en la casa en cuyo interior no había más que unos pocos cacharros y una manta vieja.

—¿Vas a poner una cama, Sacolín? —le preguntó.

—Puedes hacérmela tú si quieres, Penny —le dijo Sacolín—. Todo lo que necesito es una buena cantidad de brezo seco. ¡Huele tan bien por la noche!

—Penny puede hacerle la cama en un momento —dijo Sheila desenvolviendo un paquete que llevaba—. Primero tenemos que comer algo. Mire, Sacolín... pastel de chocolate hecho ayer por mi tía Bess. Es para nuestra comida. ¿Quiere un poco?

—Me gustaría mucho —repuso Sacolín al ver que había un pastel entero, y sacando su cuchillo cortó unos pedazos enormes—. Sentémonos junto al río y charlemos.

La ardilla roja había seguido sentada en el hombro de Sacolín todo el tiempo, y al ver el pastel lanzó un curioso ruidito.

—¡A ti no te gusta el pastel, *Pelusita*! —exclamó Sacolín. La ardilla cogió un pedacito de pastel y saltando del hombro del «salvaje» desapareció con su presa detrás de un árbol.

—Volverá —dijo Sacolín al ver el rostro desilusionado de Benjy—. ¡Y probablemente con una amiga, o no conozco a *doña Pelusita*!

Los niños deseaban que así fuera, y comiendo aquella deliciosa tarta de chocolate, continuaron hablando con Sacolín.

—Sacolín, tío Tim está muy enfadado porque los topos le han minado el césped —explicó Benjy—. Y dijo que le sorprendería que usted encontrase algo bueno que decir de los topos en cuanto a los granjeros se refiere.

—¿De veras? —dijo Sacolín—. Bien, ya veremos. Terminad el pastel e iremos a visitar a algunos topos que conozco.

Penny casi se atraganta de emoción. La verdad es que no se podía mencionar ninguna criatura que no fuese amiga de Sacolín.

—¡Creo que si usted viviera en la selva todos los tigres le seguirían como perros! —dijo con la boca llena.

—Me sentiría un tanto incómodo con los tigres tras de mí todo el día —repuso Sacolín riendo—. ¿Habéis terminado? Bien, entonces, vamos.

Cuando ya se marchaban regresó la ardilla roja... con otras dos más.

—Demasiado tarde, *Pelusita*, demasiado tarde —dijo Sacolín meneando la cabeza—. El pastel se ha terminado.

—¡No, Sacolín, no todo! —exclamó Benjy—. Yo he reservado un poco por «si acaso *Pelusita*» regresaba con alguna amiga. ¡Aquí tenéis un pedazo de pastel, ardillitas!

Y ante el regocijo de Benjy las tres ardillas se lanzaron sobre su mano extendida. Una se sentó sobre sus patas traseras olfateando el pastel. Otra saltó al hombro de Sacolín... ¡y cielo santo, la tercera subió por la espalda de Benjy y se sentó en su mismo cogote! Benjy estaba tan emocionado que no se atrevía a moverse. Permanecía inmóvil, semihechizado, con los ojos brillantes.

—¡Bueno, parece que Benjy se ha convertido en estatua! —dijo Sacolín riendo—. ¡Vamos Benjy... la ardilla seguirá encima de ti aunque andes! Le gustas.

—¡Oh, ojalá le gustase yo también! —exclamó Penny. Y Rory y Sheila desearon lo mismo. Benjy echó a andar... un poco rígido al principio por temor «a que la ardilla se asustase y se marchara». Luego, al acostumbrarse al bulto cálido y peludo que llevaba en su cuello, caminó normalmente y la ardilla conservaba el equilibrio con facilidad.

—La tercera se ha ido —dijo Penny—. Ojalá se hubiese quedado con nosotros y me hubiese dejado llevarla.

Dejaron atrás la extraña casa viviente para seguir a Sacolín, que abandonando el río les llevó a un campo de hierba... lleno de montículos, y túneles practicados por multitud de topos.

—¡Y ahora atroparemos a uno de esos mineros de terciopelo y veremos lo que tiene que decirnos! —exclamó Sacolín.

CAPÍTULO XI

EL MINERO CON ABRIGO DE TERCIOPELO

El sol calentaba de firme en el campo. Cerca, había una loma donde las primaveras crecían formando grandes manchas amarillas, y las violetas blancas llenaban el aire con su aroma. Sacolín sentóse en la loma y los niños le rodearon. Las dos ardillas permanecieron quietas y sus ojos brillantes lo miraban todo.

—Bien —comenzó a decir Sacolín—. Aquí están trabajando los topos. Vi su trabajo cuando pasé por aquí esta mañana. Si nos estamos quietos un rato veremos cómo sacan la tierra y tal vez consiga enseñaros uno de ellos. Ahora, quietos.

De manera que todos permanecieron inmóviles como estatuas. La ardilla de Sacolín olfateaba sin cesar los cabellos de Penny, y la niña estaba encantada, y a pesar de que le hacía cosquillas, no se movió. La ardilla de Benjy frotaba sus bigotes contra su oreja, cosa que le producía una agradable sensación.

De pronto, Sacolín señaló con el dedo. El campo estaba surcado aquí y allí de túneles hechos por los topos, y pequeños montículos de tierra... pero mientras los niños observaban, un nuevo túnel iba apareciendo poco a poco. La hierba era impulsada hacia arriba como si algo la presionara desde abajo.

—Ahí hay un topo trabajando —observó Sacolín—. Y ése está muy cerca de la superficie. Aquí el suelo es rico y esponjoso, de manera que los topos no profundizan mucho. No os mováis y veré si os lo cojo.

Lo que ocurrió a continuación fue tan rápido que los niños apenas pudieron verlo. Sacolín se arrodilló junto al pasadizo recién abierto, y en uno de sus extremos. Se oyó arañar y patear... y al fin Sacolín dio media vuelta con las manos cubiertas de tierra... ¡y entre ellas debatiéndose, había un pequeño cuerpecillo cubierto de terciopelo gris oscuro! No hizo el menor sonido y los niños le rodearon para verle.

—Quieto, topito —le dijo Sacolín acariciando con su manazo morena el cuerpo que se debatía. A los pocos instantes el topo dejó de resistirse y permaneció quieto. Las dos ardillas tras olfatear al topo con disgusto, se volvieron a los bosques, ante la desilusión de Benjy.

—¡Aquí está nuestro pequeño minero! —exclamó Sacolín—. Acariciadle; Tocad su piel suave como el terciopelo. Mirad como crecen sus pelos, espesos y derechos, y no en una dirección como los del perro o del gato. Puede ir hacia adelante o hacia atrás a placer, ¿veis?, sin que su pelaje se coloque en «dirección contraria». Esto es muy importante para él en su túnel subterráneo.

—¿Dónde tiene los ojos? —preguntó Penny acariciando al rollizo minero.

—Escondidos en su piel —repuso Sacolín—. Bajo tierra no tiene que utilizarlos, y rara vez sale a la superficie. Pero mirad la parte más importante de su persona..., sus patas delanteras.

¡Penny las miró esperando ver un par de palas! Vio un par de manos abiertas cuyas palmas miraban hacia arriba para excavar. Eran unos manos muy grandes para un ser tan pequeño y estaban dotadas de fuertes uñas. Penny supo ver lo bien que las empleaba el topo en la tierra.

Rory tocó suavemente las patas del topo que al instante se movieron como si excavaran, y su

hocico largo se estremeció.

—Qué hocico más largo tiene —observó Sheila—. ¿Para qué lo utiliza? ¿Para olfatear su comida?

—Sí... y para lanzar la tierra cuando la ha aflojado con sus patas —dijo Sacolín—. Cuando le visteis trabajando hace un rato, estaba aflojando la tierra y luego la apretaba con su hocico hacia arriba... y por eso iba apareciendo esa protuberancia en la superficie del campo. También tiene buen sentido del olfato y su hocico le resulta muy útil.

El topo comenzó a debatirse otra vez y Sacolín le acarició suavemente.

—Lo dejaremos aquí, donde la tierra es blanda —dijo—. ¡Y entonces topito os enseñará cómo utiliza sus pezuñas!

Sacolín dejó el topo en el suelo, que al momento se puso a trabajar en la tierra blanda. ¡Cómo excavaba con sus patas delanteras! La tierra parecía esfumarse debajo del topo... ¡y al poco rato aquella criatura de terciopelo había desaparecido por completo bajo tierra!

—¡Ojalá yo pudiera hacerlo! —exclamó Rory—. ¡Meterme en la tierra y desaparecer! ¡Parece tan sencillo!

—¿Y qué es lo que busca el topo al hacer el túnel? —quiso saber Penny—. ¿Y por qué lo hace, Sacolín? ¿Le gusta vivir a oscuras bajo tierra?

—No piensa si le gusta o no —replicó Sacolín—. ¡Su alimento está ahí... y para conseguirlo horada la tierra! Come gusanos de tierra, larvas de todas clases... escarabajos... y si olfatea culebras o babosas en la superficie de la tierra, sale a cazarlas también.

—¿Tienen nido o madriguera? —preguntó Rory observando cómo iba apareciendo otro túnel en el campo que tal vez fuera hecho por su amigo topo.

—Sí... construye un hermoso nido —dijo Sacolín—. Ya os lo enseñaré durante el camino de regreso. Es una gran colina, como veréis.

—¿No es curioso pensar que esos topos construyen una especie de mundo subterráneo bajo nuestros pies? —comentó Sheila—. Supongo que los que construyen los «Metros» los copiarán de los topos y conejos.

—No me sorprendería —dijo Sacolín—. Ya sabéis que los topos tienen un sistema propio de caminos principales y carreteras en los campos... caminos que ellos conocen tan bien como nosotros conocemos nuestras carreteras. De estos caminos principales parten ramales para ir de caza, y túneles para encontrar alimentos. Pero siempre que lo desean vuelven al camino principal. ¡Algunas veces he excavado una de estas avenidas principales de los topos, que son casi de la medida del cuerpo de un topo, y están endurecidas y suaves por el roce continuo de los topos que la atraviesan apresuradamente!

—¡Un auténtico mundo de su exclusiva propiedad! —observó Benjy deseando ser lo bastante pequeño como para correr por el túnel de un topo, sus avenidas, sus desviaciones y ver cómo se entrecruzaban—. ¿Dónde está el nido del topo, Sacolín?

—¡Vamos a verlo! —les dijo su amigo y los niños le siguieron por el campo. Sacolín se detuvo para indicarles un arbusto. Semiescondido entre las zarzas había un montículo de tierra de un palmo de alto y tres de diámetro—. Aquí es donde anida nuestro amigo de terciopelo —explicó Sacolín—. Dentro encontraréis su cámara, y encima pequeños túneles que conducen arriba, y a

través de los cuales expulsa la tierra que excava al hacer su nido. Esta colina está hecha con tierra. Este topo es un tipo muy listo, ¿no os parece?

—Sí —dijo Rory, que hubiese deseado ver el interior del nido—. ¡Bueno, ahora ya sabré lo que son esos montículos cuando los vuelva a ver! El otro día vi uno y no pude imaginar qué era.

—Ahora debéis marcharos —les advirtió Sacolín—. Se está haciendo tarde.

Los niños echaron a correr... pero no habían llegado muy lejos cuando Benjy se detuvo.

—¡Qué fastidioso! —dijo—. Sacolín no nos dijo lo que debíamos decirle a tío Tim... seguro que él tiene alguna cosa buena que decir a un granjero referente a un topo.

—Bueno, ahora no podemos volver a preguntárselo —repicó Rory impaciente—. Llegaríamos tarde. Ya pensaremos algo nosotros. ¡Sabemos todo lo que respecta a los topos!

De manera que todos pensaron intensamente durante el camino de regreso. Tío Tim estaba en el patio.

—¡Bien! —exclamó—. ¿Habéis estado cazando topos?

—¡Sí! —repuso Rory—. Hemos visto un topo y cómo trabaja.

—¡Y lleva abrigo de terciopelo, tío! —exclamó Penny.

—¿Y Sacolín tiene algo bueno que decir de esa criatura indeseable? —exclamó tío Tim riendo—. Esta mañana he ido a buscar al cazador de topos y vendrá pronto con sus trampas.

—¡Olvidamos preguntar a Sacolín lo que habíamos de decirte! —explicó Benjy—, pero, tío, los topos comen gusanos... ¿No es eso una buena cosa para ti?

—No —repuso tío Tim al punto—. Los gusanos de tierra son buenos para nuestros campos.

—¡Oh! —dijo Benjy—. Bien, ¿qué me dices de nuestros escarabajos, larvas y babosas?

—¡Ah, ahora me gustas! —exclamó tío Tim—. Sí... doy gracias a cualquier criatura que me libre de esas plagas. ¡Destruyen muchas buenas cosechas!

—¡Y tío, hacen túneles por debajo de los campos! —intervino Rory—. ¡Seguro que eso ayuda a su drenaje!

—Muy cierto —repuso tío Tim.

—Y yo creo que es muy bueno el que saquen la tierra de debajo al aire —Benjy habló con solemnidad—. Así se ventila convenientemente.

Tío Tim reía a más y mejor.

—¡Estás hecho todo un granjero, Benjy! Vamos adentro. Me has dicho cosas muy sensatas... pero, de todas formas, ¡voy a limpiar mis campos de topos, aunque tenga que hacer venir cada semana un cazador!

¿Pero qué pensáis que dijo Sacolín cuando Benjy se lo contó? Pues dijo: «Ningún cazador es capaz de limpiar un campo de todos los topos, Benjy... ¡ni jamás lo hará!»

—¿Por qué no? —quiso saber Benjy—. ¿Es que no puede?

—¡Él puede atrapar a todos los topos grandes! —explicó Sacolín—. Pero «deja los pequeños en el nido de la madre». ¿Es que acaso un cazador va a quitarse a sí mismo el sustento? No, Benjy, no... siempre quedan algunos para que crezcan y tengan familia... ¡y así vuelven a llamar al cazador!

Y cuando el cazador de topos vino a poner sus trampas, Benjy se consoló pensando en la cantidad de nidos de topos esparcidos por todas partes bajo tierra. Los pequeños pronto crecían, y

una vez más los túneles bajo los campos se llenarían de vida y los cuerpecitos de terciopelo irían de un lado a otro en su interminable búsqueda de gusanos y larvas.

CAPÍTULO XII

UNA MAÑANA EMOCIONANTE

Los niños se habían adaptado tan bien a su vida en la granja que les parecía que transcurrieron siglos desde que abandonaron Londres. Su padre y su madre se hallaban de viaje por América y no cesaban de llegar postales de alegres colores. Al principio les parecieron muy emocionantes y desearon haber ido a América también, pero pronto comenzaron a considerar los acontecimientos de la granja más importantes que la lejana América.

A finales de mayo, los niños tenían las piernas rollizas, las mejillas sonrosadas y habían crecido mucho. Penny crecía tanto que su tía pensó en comprarle ropa nueva.

—Enviaremos a Penny de regreso a Londres, y pediremos a tus amigas que le compren algunos trajes nuevos —dijo tío Tim, mas Penny pegó un respingo.

—¡Yo no quiero volver a Londres! ¡No quiero! No me pondré más que el traje de baño. ¡No quiero vestidos nuevos!

De todas formas algo había que hacer, de manera que Penny y Sheila subieron al carrito tirado por el *pony* para ir a la ciudad más próxima y comprarse ropas y zapatos a su medida.

Los niños con sus calzones cortos y sus jerseys podían pasar, de manera que se quedaron en casa, y en cuanto terminaron sus tareas se miraron mutuamente.

—Voto porque vayamos a ver al viejo Sacolín —dijo Benjy—. ¡Estoy deseando volver a sentir una ardilla en mi hombro! ¡iremos!

—Sí —respondió Rory limpiando un cubo antes de dejarlo en su sitio—. Se lo diremos al tío. Tal vez podamos llevarnos la comida.

Juana, la cocinera, les preparó una comida a base de bocadillos, en pocos minutos, y los niños se marcharon. El día era espléndido y los bosques del Brock seguían cubiertos de campanillas azules, y las madreselvas enviaban su delicioso perfume.

—¡Vainilla! —exclamó Rory.

—¡Coco! —dijo Benjy—. ¡Oh, mira... ahí hay una serpiente! ¡Chisss! Quieto, Rory. ¡Quiero ver si consigo que se me acerque!

Rory permaneció completamente inmóvil mientras Benjy comenzaba su «silbido para serpientes». Era un silbido curioso y al principio la serpiente pareció escuchar, pero luego se desenroscó y tras dirigir una extraña mirada a Benjy con sus ojos tan abiertos, se alejó lentamente.

—¡Nunca serás encantador de serpientes! —exclamó Rory riendo ante el rostro enojado de Benjy.

—Casi se me acerca —dijo Benjy—. Vi que lo estaba pensando. Era una serpiente de hierba como la primera que vimos Penny y yo.

Sacolín no estaba en su cueva y los niños se encaminaron a la casa-árbol que seguía tan extraña y preciosa como siempre. Los niños se asomaron al interior. Sacolín tenía ahora una cama de brezo y algunos cachivaches ordenados en una especie de estante.

—Sentémonos a esperar a Sacolín —dijo Benjy—. Estoy cansado.

De manera que se sentaron apoyándose contra la entrada de la casita verde. El sol brillaba

entre los árboles y grandes manchas de sol se movían en el suelo a medida que el viento sacudía las hojas. Todo era paz y quietud.

De pronto un pato silvestre nadó hasta la orilla y subió a ella con sus fuertes patas.

—¡Qué curioso! —susurró Benjy—. Es un pájaro nadador pero no tiene membranas en las patas.

—¡Chiss! —exclamó Rory—. ¡Viene hacia aquí!

Y así era. Llegaba medio corriendo, medio andando hasta la casa-árbol como si fuera a llamar a Sacolín. De repente se detuvo al ver a los niños, y lanzando un grito, volvió corriendo a la orilla, se zambulló en el agua... ¡y desapareció!

—¡Se ha ido! —exclamó Benjy con asombro—. ¿Dónde está? Debe estar debajo del agua.

Una serie de pequeñas burbujas comenzó a aparecer sobre la superficie del agua y formaron un surco en el río.

—Debe ser el pato silvestre quien deja ese rastro —comentó Benjy—. Oh, mira... se ha detenido... y asoma sólo el pico. ¿Lo ves, Rory?

—Sí —replicó Rory—. Cállate ahora, Benjy. Veamos si llega alguien más. Esto es divertido.

Los niños no se movieron. En algún lugar un cerrojillo cantó su singular canción. Un mirlo, como cualquier compositor, compuso una nueva melodía para él solo. El viento movía los árboles y las manchas de sol danzaban en el suelo.

Rory le dio un codazo a Benjy. Dos ojos brillantes les miraban entre la hierba alta sin parpadear. Los niños permanecieron completamente inmóviles. Los ojos les seguían mirando... y luego un hocico castaño olfateó el aire para percibir el olor de los niños. En cuanto esto ocurrió, los ojos y el hocico desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos y por un momento vieron su cola que no tardó en desaparecer también.

—Otro de los amigos de Sacolín, supongo —susurró Benjy—. Me pregunto quién era. Creo que algún ratón.

—¡Chiss! Mira allí —susurró Rory inclinando ligeramente su cabeza hacia la derecha, y Benjy obedeció. Un pato salvaje con toda la belleza de su nuevo plumaje de verano acababa de salir del agua y se estaba aseando bajo el sol que al caer sobre sus brillantes plumas hacía que sus colores semejasen los del arco iris. El pato oyó a los niños y miró hacia ellos pensando que el ruido lo había hecho Sacolín. Luego se acomodó en la orilla, al sol, y metiendo la cabeza bajo el ala, se puso a dormir.

Un gran pez saltó en el agua tras una mosca. Los niños pegaron un respingo.

—Mira qué moscas más extrañas, Benjy —susurró Rory—. Tienen tres colas como cerdas tiesas en la parte de atrás. ¿Qué son?

—Moscas de mayo —musitó Benjy orgulloso de sus conocimientos—. A los peces les encantan. Deben ser las primeras. Mira... ahí salta otro pez para cazarlas. ¿Ves cómo las moscas se elevan juntas en el aire cuando el pez salta y luego descienden todas a la vez? Parece como si bailasen, ¿verdad?

Un petirrojo fue a posarse junto a los niños mirándoles con la cabeza ladeada. Tenía unos ojos valientes y se fue aproximando a saltitos sobre sus patas delgadas. Luego abrió el pico, esponjó su garganta, y se puso a cantar una canción tan rica y melodiosa que los dos niños quedaron

encantados. Una hoja muerta fue a caer sobre el pajarito, que tras hacer una especie de reverencia y saludo, extendió sus alas para volar hasta una rama cercana desde donde vigilar.

—Oye, Rory, ¿no sería maravilloso vivir en una casa que crece como la de Sacolín, y conocer todas estas criaturas? —dijo Benjy con envidia—. ¿Qué veremos ahora?

¡Pues vieron un gazapo! Había desobedecido órdenes y salido a la luz del día en vez de aguardar al oscurecer. Tal vez quisiera hablar con su amigo Sacolín... de todas formas allí estaba, a los pies de los niños mirándoles con ojos sorprendidos.

—¡«Oh»! —exclamó Benjy—. ¡Eres como un conejito de juguete que tenemos en casa! ¡Ven aquí... ven aquí!

Pero ante la sorpresa del niño el conejo desapareció con la misma rapidez con que hiciera acto de presencia... vieron un instante su rabito corto... y luego ya no estaba.

Un cisne avanzaba majestuoso por el arroyo con sus blancas alas curvadas hacia atrás y la cabeza erguida para mirar a un lado y a otro con orgullo.

—Me recuerda uno de esos barcos veleros —observó Benjy—. ¿No es maravilloso? Mira sus grandes patas moviéndose a su espalda, Rory, actúan como remos.

El cisne al oír la voz de Benjy volvió la cabeza hacia la orilla con aire interrogador, y pensando que Sacolín estaba allí con alguna golosina para él, dirigióse majestuosamente hacia la verde orilla. Tras sacudir sus alas y ascender con torpeza el ligero desnivel, se fue acercando a los niños.

A decir verdad, Rory estaba bastante asustado. El cisne era muy grande, y no le agradaba mucho tenerle tan cerca. Pero Benjy, como de costumbre, sentíase feliz al tener algo vivo junto a él. No hizo movimiento alguno, excepto para sacar un bocadillo de su paquete. Se lo ofreció al cisne con gesto reposado.

El cisne lo cogió rápidamente con su pico; lo dejó en el suelo, lo estuvo picoteando, y al fin lo engulló entero. Alzó la cabeza en busca de más.

—Dale uno de los tuyos, Rory —le dijo Benjy. ¡Mas Rory tenía verdadero miedo al pico del cisne! De manera que Benjy tuvo que darle otro de sus bocadillos.

Al cisne le gustaron, y quería más.

—Oh, no, mi querido glotón y hermoso cisne —le decía Benjy alargando su mano para pasarla suavemente por el gracioso cuello del cisne—. Yo quiero mi comida, ¿sabes?... ¡y ya te has comido buena parte de ella!

El cisne picoteó el paquete de bocadillos de Benjy y lo abrió todo. Benjy trató de salvarlos, pero fue inútil.

—¡Oh, Benjy! ¡Haz que se marche! —exclamó Rory temeroso de que también diera cuenta de su comida—. Es demasiado glotón. Hazle marchar.

—Bueno, ¿y cómo se echa a un cisne sin enfurecerle o asustarle? —preguntó el pobre Benjy mirando con desmayo su comida estropeada—. ¡Cielos! Ahora se ha apoderado de mi chocolate. Cisne, vete. Vete a nadar al río. ¡Estás tan hermoso allí!

El cisne se acercó todavía más, y Benjy se preguntaba si se vería con valor para empujarle. Lo intentó... pero el cisne tenía más fuerza que él y le tiró al suelo.

Entonces Rory tuvo una buena idea, y cogiendo uno de los bocadillos de Benjy lo arrojó a

cierta distancia. El cisne fue tras él. Luego Rory le lanzó otro bocado algo más lejos, y el cisne corrió a cogerlo. Ya no quedaban más bocadillos de Benjy, de modo que Rory tuvo que comenzar con los suyos. Le arrojó uno al agua.

El cisne lo miró y luego se volvió para sisear a Rory, como si le dijera: «¡Mal tiro! ¡Ahora tendré que ir a buscarlo!».

Se deslizó sobre la hierba de la orilla y se metió en el agua chapoteando. En el acto convirtióse de un patoso caminante en un gracioso nadador que los niños contemplaron con admiración. Rory tuvo que arrojarle la mitad de su comida antes de que el hermoso pájaro blanco quedara satisfecho y se alejara por el río definitivamente.

—¡Vaya! —exclamó Rory—. Convengo en que es divertido conocer a todos los amigos de Sacolín... pero yo creo, Benjy, ¡qué prefiero los tímidos!

—¡Tirri-li! —cantó el petirrojo desde su rama, y voló casi hasta los pies de Rory para picotear una migaja.

Los niños le observaban cuando oyeron reír a alguien. ¡Las risas continuaron... y luego Benjy vio a Sacolín tumbado sobre una rama de un árbol cercano!

—¡Sacolín! —exclamó—. ¿Ha estado ahí todo el tiempo?

—Sí —replicó Sacolín—. He querido ver si mis amigos simpatizaban con vosotros... pero no he podido por menos de reírme con el cisne. Le habéis gustado demasiado, ¿no?

—Nuestra «comida» es lo que le ha gustado demasiado —repuso Benjy con mala cara—. Pensábamos haber traído suficiente para usted también, Sacolín... pero ahora apenas si queda para uno de nosotros.

—Hoy comeréis conmigo —replicó Sacolín bajando ágilmente del árbol—. ¡Esta mañana he salido de caza y he encontrado toda clase de extrañas y deliciosas raíces, hojas y brotes! ¡Aguardad a que os las prepare!

Los niños observaron cómo Sacolín mondaba raíces de todos los colores y formas. Luego echó las hojas en su puchero. Los niños apenas conocían algunas.

—¿Vamos a comer ortigas? —le preguntó Benjy desolado—. ¿No nos picará la lengua?

—¡Espera y verás! —dijo Sacolín riendo—. ¡Mirad... chupad esto mientras tanto!

Y entregó a los niños lo que parecían brotes tiernos de zarza rosa. Los había pelado y quitado las espinas. Los niños se los llevaron a la boca sin que les agradase la idea de masticarlos... pero ante su sorpresa tenían un sabor delicioso.

—Yo nunca me atrevería a masticar tallos, hojas y raíces por miedo a envenenarme —observó Benjy.

—Muy cierto —repuso Sacolín poniendo el puchero encima del fuego que había encendido fuera de su casa verde—. Muchas cosas son venenosas... y muy pocas son buenas para comer... a menos que las conozcáis como yo, jamás debéis hacer experimentos tontos.

Hicieron una comida extraña, pero deliciosa. Quedaba chocolate suficiente para todos, y al parecer a Sacolín le gustaba tanto como a los niños.

—Las niñas han ido a comprarse vestidos nuevos —comentó Benjy—. ¡Son como los animales y pájaros... necesitan ropa nueva en la primavera!

—Y muy bonita además —repuso Sacolín—. Me encanta ver a los pájaros con sus brillantes

abrigos de primavera y ver cómo los animales se reaniman y cobran vivacidad.

Un ligero ruido hizo que los niños alzaran la cabeza viendo a una ardilla roja que estaba en una rama sobre sus cabezas. Sacolín sonrió.

—Está enfadada conmigo porque he cogido algunos brotes jugosos que tanto le gustan —dijo «el salvaje».

La ardilla lanzó un ligero gritito y golpeó la rama con su pata. Luego se alejó.

—Está construyendo un nido para su esposa —explicó Sacolín—. ¿Os gustaría verlo?

—¡Oh, «sí»! —exclamaron los niños sabiendo que eso significaba trepar a un árbol—. ¡Vamos, Sacolín...! ¿Dónde está?

CAPÍTULO XIII

LAS ARDILLAS DE SACOLÍN

Sacolín les mostró el camino a través del bosque. Los castaños y robles dieron paso a los pinos que proporcionaban más sombra bajo el sol del verano. Los niños vieron a tres o cuatro ardillas correteando de un lado a otro, algunas por el suelo y otras en los árboles.

—¡Fijaos cómo saltan de rama en rama! —dijo Sacolín—. Mirad lo listas y ligeras que son... ¡parecen volar sin alas!

Rory y Benjy se detuvieron para observarlas. Las ardillas rojas les chillaron. Luego, dos comenzaron a perseguirse entre los árboles, saltando del extremo de una rama al comienzo de otra sin interrupción.

—¿No se caen nunca? —preguntó Benjy maravillado—. ¿Qué ocurre cuando pierden pie... o se rompe una rama?

—Aguardad y veréis —repuso Sacolín—. Mirad... ¿veis esa ardilla? ¡Quería saltar de un árbol a otro pero la rama se ha roto bajo sus patas! ¿Pero se ha caído?

—¡No! —repuso Benjy—. Simplemente ha saltado a otra rama inferior... pero también se ha roto... y ha saltado a otra... y ésta la ha sostenido... de manera que ha subido de nuevo al árbol con la rapidez del rayo.

—Utilizan su cola para mantener el equilibrio, ¿verdad? —preguntó Rory—. ¡Qué rápidas y ligeras son! ¡Oh, cómo me gustaría jugar en los árboles como ellas!

—Mire, Sacolín... ¿qué está haciendo esa ardilla? —preguntó Benjy dando un codazo «al salvaje»—. ¿Comiendo hierba?

Los tres miraron a una zona cubierta de hierba verde y alta. La ardilla roja a la que se refería Benjy estaba ocupada arrancando hierba con sus patas delanteras. Luego la hacía una bola y la introducía en la boca.

—¡Se «la come»! —exclamó Benjy—. ¡Cielos, arranca más y se la mete en la boca!

—No se la come, Benjy. Es el medio que utiliza para transportarla —explicó Sacolín—. Va a llevarla a su nido para hacer con ella un cómodo lecho. Está contenta por haber encontrado una hierba tan larga... será un buen cojín. Y mirad... ahí viene otra ardilla con la boca llena... ¿qué es lo que asoma por ella?

—¡Lleva heno en «la boca»! —observó Rory—. ¿Ha estado cogiendo heno para su nido?

—Sí —repuso Sacolín—. Es evidente que ha encontrado algún pajar cercano y lo ha robado porque sabe que es muy mullido. Y ahora... ¿qué os parece si vamos a echar un vistazo al nido, niños?

—¡Oh, sí! —exclamó Benjy—. ¿Dónde está?

Sacolín les condujo a un abeto, y los niños miraron hacia arriba. A media altura había una gran confluencia de ramas.

—¿Podréis trepar a este árbol? —les preguntó Sacolín—. La primera parte es bastante lisa, pero podéis utilizar estos fragmentos de ramas rotas para apoyar los pies si los tanteáis cuidadosamente antes de apoyar todo el peso en ellos.

—¡Claro que podemos trepar a este árbol! —exclamó Rory—. ¡Somos londinenses, pero sabemos trepar muy bien!

De todas formas Sacolín tuvo que vigilarles al principio y prestarles algo de ayuda. Pero una vez comenzada la ascensión se fue haciendo más sencilla. Llegaron hasta el gran nido... ¡y una ardilla roja apareció en la entrada lanzando pequeños ladridos para que se marchasen!

—¡Vamos, vamos, *Pelusito*! —exclamó Sacolín con su voz grave, y la ardilla se apaciguó y saltó sobre su hombro. Cerca estaba otra ardilla... la esposa de *Pelusito*, que tras lanzar sus grititos se volvió a su nido.

—Mirad qué bien hecho está —observó Sacolín—. Algunas veces las ardillas utilizan nidos viejos hechos por los pájaros... por las urracas tal vez... pero éste lo ha hecho enteramente *Pelusito*. ¡Ha trabajado de firme!

Benjy lo observó de cerca.

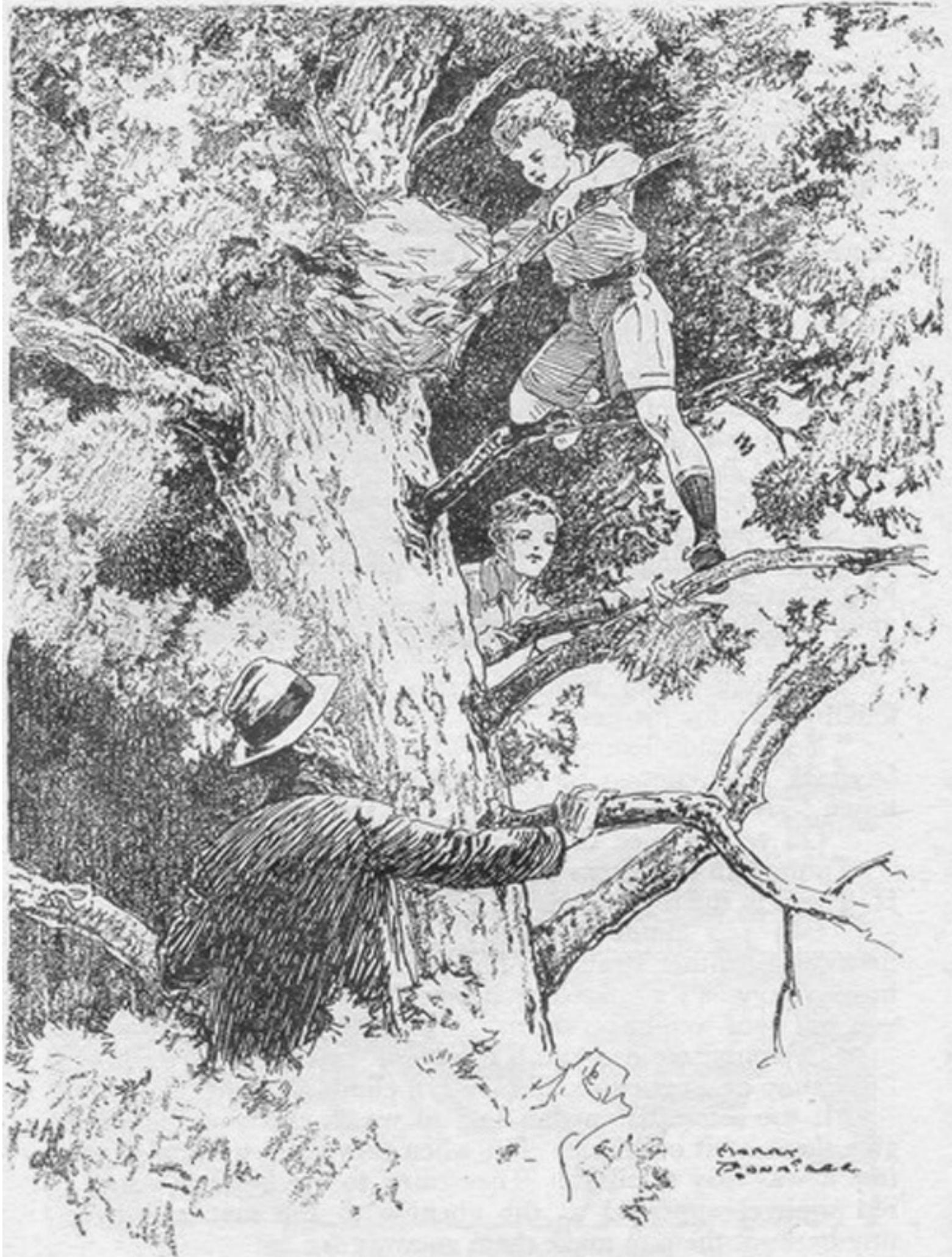
—¿Esto son pedazos de corteza? —preguntó estirando una tira delgada.

—Sí... la ardilla arranca tiras de corteza de los árboles con sus agudos dientes y las teje en su nido —explicó Sacolín—. Y mirad, aquí hay musgo... y hojas. Es un hermoso nido.

—¿Cómo es por dentro, Sacolín?

—Palpa y verás —repuso «el salvaje», de manera que Benjy y Rory introdujeron sus manos en el interior para advertir su suavidad. Estaba lleno de hierba... la hierba que estaba cogiendo la ardilla cuando la vieron los niños.

—Este nido tiene forma y tejado de cúpula —explicó Sacolín—. Algunas veces tienen forma de taza y entonces son sólo lugares de descanso. ¡Éste será una buena *nursery* para las ardillas pequeñas! ¡Es tan bonito ver tres o cuatro ardillitas con sus ojos brillantes asomados en la entrada del nido!



—Voy a bajar —anunció Benjy—. ¡*Pelusito*, ya puedes entrar en tu nido! ¡Hemos terminado la visita!

Pelusito estaba satisfecho y tras aguardar a que los tres estuvieran de nuevo en el suelo, penetró en el nido con su esposa, para asegurarse de que no le habían ocasionado daño alguno.

—El año pasado *Pelusito* hizo su nido en un gran agujero del tronco de un árbol viejo —explicó Sacolín—. Pero este año lo cortaron, así que este año ha tenido que buscar otro árbol. Durante todo el invierno ha descansado en un nido viejo en ese árbol que veis ahí... pero no era un lugar apropiado para él y su esposa. ¡Por eso ha estado tan atareado esta primavera!

—¿Es que las ardillas duermen durante todo el invierno como las serpientes? —preguntó Rory.

—¡Oh, no! —exclamó Sacolín sentándose en el suelo para observar a las ardillas que jugaban en el bosque—. Sólo duermen cuando el tiempo es muy crudo. ¡Les encanta salir cuando hace sol, incluso cuando el suelo está cubierto de nieve! En realidad el invierno pasado jugaron en la nieve lo mismo que hacéis vosotros... ¡casi esperaba que me arrojasen bolas de nieve!

Los niños rieron.

—¿Y qué comen si se despiertan durante el invierno? —quiso saber Rory—. Esconden nueces, ¿verdad?

—Sí... nueces, bellotas, bayas —dijo Sacolín—. Pero olvidan con frecuencia dónde las han escondido, y algunas veces las encuentran los ratones y se apoderan de ellas. Es curioso ver a una ardilla nerviosa escarbando por los rincones y debajo de las hojas para hallar su tesoro escondido... ¡con el convencimiento de que lo puso allí! Y tal vez un ratón de ojos vivaces la observa desde algún hueco de un árbol sabiendo perfectamente que las nueces no serían nunca encontradas, ¡porque se las había comido él!

—¿Las ardillas se comen los huevos de los pájaros? —quiso saber Benjy.

—Algunas veces —fue la respuesta de Sacolín—. Y también son lo bastante osadas como para llevarse a los pajarillos para comérselos. La madre pájaro prudente, nunca permanece demasiado tiempo alejada de su nido en un bosque donde viven ardillas... sabe que sus pequeñuelos estarían en peligro si lo hiciera.

—También les gustan los hongos, ¿verdad? —dijo Rory.

—Algunas clases —replicó Sacolín—. Sabéis, a mí me encantan los hongos... y...

—¡Sacolín! ¡Pero si los hongos son venenosos! —exclamó Benjy horrorizado.

—Algunos son venenosos, y otros muy buenos para comer —repuso Sacolín sonriendo—. Aunque vosotros no vayáis a probar ninguno... ¡seguro que escogeríais los venenosos! Pero yo sé cuáles son buenos y con ellos me hago una comida deliciosa. Más adelante ya los comeréis conmigo. Pero lo que estaba diciendo es que algunas veces, cuando voy buscando esos hongos que me encantan, las ardillas al ver que los cojo vienen a regañarme... porque, claro, ¡ellas los quieren también!

—¡Me gustaría ver cómo le regañan! —exclamó Benjy.

—¡No sólo me gritan y golpean las ramas de los árboles con sus patas, sino que incluso bajan corriendo y me los quitan de la cesta! —dijo Sacolín.

—¿Nos avisará cuando haya ardillas pequeñas para verlas? —le pidió Rory—. Y a propósito,

Sacolín... ¿en este bosque no hay ardillas «grises»? Sólo he visto rojas. En Londres hay muchas grises y también muy dóciles, aunque no son tan bonitas como estas rojas.

—Ésas son descendientes de las ardillas de América que soltaron en Londres hace años —explicó «el salvaje»—. Se extendieron hacia arriba, y ahora en muchos lugares han echado a la pequeña ardilla roja. Pero aquí todavía no tenemos ninguna gris... y espero que no las tengamos nunca, porque me gustan mis amiguitas rojas y no me agradaría que las echaran unas extranjeras de color gris.

Era agradable estar sentados en el bosque, escuchando el canto de los pájaros y contemplar los juegos de las ardillas. *Pelusito* no cesaba de subir y bajar del hombro de Sacolín, y su esposa también visitó a Benjy. Rory no fue tan afortunado. Olvidaba moverse con lentitud; por eso le evitaban. Al fin, viendo la desilusión reflejada en su rostro, Sacolín puso a *Pelusito* sobre el hombro de Rory.

Pelusito estuvo allí por espacio de dos segundos, y Rory encantado... pero luego se subió a un árbol en un abrir y cerrar de ojos.

—Sacolín, la semana que viene cumpliré once años —le dijo Benjy—. ¿Verdad que me voy haciendo mayor?

—Lo eres bastante —repuso Sacolín contemplándole sonriente—. ¿De manera que es tu cumpleaños? Bueno, me gustaría saber qué regalo quieres que te haga...

—¡Oh! ¡Yo no quiero ningún regalo! —exclamó Benjy al punto.

—Bueno, me gustaría obsequiarte de alguna manera —continuó Sacolín—. Piénsalo ahora... puedes escoger.

Benjy se puso a pensar, y al fin su rostro enrojeció y miró al «salvaje» con timidez.

—Pues —dijo y se detuvo—. Pues, Sacolín...

—Continúa. ¿Es algo tan difícil?

—¡Oh, no! —exclamó Benjy—. Verá...

—¡Yo sé le que quieres decir! —exclamó Rory compadecido de su hermano—. Nos lo ha dicho muy a menudo. Nada le gustaría más que pasar una noche con usted en su casa-árbol, Sacolín... y oír el ulular de las lechuzas, el rumor del río al pasar, y ver a las estrellas a través de la entrada de su casa.

—¿Es eso cierto, Benjy? —preguntó Sacolín complacido, y Benjy asintió.

—Espero que no lo considere demasiada fresca por mi parte —le dijo.

—¿Por qué? —preguntó Sacolín—. Muy bien... ése será mi obsequio de cumpleaños. Ven cualquier noche de la semana próxima, la más cálida. ¡Habrà luna y espero que tendremos varias visitas!

Benjy estaba emocionado. No podía haber deseado nada mejor, y Rory le contemplaba con envidia.

—¡Qué suerte tienes! —le dijo.

—¡Y que «lo digas»! —exclamó Benjy frotándose las manos de alegría. ¡Con qué ansiedad esperarà aquel obsequio!

CAPÍTULO XIV

EL CUMPLEAÑOS DE BENJY

Cuando los otros se enteraron de cuál iba a ser el regalo de Sacolín desearon que su cumpleaños se acercase también. Sheila y Penny regresaron entusiasmadas con sus vestidos nuevos... pero lo olvidaron al oír la historia de las ardillas y su nido. Penny quiso ir inmediatamente al bosque y trepar a un árbol.

—¡Qué! ¡Con tu vestido nuevo! —exclamó tía Bess—. Desde luego que no, Penny. Nada de trepar a los árboles, por favor. Y tú, Sheila, tampoco. ¿Qué es eso de que vas a pasar la noche con Sacolín, Benjy? Tendrás que pedirselo a tu tío.

Pero no hubo necesidad, porque Sacolín habló con tío Tim una mañana que pasó cerca de sus campos. Tío Tim le escuchó gustoso y se avino a que el niño pasara la noche con él.

—Pero tendrá que llevarse un saco de dormir para ponerlo sobre el suelo —dijo tío Tim—. Puede que a usted le vaya muy bien el vivir así... pero el niño podría pillar un resfriado. No está acostumbrado.

Benjy se puso loco de contento cuando tío Tim le dijo que había visto a Sacolín y daba su permiso. Bailaba por el patio de la granja como un loco y las gallinas corrían cacareando a esconderse.

—¡Ten compasión de mis gallinas, por amor de Dios! —gritaba tía Bess—. ¡Del susto las vas a dejar sin plumas!

El cumpleaños de Benjy amaneció despejado y cálido. El sol calentaba de firme y ni el más ligero vellón de nube empañaba el cielo. Era un tiempo perfecto para un cumpleaños. Benjy sentíase muy feliz.

Tuvo regalos preciosos. Tío Tim y tía Bess le regalaron botas y polainas como la que llevaba tío Tim. ¡Qué importante se sentía cuando se las puso!

El regalo de Sheila fue un libro nuevo sobre animales. Rory le había comprado seis tomateras en el mercado. A Benjy le encantaban los tomates... ¡y ahora podría cultivarlos y cogerlos de la planta!

—Gracias, Rory —le dijo Benjy—. Las sacaré de las macetas y las plantaré en aquel sitio tan soleado, junto a la pared, donde tía Bess dijo que podríamos tener un jardín. ¡Y tú, Sheila y Penny comeréis los tres primeros tomates! ¡Cielos, lo que me gustará recolectar mis propios tomates!

Penny le regaló una lata grande de caramelos que había comprado con su dinero. Melcocha le dio un bastón que había cortado del seto y para Benjy fue una gran sorpresa y se sentía muy orgulloso de su fino bastón de castaño.

Sus padres le enviaron dinero que guardó en su portamonedas. Por el momento nada necesitaba, mas le iba a ser muy útil cuando llegara la ocasión.

Aquello mañana tío Tim llevó a todos los niños al mercado en el carrito tirado por el *pony*. A ellos les encantaba... era tan agradable ver las vacas gordas y oler el rico aroma del mercado... Y les divertían los gansos graznadores y los cerdos gruñendo en sus pocilgas. Las mujeres llevaban manteca dorada y huevos frescos de color moreno para vender, grosellas de color brillante, botes

de compota casera, verduras, y muchas otras cosas.

—En el campo las cosas parecen «de verdad» —comentó Rory mirándolo todo hasta las distantes colinas azules—. En primer lugar hay sitio para todo y la mirada puede abarcar kilómetros. Y el olor sano de la tierra y los animales... y todo el mundo hace algo importante... ya sabéis... ordeñar vacas, vender huevos, o conducir gansos. ¡No me gustará regresar a la ciudad!

—¡No pensemos en eso! —intervino Benjy—. Vamos... ¡Gastaremos parte del dinero de mi cumpleaños en helados!

A la hora de la merienda hubo un enorme pastel cubierto de azúcar blanco y rosa, y encima tía Bess había escrito: «Muchas felicidades a Benjy». Once velitas de colores se erguían orgullosos sobre rosas de azúcar.

—¡Es el pastel más bonito que he visto en mi vida! —exclamó Benjy con un suspiro de felicidad—. Gracias, tía Bess por haberme hecho un pastel de cumpleaños tan precioso. Por lo general siempre me los han comprado en las confiterías y no son ni la mitad de bonitos que éste.

El pastel era delicioso y cada uno de los niños se comió dos pedazos.

—No sé lo que diría vuestra madre si os viese comer ahora —observó tía Bess contemplando los rostros sonrosados que rodeaban la mesa—. Me decía que os gustaban muy pocas cosas, que jamás repetías y que refunfuñabais por todo..., ¡por eso pensé que iba a tener unos niños muy difíciles!

Los niños recordaron los días de Londres.

—Bueno, nunca tenía hambre —dijo Penny haciendo memoria.

—Y a mí nada me sabía bien —intervino Benjy—. Oye, tía Bess, ¿puedo llevarle un pedazo de pastel de mi cumpleaños a Sacolín? Se pondrá muy contento.

—Claro —repuso tía Bess—. Llévale un buen pedazo. Le gustará..., ¡siempre comiendo raíces, setas y frutas silvestres! ¡Me maravilla que se conserve tan bien!

—Es muy fuerte —explicó Benjy mordiendo su pastel—. Puede subir a un árbol en un abrir y cerrar de ojos, saltar los arroyos más anchos y llevar un tronco caído sobre su hombro.

—¡Es un hombre maravilloso! —exclamó tío Tim—. Bueno, supongo que te irás pronto a pasar la noche con él. ¿Llevarás el saco de dormir?

—Sí —repuso Benjy—. Ojalá no tuviera que llevarlo. ¡Quisiera sentir cómo el brezo me hacía cosquillas durante toda la noche!

—Supongo que mañana te veremos a una hora u otra —dijo tía Bess—. Vaya, eres un chico con suerte... has tenido un cumpleaños maravilloso, y aunque los cumpleaños de la mayoría de los niños terminan cuando van a acostarse, el tuyo va a durar toda la noche.

Benjy se sentía feliz al pensar que iba a pasar la noche con Sacolín. Se abrazaba a sí mismo en forma muy graciosa y los otros se reían.

—Acuérdate de contárnoslo «todo» cuando vuelvas —le dijo Sheila—. ¡Hasta el menor detalle!

—Pues claro —replicó Benjy yendo a buscar su saco de dormir. Estaba bien enrollado y se lo echó al hombro colgado de una cuerda. Cogió un puñado de los caramelos que le regalara Penny, y un buen pedazo de pastel envuelto en papel. Llevaba sus botas nuevas y polainas y en la mano el bastón de castaño que Melcocha le había regalado.

Se sentía importante y mayor. Las polainas le daban aspecto de hombre. No era muy alto para su edad, pero ahora se sentía mucho mayor al despedirse de los otros y alejarse por el camino balanceando el bastón en la mano.

Benjy iba silbando con la esperanza de encontrarse con los granjeros. Se puso el bastón bajo el brazo como viera hacer a su tío. Luego sacó un caramelo de su bolsillo, y a partir de entonces ya no pudo silbar porque el caramelo le daba bastante trabajo.

El sol enviaba sus últimos rayos oblicuos entre los árboles cuando se aproximaba a la pequeña cosa de Sacolín. El río parecía de oro al reflejar el sol poniente. Los mirlos cantaban, y un pájaro carpintero repetía su monótona canción.

Sacolín le aguardaba sentado ante la entrada de su casita viviente.

—¡Muchas felicidades! —le dijo a Benjy.

—Gracias —repuso el niño—. He pasado un día muy feliz. ¿Ha visto mis botas nuevas?

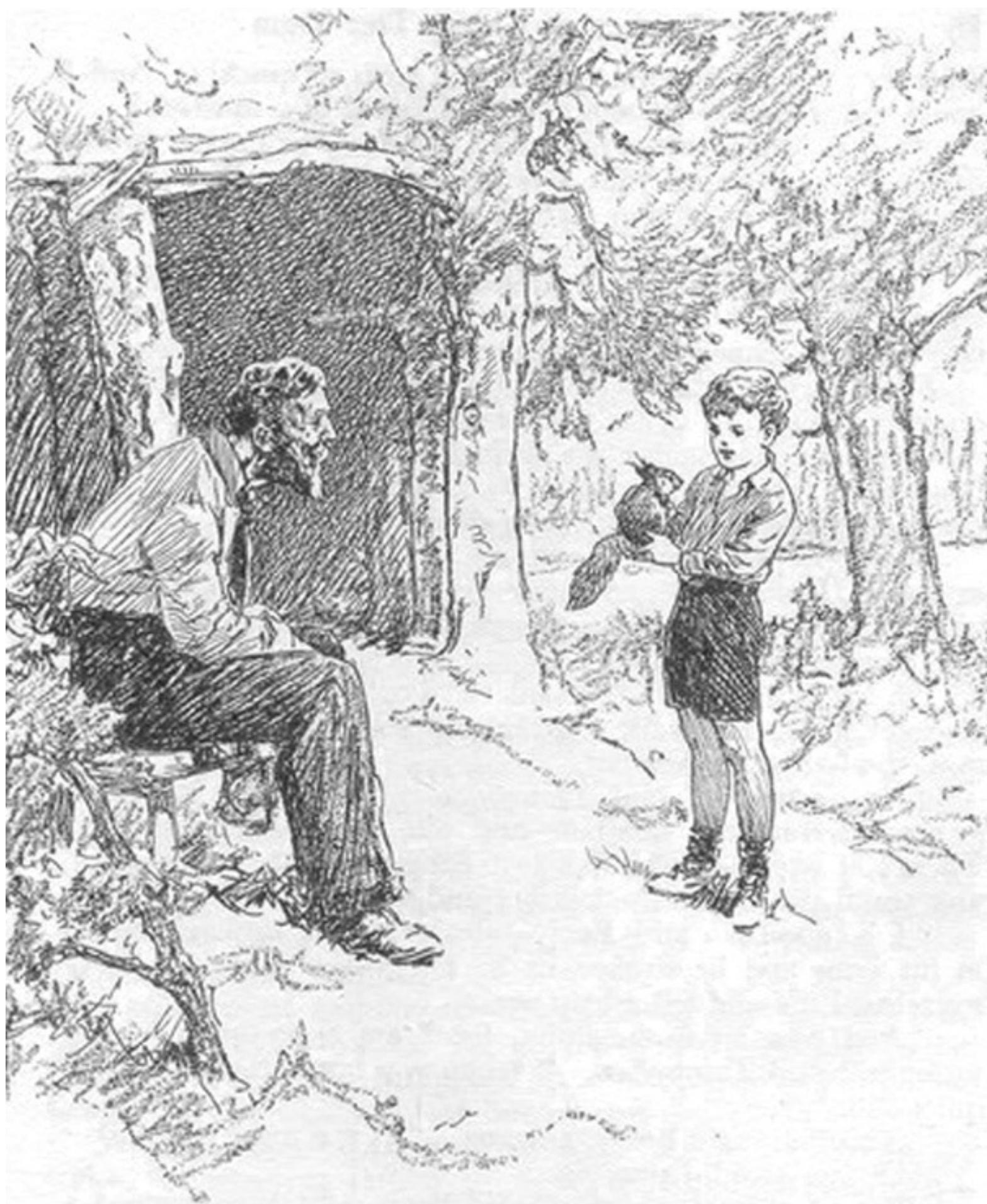
—¡Magníficas! —exclamó Sacolín—. Y ese bastón es nuevo. ¡Bien..., aquí tienes mi regalo!

Y puso un paquete de piel cálida en las manos de Benjy. El niño exhaló un grito apagado y miró hacia abajo.

—¡Una ardillita! —exclamó—. ¡Oh, qué preciosa! ¿De dónde la ha sacado?

—La he estado guardando para ti —le explicó Sacolín—. La madre murió accidentalmente... cogida en una trampa la pobrecilla, y de sus tres crías, dos murieron. Pero ésta estaba todavía viva en el nido cuando la encontré. De manera que me la traje aquí y le di de comer... y la guardé para tu cumpleaños. Será como un perro, siempre estará contigo y acudirá a tu llamada.

—¡Oh, Sacolín, no podía desear un regalo mejor! —exclamó Benjy realmente satisfecho. En su vida había sido propietario de ningún animalito... y ahora allí estaba aquella suave bola de piel dispuesta a convertirse en su fiel amigo. ¡Viviría sobre su hombro! ¡Acudiría a su llamada! ¿Cómo iba a llamarla?



Alphonse
Lautrec .

—¿Y si la llamase *Pillina*? —le preguntó a Sacolín—. Las ardillas van con tanta rapidez del suelo a los árboles. Y además ésta es una ardilla muy picara.

—Buena idea —fue la respuesta de Sacolín—. Ahora, *Pillina*, acurrúcate en los brazos de tu nuevo amo. Queremos ver la puesta de sol. Esta tarde va a ser maravillosa.

Pillina ya se había acurrucado al abrigo del brazo derecho de Benjy y sus ojos brillantes se cerraron. Su cola peluda tapaba su hocico. Estaba dormida.

Benjy se sentó con su nuevo amigo, sintiendo latir su pequeño corazoncito en su brazo. Se apoyó contra el lado de la puerta de la casa y Sacolín hizo lo propio al otro. El árbol-casa había echado tantas hojas nuevas que formaron un nuevo tejado completamente verde y colgaban por los lados.

Benjy se asomó al interior, y con satisfacción vio que Sacolín había preparado otra cama frente a la suya, con musgo seco y brezo, y una manta vieja estaba echada a los pies.

—¡Ya veo mi cama! —exclamó el niño—. No, es una lástima..., he tenido que traer mi saco dé dormir. No podré sentir el contacto del brezo.

—No —repuso Sacolín—. Lo pondremos en el suelo, «debajo» del brezo... y haremos la cama encima. Así no advertirás la humedad que sube del suelo..., ¡y podrás tumbarte encima del brezo y el musgo!

—¡Oh, qué bien! —dijo Benjy contento. La ardilla se removi6 en sus brazos y 6l le acarici6 el lomo suavemente. El animalito se acomod6 de nuevo y volvi6 a dormirse.

—Y ahora permanezcamos quietos porque esta noche espero una visita —dijo Sacolín—. Cuando oigas su silbido, no te muevas.

—¡«Silbido»! —exclam6 Benjy sorprendido—. ¿Entonces es un hombre?

—¡Oh, no! —repuso Sacolín.

—Pero los animales no silban —dijo Benjy—. Oh, ¿se refiere a un p6jaro?

—¡Tampoco es un p6jaro! —replic6 «el salvaje»—. Ahora, no te muevas y aguarda.

CAPÍTULO XV

UNA NOCHE EN EL ÁRBOL-CASA

Benjy se estuvo muy quieto con la ardillita dormida en sus rodillas. El sol se iba poniendo y el cielo se cubrió de rosa y oro. El tranquilo remanso del río reflejaba el cielo, y Benjy quedó casi deslumbrado al mirarlo. Los últimos rayos del sol iluminaron un campo de margaritas al otro lado del agua... y el enorme disco solar se fue hundiendo en la línea del horizonte.

La luz desapareció de las margaritas, y las nubes cambiaron del rosa al gris. Los rayos dorados permanecieron en el cielo... y en cuanto Benjy vio cómo se tornaban azul pálido, oyó el silbido.

Claro como una flauta, resonaba sobre el agua. Parecía el de un pájaro, y no obstante Benjy estaba seguro de que no era así. Volvió a dejarse oír, flotando sobre el agua, claro y hermoso.

Sacolín contestó al silbido enviando otro tan igual que Benjy tuvo que mirarle para convencerse de que había sido él.

—Ahí viene —le dijo Sacolín señalándole el agua con un movimiento de cabeza.

Benjy miró con ansiedad el agua negra y vio una cabeza oscura y puntiaguda o ras de la superficie, que poco a poco se iba aproximando a ellos. El cuerpo, al que correspondía la cabeza, nadaba debajo. Benjy no supo de qué animal se trataba.

Sin el menor chapoteo que mostrara que alguien nadaba allí, iba avanzando hacia la orilla. Subió o ella... y Benjy vio a un animal castaño oscuro con una cola larga y fuertes patas palmeadas.

—¡Un castor! —exclamó—. ¡Oh, Sacolín!

Sacolín volvió a silbar al castor, que tras sacudirse fue hacia él moviéndose fácilmente por el suelo. Sus pequeños ojos brillantes le miraron primero a él y luego a Benjy.

—Bueno, amigo, estás a salvo con Benjy —dijo Sacolín con su voz especial... la que siempre utilizaba para dirigirse a los animales y pájaros. El castor se acercó más a él y se tumbó apoyando su cabeza sobre la pierna de Sacolín que pasó sus dedos por las redondas orejas del castor.

—¿Has tenido buena caza, amigo? —le dijo—. ¿Has comido pescado hoy? ¿Los cazaste nadando bajo ellos y lanzándote hacia arriba mucho más de prisa de lo que los peces pueden nadar? ¿Volviste las piedras del río para buscar cangrejos que te encantan? ¿Encontraste ranas y las comiste después de quitarles la piel?

El castor hizo un ruidito semejante a una risita y puso su cabeza un poco más arriba en la pierna del «salvaje». Benjy le observaba con envidia, deseando que el castor se acercase también a él.

—Tócale, Benjy —dijo Sacolín—. Fíjate qué pelo más espeso. Tiene dos capas de pelos... una espesa y corta que protege su cuerpo del agua, y la otra una capa de cabellos mucho más largos. Puedes notar cómo sobresalen de la capa de pelos cortos.

Benjy obedeció.

—¿Ni siquiera se moja nadando de ese modo? —preguntó.

—No —respondió Sacolín—. Su cuerpo no se moja jamás. Es un nadador maravilloso, Benjy, y tan gracioso como cualquier pez.

—¿Y qué hace cuando nada debajo del agua? —quiso saber Benjy—. ¿No le entra agua en los oídos?

—No. Entonces los cierra —contestó «el salvaje»—. Mira qué cola más fuerte tiene, Benjy. La utiliza como timón en el agua. Es una hermosa bestia del río, y cuando salta en él por divertirse, es todo un espectáculo.

—Veo que tiene membranas entre los dedos —observó Benjy—. Claro, para ayudarle a nadar con rapidez. ¡Qué hermoso silbido tiene!

—Sí —repuso Sacolín—. Ahora le oigo a menudo por las noches cuando me acerco al río. Los ruidos de la noche son muy agradables... el aullido de una zorra distante... el silbido del castor... el ulular de la lechuza. Este amigo me visita a menudo por las noches, y algunas veces, si está cerca, acude atendiendo a mi silbido.

—¿Cuándo le conoció? —quiso saber Benjy—. ¡Es tan manso!

—Hace tres años su padre y su madre hicieron su nido en un agujero entre las raíces del aliso, un poco más abajo de este remanso —explicó Sacolín—. Era un buen agujero con una entrada bajo el agua y otra en la orilla por la parte de atrás. En este agujero los castores criaron tres cachorros... cubiertos de piel y deseosos de aprender a andar y a pescar.

—¿Deseosos «de aprender»? —preguntó Benjy—. ¿Entonces hay que enseñarles? ¿Es que no saben, si no se les enseña, lo mismo que los pájaros construyen nidos, y los patos nadan?

—No... a los castores jovencitos hay que enseñarles, Benjy —replicó Sacolín—. Yo me escondía entre los arbustos para ver a los padres que llevaban a los tres cachorros al agua para enseñarles a cazar. Al principio no pueden permanecer mucho tiempo bajo el agua sin respirar... pero pronto aprenden ese truco. Luego aprenden a perseguir a los peces y a nadar debajo de ellos. Luego les enseñan a llevar su presa a la orilla y comerla allí..., ¡pero dejando la cola! ¡No es de buena educación en la familia de los castores el comer la cola de un pescado!

Benjy rió y la ardillita se removió acurrucándose de nuevo para seguir durmiendo. El castor miraba a Benjy con ojos brillantes. Sacolín le acarició el cuello y volvió a lanzar su risita.

—Pues bien —prosiguió Sacolín—, un día los perros fueron a cazar a los castores. Los padres huyeron nadando para salvar la vida. Los perros cogieron a dos de los cachorros... y los mataron. Y éste que era el tercero, trató de esconderse al otro lado del río sin ser visto, pero los canes vieron el ligero rastro que dejaba en el agua y dos de ellos le cogieron mordiendo cruelmente sus patas traseras. Luchó con tesón y le dejaron marchar.

—El cachorrito consiguió arrastrarse hasta su antiguo nido —continuó Sacolín—. Y allí le encontré después de que terminara la cacería. Se arrastró hasta mí por la entrada posterior y yo le traje aquí y le cuidé hasta que sus patas estuvieron mejor y pudo volver a nadar. Así es como nos hicimos amigos.

—Pobrecillo —comentó Benjy—. Ojalá los animales no tuvieran que ser tan crueles unos con otros.

—Es una bonita historia —comentó Benjy—. Sé que Penny lloraría al oírla. No puede soportar que hagan daño a nadie.

—Este castor ha viajado hasta muy lejos durante el invierno —explicó Sacolín—. Deambulaba por la tierra durante la noche porque es un buen viajero. Pero ahora vive en el río y lo conoce

centímetro a centímetro desde el principio al fin.

Benjy permaneció inmóvil pensando en la historia del castor, y preguntándose dónde estarían los padres. ¡Qué suerte que Sacolín estuviera por allí durante la cacería! ¿Cuántas criaturas había curado y salvado? Benjy estaba orgulloso de tenerle como amigo.

La luna se fue elevando y el río negro se tornó de plata. La fría luz de la luna ponía manchas en el suelo y por todas partes salían conejos. Los búhos ululaban y una vez sonó un grito tan fuerte que Benjy pegó un respingo despertando a la ardilla.

—¿Qué es eso? —preguntó el niño.

—Una lechuza —replicó Sacolín—. Siempre chillan así. Y ahora Benjy..., ¿qué te parece si cenamos... y luego a la cama?

—Me estaría aquí horas y horas —repuso Benjy con un suspiro—. ¿Verdad que el mundo parece extraño e irreal a la luz de la luna? ¡Oh... casi me olvido... le he traído un pedazo de mi pastel de cumpleaños!

El niño puso el pastel en manos de Sacolín que estuvo muy contento y se lo comió allí mismo dando de cuando en cuando alguna migaja al castor que tenía a sus pies. Luego encendió una pequeña hoguera y preparó una extraña, aunque deliciosa cena para el niño. Comieron a la luz de la luna y bebieron una cosa que «el salvaje» llamaba «Coca-Cola» de ortigas. Estaba hecho con hojas de ortigas y tenía un sabor extraño, aunque fresco y dulce.

—¡Y ahora a dormir! —exclamó Sacolín—. Yo me baño por la mañana, Benjy. ¿Te va bien así? Entonces nos daremos un chapuzón en el río. Quitate la chaqueta y los pantalones y te taparé con la manta.

El saco de dormir estaba tendido debajo de la cama de brezo y musgo de Benjy. Cuando estuvo listo, Sacolín le arropó con la manta y el niño se acurrucó en la cama que era mullida, aunque algunas ramitas se le clavaban aquí y allí. Benjy las fue colocando a su comodidad y por fin se dispuso a dormir en su extraña cama que olía muy bien. La ardilla se enroscó sobre su estómago, sin cesar de dormir.

—¿A dónde irá el castor? —preguntó Benjy somnoliento—. ¿Volverá al río?

—Creo que quiere dormir aquí esta noche —replicó Sacolín—. ¿Te importa? Algunas veces le gusta la compañía.

—¡«Importarme»! —exclamó Benjy—. ¡Vaya, si me encanta! ¡Jamás, jamás pensé en dormir con una ardilla encima de mí, cerca de un «salvaje» y con un castor a los pies!

Benjy no quería dormir, sino permanecer despierto para advertir el extraño encanto de la pequeña casa viviente, la respiración del castor, el calorcillo de la ardilla... quiso permanecer tendido mirando la luna que ahora brillaba ante la entrada de la casa. Deseaba oír el canto de los búhos toda la noche... y el plaf, plaf, plaf del agua cercana, y el susurro de los árboles.

Pero no pudo mantener los ojos abiertos. Al cerrarlos, durmió tan plácidamente como Sacolín, el castor y la diminuta ardilla.

CAPÍTULO XVI

DOS AMIGOS MÁS

Benjy fue el primero en despertarse por la mañana, porque la ardilla intentaba sentarse encima de su nariz. No pudo comprender de momento lo que estaba ocurriendo. Con los ojos abiertos aspiró el aire... incorporándose. La ardilla se cayó al suelo, Benjy se apresuró a recogerla... no quería que saliera huyendo por la puerta y desapareciera.

El castor se había marchado, y Sacolín dormía tranquilo recostado de lado. La tenue luz del amanecer penetraba por la puerta abierta, y el batir del agua contra la orilla sonaba como una pequeña melodía... plif-plaf-plaf, plif, plaf, plaf.

—Me pregunto si está saliendo ya el sol —pensó Benjy tendido de espaldas y contemplando el verdor del techo—. ¡Oh, qué maravilloso es despertar así, en un bosque junto al agua! No despertaré a Sacolín. ¡Quiero disfrutarlo todo yo solo... con mi ardilla!

La ardilla se había acurrucado junto al cuello de Benjy y dormía otra vez. Era tan suave y agradable su contacto. Con su cola se tapaba el hocico.

Algunos pájaros comenzaron a cantar, y la luz fue en aumento. Se levantó la brisa que hacía decir a los árboles:

«Chiss, chiss, chiss», por lo menos, eso es lo que le pareció a Benjy.

Luego un animal pequeño apareció en la entrada, y se detuvo sobre sus patas traseras olfateando. Se quedó muy sorprendido al ver que Benjy le miraba. El niño apartó a la ardilla y apoyándose en un codo se incorporó para observar al recién llegado.

«Me parece que es una rata —pensó Benjy—. No me gustan las ratas. En absoluto. Son los únicos animales con los que no quisiera tener amistad».

Observó a aquel pequeño ser que se acercaba rápidamente a la cama de Sacolín. Puso una pata sobre ella y aguardó para ver si «el salvaje» se movía o hablaba.

Más Sacolín continuaba durmiendo. El animalito se rascó detrás de las orejas como si pensara. Luego pareció comprender que su amigo dormía... y corrió hacia la puerta. Benjy quiso saber o dónde iba.

Por eso se levantó despacio yendo hasta la puerta. El animalito había corrido hasta la orilla del río y Benjy le siguió, cosa que no pareció importarle lo más mínimo. Se deslizó hasta un pequeño seto, cerca del agua, y se puso a mordisquear unos tallos jugosos de helecho. De cuando en cuando miraba a Benjy como si quisiera decirle: «¡Prueba un poco!». «¡Es bueno!».

Se oyó un ruido detrás de Benjy, y el niño se volvió. Era Sacolín. Al despertar, echó de menos a su amigo y había salido a buscarle.

—Hola, Sacolín —le dijo Benjy al punto—. ¡Me ha encantado despertar en su árbol-casa! Mire..., ¿ve esa rata que hay ahí? Ha venido a visitarle... pero usted dormía profundamente. No creo que me guste ser amigo de una rata. ¿«Es» amiga suya?

—Ese animalito que está ahí es un gran amigo mío —repuso Sacolín acercándose a la orilla—. ¡Pero no es una rata!

—¡Pensé que lo era! —exclamó Benjy—. Conozco a muchísima gente que la hubieran

matado... todo el mundo parece odiar a las ratas.

—Sí..., las ratas tienen mala fama, y desde luego la merecen —respondió Sacolín—. ¡Pero este pobre animal no debiera sufrir sólo por parecerse a una rata!

—¿Qué es entonces? —preguntó Benjy sorprendido.

—Es un ratón de agua —repuso Sacolín—. Un animalito tranquilo e inofensivo, que adora el agua y solo quiere vivir en paz. Pero en cuanto alguien le ve le grita: «¡Una rata! ¡Una rata!». Y le arrojan piedras para matarla. Obsérvale mientras mordisquea ese tallo... es un animalito inofensivo, que no perjudica a nada, ni a nadie.

El ratón de agua miró a Sacolín y echó a correr hacia él, que acarició su pelaje de un rico color castaño rojizo, con algunos pelos grises de cuando en cuando. Sacolín hizo que el ratón se tumbara patas arriba mientras jugueteaba con él, para que Benjy pudiera ver que la piel de su vientre era gris amarillento.

—No es «exactamente» igual a una rata —dijo Sacolín—. Mira su cabeza... es más ancha y corta que las de las ratas... y fíjate en su hocico redondo. Ya sabes que las ratas lo tienen puntiagudo, ¿verdad? Y mira la cola peluda de este ratón... no es tan larga como la de la rata que la tiene pelada.

—Sí..., ahora que dice todas esas cosas veo que el ratón de agua no se parece a las ratas —dijo Benjy acariciando la cabecita de orejas redondas—. ¡Qué vergüenza que lo maten confundiéndole con ellas! Dijo usted que era un ratón de agua. ¿Entonces sabe nadar?

—Observa y verás —replicó Sacolín. Puso al ratón en la orilla dándole un ligero empujón. El animalito saltó al agua inmediatamente con un «plop»—. ¡Cuando camines junto a la orilla del río y oigas ese «plop» sabrás que un ratón de agua te ha visto y se va a su casa!

—¿Dónde vive? —quiso saber Benjy mientras trataba de ver por dónde iba el ratón sin conseguirlo.

—Tiene un cómodo escondite en la orilla —repuso Sacolín, señalando un lugar donde crecían unos juncos muy espesos—. Lo entrada está bajo el agua... pero, como el castor, nuestro ratón tiene una entrada posterior por tierra. Ven y lo verás salir por ella.

Se acercaron a los juncos y tras apartarlos, Sacolín le mostró un pequeño agujero. Frunciendo los labios lanzó un curioso chasquido. En el acto apareció la redonda cabeza del ratón de agua y dos ojos negros miraron interrogadores a Sacolín.

—Esto bien, viejo camarada —exclamó Sacolín—. ¡Sólo queríamos verte aparecer por tu puerta posterior! Ha nadado hasta la entrada que tiene bajo el agua, Benjy, ha subido por su túnel... y al oír mi llamada se ha asomado para vernos.

El ratón de agua desapareció en su madriguera.

—¿Duerme todo el invierno? —quiso saber Benjy mientras volvían a la casa-árbol.

—Oh, no —repuso Sacolín—. Viene a verme durante los días oscuros del invierno. Algunas veces almacena provisiones... y por Año Nuevo le he visto roer raíces tiernas de sauce. Tiene dos primitas que debes conocer, Benjy... el pequeño ratón de campo a menudo llamado de rabo corto, y el ratón de orilla. Y ahora..., ¿qué te parece si nos bañamos?

El sol calentaba ya de firme, y el río invitaba con su frescor. Benjy y Sacolín no tardaron en meterse en el agua donde lo pasaron estupendamente gritando y salpicándose mutuamente.

Sacolín nadaba como un castor, ¡y Benjy deseó poder hacer otro tanto... pero sin conseguirlo!

Se vistieron y «el salvaje» preparó un extraño, aunque delicado desayuno. La ardillita permaneció todo el tiempo sentada sobre el hombro de Benjy. Sacolín cogió unos brotes tiernos que el animalito agarró con sus manilas para comérselos.

—Quiero mucho a *Pillina* —dijo Benjy frotándose su cabeza contra el cuerpo del animalito—. ¿Usted cree que será feliz conmigo?

—¡De no ser así, pronto huiría a los bosques! —replicó Sacolín—. Te enseñaré los brotes que debes darle. Más adelante le encantarán las nueces y bellotas. También te enseñaré las setas que le gustan.

—Lo he pasado estupendamente —suspiró Benjy mirando el árbol-casa, el río y las manchas de sol en el suelo—. Ojalá pudiera quedarme aquí para siempre.

—A mí también me gustaría —dijo Sacolín—. No hay muchos niños que amen las criaturas salvajes como tú..., pero perteneces a tu familia... y es tiempo de que vuelvas con ellos, Benjy. Se preguntarán qué es lo que estás haciendo.

—Sí..., debo volver. Tengo que hacer mi trabajo —dijo Benjy poniéndose en pie—. Volveré pronto, Sacolín... y gracias por lo bien que lo he pasado... ¡y por la ardillita! Siempre que venga traeré a *Pillina* para que la vea.

—Te acompañaré un trecho —repuso Sacolín—. Hace una mañana tan hermosa...

El hombre y el niño caminaron por los verdes bosques. Llegaron a un lugar donde la retama amarilla se mecía a impulsos de la brisa estival. Al pasar cerca un pequeño animalito se cruzó en su camino. Se detuvieron y Benjy señaló por dónde corría.

—¿Qué es eso? —exclamó—. ¿Un ratón? ¡Qué pequeño es!

—Eso era un diminuto ratón de campo —replicó Sacolín—. ¡Casi el menor de todos nuestros animales! Miremos en este arbusto de retama... se ha escondido aquí. Tal vez tenga aquí su nido, y podamos verlo.

Sacolín miró en el centro del arbusto produciendo un ruido extraño semejante al de un pájaro. ¡Benjy escuchó con asombro cómo contestaban con el mismo chirrido! ¡No era posible que un ratón hiciera aquel ruido!

Pero al parecer el ratón de campo sí lo hacía... ya que Sacolín hizo una seña a Benjy le mostró el nido. Era realmente maravilloso. Estaba construido entre los tallos de retama a unos dos palmos del suelo. El ratón había utilizado sabiamente algunos de los tallos más fuertes para sostener el nido que tenía la forma de una pelota pequeña. Estaba hecho con briznas de hierba colocadas con pulcritud para que el nido fuese cómodo y resistente.

—Es el mejor nido que he visto en mi vida —exclamó Benjy lleno de admiración—. ¡Yo mismo no sería capaz de hacerlo bien! ¿Por dónde se entra?

—¡Oh, por cualquier parte! —repuso Sacolín mostrándole cómo podía abrirlo por cualquier parte separando la hierba entretejido—. Dentro hay una familia de seis o siete, me parece..., ¡y además la madre!

—¡Pero cómo caben en un nido tan pequeño! —exclamó Benjy. Sacolín hizo una abertura en el exterior del nido para que Benjy pudiera ver a la pequeña familia apretujada y asustada.

—No les molestaremos más —dijo Sacolín—. La madre ha oído mi chirrido y sabe que soy

amigo. ¡Escucha... verás cómo me contesta otra vez!

Sacolín repitió el extraño chirrido... y desde el nido contestó suavemente el pequeño ratón de campo. Benjy trató de imitarle..., ¡pero no era tan sencillo como parecía!

—¡Otro ruido que imitar! —pensó Benjy—. ¡El de la serpiente... el silbido del castor..., cielos, pronto seré un almacén de ruidos!

—Observa al pequeño ratón de campo este verano cuando vayas por los campos —dijo Sacolín—. Especialmente en los de trigo, Benjy. Ese ratón es tan pequeño que puede trepar por una espiga sujetándose con el rabo, y comer el grano. Es bonito de ver con su espeso pelaje amarillo rojizo, su hociquito chato y sus brillantes ojos negros.

Al llegar al camino Sacolín subió hacia la colina despidiéndose, y Benjy regresó a la granja con *Pillina* en su hombro. Los otros salieron corriendo a su encuentro.

—¿Qué has hecho? ¿Dormiste en el árbol-casa? —exclamó Penny.

—¿Qué es eso que llevas encima del hombro? —preguntó Rory.

—¡Es una ardillita! —gritó Sheila—. Oh, ¿de dónde la sacaste, Benjy?

—Sacolín me la ha regalado por ser mi cumpleaños —explicó Benjy con orgullo—. ¿Verdad que tengo suerte?

La ardilla miraba a los tres niños con sus brillantes ojos negros y no parecía asustada. Se recostó contra el cuello de Benjy mientras éste contaba sus aventuras de la noche anterior.

—¡Oh! ¡Figúrate, dormir con una ardilla y un castor! —exclamó Penny con los ojos tan abiertos como los de la ardilla—. Oh, eres el chico más afortunado del mundo.

—Sí. Lo soy —replicó Benjy acariciando a *Pillina*. ¡Y lo decía en serio!

CAPÍTULO XVII

LA COLA QUE SE ROMPE

La ardillita era muy feliz con los niños que la mimaban y alimentaban con toda clase de golosinas, y también con los alimentos que Sacolín indicara a Benjy, y se convirtió en su mascota lo mismo que *Sombra*, el perro.

Por lo general vivía en el hombro de Benjy, y siempre dormía en su cama. Saltaba de acá para allá, subía y bajaba por las cortinas dando a tía Bess más de cien sustos diarios. Pero le gustaba el pequeño animalito y su único temor era que el gato pudiera atraparla.

—Creo que a Sacolín le gustaría ver cómo ha crecido *Pillina* —dijo Benjy un hermoso día de sol—. Vamos a verle y le llevaremos la ardilla.

—Podéis llevaros la merienda —propuso tía Bess.

—¡Oh, sí... llevémosla! —exclamó Penny que siempre estaba dispuesta a comer al aire libre. De manera que tía Bess les preparó bocadillos de tomate, de huevo, bollos de jengibre y leche, y se marcharon de excursión.

Primero fueron a la cueva de Sacolín y luego al árbol-casa, pero no encontraron «al salvaje». Pensaron que debía haber salido de exploración, o a visitar a alguno de sus amigos, y por eso eligieron un bonito lugar soleado entre los brezos para merendar. *Pillina* mordisqueó con deleite los bocadillos de jengibre. Riñó a Sheila por haberle dado un trocito golpeando con fuerza con su pie el hombro de Benjy.

—¡Oh, vaya un genio que tienes! —rió Sheila, y de pronto lanzó un grito señalando algo que estaba cerca y tendido al sol.

—¡Mirad! —exclamó—. ¡Una serpiente!

Todos miraron, viendo una criatura de unos tres palmos de largo. Su cabeza era pequeña y corta, y la cola iba disminuyendo gradualmente hasta la punta. Estaba cubierta de escamas y sus ojos brillantes destacaban en su cabeza.

—Bueno... pero ¿qué clase de serpiente? —dijo Benjy extrañado—. No es una víbora, de eso estoy seguro. Y tampoco es una culebra de hierba porque su cuerpo es distinto... y tengo la certeza, de que no es una culebra común. ¡Sacolín dijo que sólo había tres clases de serpientes en este país... y debe estar equivocado!

—Quisiera saber si muerde —dijo Sheila sin que le agradase mucho su aspecto.

—No, yo creo que no —dijo Benjy—. Sacolín dijo claramente que aquí sólo tenemos una serpiente venenosa... ¡y ésta desde luego no es una víbora!

—Cógela, Benjy —exclamó Rory—. Así podremos enseñársela luego a Sacolín. Podemos decirle que está equivocado... ¡qué en nuestro país hay una cuarta especie de serpientes!

—Bueno... yo no creo que Sacolín esté equivocado —replicó Benjy intrigado—. Pero debo averiguar de qué clase se trata. Sujeta a *Pillina*, Rory. Veré si puedo coger esa serpiente. ¡Estaos quietos todos!

Benjy avanzó silenciosamente entre los brezos. Aquel ser no pareció darse cuenta de su presencia. Disfrutaba del sol tendida cuando larga era para gozar de sus rayos.

Benjy se fue acercando más y más... y luego echó la mano sobre la serpiente que se debatió entre sus dedos... ¡pero Benjy la había cogido por la cola!

—¡Ya te tengo! —exclamó.

¿Pero la tenía? ¿Qué era aquello? La asustada serpiente corría entre los brezos dejando en la mano de Benjy... ¡su cola! que se movía de forma peculiar.

—¡Mirad! ¡Fijaos en esto! —exclamó Benjy con el mayor asombro.

—¡Oh, Benjy! ¡Qué cruel has sido! ¡Le has roto la cola! —dijo Penny casi llorando.

—¡No es cierto! —exclamó Benjy indignado—. Sólo la agarré por ella para atraparla... y la cola se ha roto en mi mano. ¡Tú lo viste! ¿Crees que lo habrá hecho a propósito, para escapar?

—Las lagartijas lo hacen, pero las serpientes no —repuso Rory mirando la cola que seguía moviéndose en la mano de Benjy—. Ojalá hubiese estado aquí Sacolín. Estoy seguro de que él lo sabe.

Pillina olfateó el extremo de la cola y luego subió de un salto al hombro de Benjy, con disgusto. No le agradaba en absoluto el aspecto de la cola. Ni a nadie, ésa es la verdad. Benjy la guardó con cuidado en su bolsillo tratando de olvidarla.

Pero a pesar de que continuaron con la merienda, ahora ya nadie sentía verdadero apetito. Algo lo había estropeado. No podían dejar de pensar si aquel animalito habría sido herido... y Benjy sentíase culpable. ¿Y si Sacolín le llamaba cruel y se enfadaba con él?

Cuando estaban terminando vieron a Sacolín a lo lejos. Rory se puso en pie para hacerle señas con la mano. «El salvaje» se acercó a los niños sonriente.

—Sacolín, ¿le duele a una serpiente el que se le rompa la cola? —le preguntó Penny en cuanto estuvo cerca.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sacolín sorprendido—. A una serpiente jamás se le rompe la cola.

—¡Claro que sí! —dijo el pobre Benjy, y con el rostro sonrojado sacó el extremo de la cola que guardara en su bolsillo.

Sacolín la examinó y luego dirigió su vista al rostro culpable de Benjy, y entonces, ante la sorpresa y alivio de los niños, se puso a reír.

—¡Oh, cielos! —exclamó al fin—. ¿De veras pensaste que habías sido lo bastante fuerte como para arrancar la cola de una serpiente? No, esto no es una cola de serpiente.

—Sí que lo es, Sacolín —exclamaron los niños—. ¡Lo es, lo es!

—¡Escuchad! —insistió Sacolín—. Yo os dije que sólo existen tres clases de serpientes en nuestro país, ¿no? Bueno, pues ésta no pertenece a ninguna de ellas. Es de la familia de los lagartos, no de las serpientes. Es un gusano lento, o, si queréis darle otro de los nombres tontos que le dan, un gusano ciego.

—¡Oh! —exclamaron los niños, y Benjy enrojeció—. Debí haberlo sabido —dijo—. Lo he leído en mis libros.

—Y ahora, ¿qué os parece si viésemos más de cerca a un gusano lento? —propuso Sacolín—. ¡No el que te hizo el regalo de su cola, Benjy... ése ya no volverá a aparecer hoy! Pero me atrevo a asegurar que veremos otros si buscamos un poco.

Los niños observaron a Sacolín mientras buscaba tranquilamente otro gusano lento en la orilla

arenosa. Al fin descubrió uno y los niños le observaron con emoción.

—¡Me figuro que éste también romperá su cola! —susurró Rory. Pero no fue así. No... ¡Sacolín sabía cómo coger a aquella clase de gusanos! Le sujetó por detrás de la cabeza, no por la cola, y lo llevó a que lo vieran los niños.

El gusano no parecía asustado. Aquello era lo más extraño en «el salvaje». Ningún animal o pájaro demostraba temor cuando él le hablaba o le tocaba. El gusano lento estaba en sus manos, y ni siquiera cuando Sacolín dejó de sujetarle la cabeza trató de escapar.

—Aquí está nuestro gusano —dijo Sacolín—. Me temo que demasiada gente comete el mismo error que vosotros, niños, y creen que es una serpiente. De modo que el pobre e inofensivo gusano lento es asesinado por cualquier viandante. No se enrosca. No muerde. Come gusanos, pulgones e insectos, ¡y no hace daño a nadie! Si la gente aprendiera a conocer un poco más a nuestras criaturas silvestres no matarían a ningún gusano lento.

—¿Por qué le llaman gusano «lento»? —preguntó Rory—. Verá... el que se escabulló de entre las manos de Benjy no era lento... si no muy rápido.

Sacolín rió.

—Voy a deciros los tres nombres que la gente tonta ha dado a ese lagarto sin patas —dijo—. Uno es gusano lento... pero, como tú has dicho, «no» es lento. Otro nombre es gusano ciego... pero como veis tienen unos ojos muy notables y brillantes... y haced el favor de fijaros en los párpados, de los que las serpientes siempre han carecido. El tercer nombre, más tonto todavía, es culebra sorda: ¡No es sordo, y desde luego no es una culebra!

El gusano lento sacó la lengua y Benjy lanzó una exclamación.

—¡Mirad! Su lengua no se bifurca como la de las serpientes.

—No —dijo Sacolín—. Sólo está mellada. Celebro que lo hayas notado, Benjy. ¡Buen chico!

—Pero Sacolín, ¿por qué el gusano lento rompe su cola? —preguntó Benjy—. ¿Volverá a crecerle?

—Rompe su cola porque sabe que de ese modo puede escapar —explicó Sacolín—. ¡Una serpiente no puede hacerlo, naturalmente! Sí... volverá a crecerle, aunque no quedará tan ajustado como la otra cola. Mirad, niños... ¿Veis ese gusano lento de ahí? Acabo de aparecer en la orilla. ¿Veis cómo empieza a crecerle la nueva?

—¡Oh, sí! —exclamó Sheila—. ¡Lo veo perfectamente! Bueno, me alegro de que no lastimásemos al gusano lento, Sacolín, y espero que le crezca pronto una cola nueva.

—Tardará algún tiempo —repuso «el salvaje». ¡Pero vaya si le crecerá! ¡Y lo que es más, le crecería una tercera de ser necesario!

Sacolín dejó el gusano en el suelo, y éste desapareció como un relámpago.

—¡Un gusano «rápido», como tú dijiste, Rory! —dijo Sacolín—. No obstante tampoco es un gusano. Tiene diversidad de nombres estúpidos, ¿verdad? Ojalá podáis ver a sus pequeños más avanzado el verano. Son muy divertidos. El año pasado albergué a una familia entera.

—¿Cómo eran? —preguntó Benjy.

—¡Oh... como agujas de plata en movimiento! —exclamó Sacolín—. Eran preciosos y no tuve necesidad de darles alimento. ¡Eran capaces de cazar su propia comida incluso cuando no eran mucho mayores que una aguja de zurcir!

—¿Sabe dónde hoy lagartijas? —preguntó Benjy.

—¡Cielos, sí! —dijo Sacolín—. ¡Puedo llamar a un montón de ellas! ¿Queréis que lo haga?

—¡Oh, «sí»! —exclamaron todos encantados—. ¡Llámelas... y nosotros miraremos cómo acuden!

Sacolín se levantó yendo hacia una parte resguardada de la colina. Por todas partes crecían brezos y el aroma de la aulaga llegaba impulsado por la brisa. Sacolín señaló un pequeño claro de arena caliente.

—Vigilad ese claro —dijo—. Voy a silbar.

Silbó... un silbido curioso y grave, de sólo un par de notas que parecía parte de la brisa y el rumor de un abedul cercano.

Los niños aguardaron expectantes y emocionados.

Y entonces salieron las lagartijas de sus escondites. Primero salió una pequeña, de unos diez centímetros de largo. Con diminutos pies corría sobre los brezos hasta llegar al claro arenoso donde se detuvo ligeramente alzada sobre sus patas delanteras y con la cabeza levantada como si estuviera escuchando... y vaya si escuchaba.

—¿No es una monada? —susurró Penny—. ¡Mirad cómo le guiña el ojo a Sacolín!

En realidad parecía como si estuviera guiñando, ya que sus párpados subían y bajaban rápidamente sobre sus ojos. Luego salió otra lagartija a toda velocidad y también se detuvo de pronto para escuchar.

—Corren como si fueran juguetes mecánicos —observó Benjy—. ¡Oh, aquí viene otra... y otra!

Pronto el claro se llenó de lagartijas expectantes... por lo menos «parecía» como si estuvieran escuchando. «El salvaje» dejó de silbar, y las lagartijas se pusieron a jugar, corriendo de un lado a otro como si su maquinaria se pusiera en marcha y se detuviera de repente. Era muy divertido mirarlas.

—Esa lagartija tiene una cola muy larga —dijo Benjy—. La que está al borde de la arena.

—Se ha roto, lo mismo que la del gusano lento —repuso Sacolín—. Pero no se le ha compuesto muy bien... está bastante tosca, y la cola nueva parece no encajar bien.

Las lagartijas corrían tras cualquier insecto que apareciera, y los niños estaban lo bastante cerca para poder ver sus lenguas melladas y maravillarse de sus delicados deditos y patas.

—Ojalá pudiera coger una —comentó Benjy—. Me gustaría sentir esos deditos y esas patas en mi mano.

—Voy a cogerte una —replicó Sacolín y alargando la mano con cautela la cerró luego con firmeza sobre la lagartija más próxima. Cogiéndola luego por detrás de la espalda lo puso en su otra mano.

—¡Es inútil que te pongas tiesa! —le dijo Sacolín a la lagartija—. ¡No voy a permitir que te rompas la cola!

La lagartija se recobró pronto de su miedo y quedó tranquila en la mano de Sacolín mientras él silbaba. Luego la puso en la mano de Benjy y el niño sintió el contacto de sus diminutos dedos. A *Pillina*, la ardilla, que había estado todo el tiempo sobre el hombro de Benjy no le gustó nada ver a la lagartija en la mano de Benjy, y de pronto bajó por el brazo del niño para agarrarla.

Mas en un abrir y cerrar de ojos el animalito huyó escondiéndose entre la maleza.

—¡Oh, qué celosa eres *Pillina*! —le dijo Sacolín—. Mira, Benjy han salido más lagartijas. ¿Ves esa que trepa por un tallo de brezo? ¿Ves qué bonito color naranja tiene por debajo?

—¡Oh, sí! —exclamó el niño—. Me gustan las lagartijas, Sacolín. Ojalá pudiera tener una amaestrada.

—Yo tuve una hace un par de años —repuso el hombre—. Me resultaba muy útil ya que vivía en mi cueva y se comía todas las moscas que me molestaban. Pero cuando llegó el invierno se fue para dormir.

—Supongo que durante el invierno no hay insectos —dijo Penny muy sabiamente—. Por eso tienen que dormir.

—Muy cierto, Penny —repuso Sacolín—. Bueno, ahora debo irme. Tengo que buscar algo para comer porque hoy no he tomado nada todavía. ¡Debo ir en busca de las cosas que más me gustan!

Sacolín se puso en pie y Rory miró su reloj.

—Nosotros también hemos de marcharnos —dijo—. Bien, buena caza, Sacolín, y una espléndida comida cuando acabes.

CAPÍTULO XVIII

LA EXTRAÑA LLUVIA DE RANAS

Una mañana, los niños fueron enviados a otra granja para llevar un recado de tío Tim. Hacía buena tiempo cuando salieron, pero a la vuelta surgió una gran nube color púrpura que fue cubriendo todo el cielo.

—¡Caramba! ¿Qué ocurrirá? —exclamó Sheila un tanto asustada—. ¿Creéis que se aproxima una tormenta?

Mientras hablaba se oyó retumbar el trueno en la distancia, y comenzaron a caer algunas gotas gruesas, como monedas de plata, que fueron aumentando más y más y que golpearon a los niños con fuerza.

—Parece como si alguien desde el cielo nos «arrojara» gotas de lluvia —dijo Penny—. ¡Cielos, me «estoy» mojando!

Luego la lluvia fue cayendo con más suavidad en largas líneas plateadas que mojaban campos y bosques. El trueno retumbó otra vez aunque no muy cerca. A Penny no le gustó. Le atemorizaban las tormentas.

Se echó a llorar.

—¿Qué vamos a hacer? No debemos refugiarnos bajo los árboles durante una tormenta porque es peligroso... pero ¡oh, Rory, me mojaré tanto! Sólo llevo este vestido tan fino.

Rory se detuvo para mirar a su alrededor.

—Me parece que no estamos muy lejos de la cueva de Sacolín —dijo—. No conozco muy bien este camino, pero creo que si bajamos por ese sendero y atravesamos ese campo y esa zona cubierta de brezos, llegaremos a la cueva por el lado opuesto. ¡Vamos... corramos camino abajo!

Los niños echaron a correr... pero antes de que hubieran llegado muy lejos aminoraron la marcha sorprendidos. ¡El camino estaba completamente lleno de ranas pequeñas! ¡Cubrían el suelo, saltaban en las cunetas y oscurecían el paisaje con sus cuerpos saltarines!

—¡Mirad... mirad! —gritaba Rory—. ¿Visteis alguna vez tantas ranas?

Pasó una mujer en bicicleta, y también fue grande su asombro, trataba de conducir sin aplastar a la multitud de ranas.

—¡Es lluvia de ranas! —gritó a los niños—. ¡De ahí es de dónde vienen!

Los niños la miraron con asombro olvidando la lluvia. Alzaron los ojos al cielo para ver si caían ranas... mas la lluvia era tan intensa que no podían mantener la cabeza levantada y el camino se iba llenando cada vez más de ranas, de manera que parecía como si cayesen con la lluvia.

—¡Es extraordinario! —dijo Benjy tragando algunas gotas de lluvia—. ¡Las ranas no «pueden» caer del cielo! ¿Cómo habrían subido allí? ¡Y sin embargo, las hay a miles!

—¡Claro que caen con la lluvia! —exclamó Penny—. ¡Vaya, mira, plop, plop, plop, plop, jop, jop, casi pueden verse entre las gotas de lluvia!

El camino estaba lleno de ranas que saltaban entre los pies de los niños, y era muy difícil avanzar entre ellas sin lastimarlas. Por fin llegaron al final del camino y atravesaron el campo. El

trueno sonaba más cerca ahora y Penny comenzó a llorar de nuevo.

En el campo también había ranas, cientos de ellas, aunque no se veían con tanta claridad como en el camino. Rory le dio la mano a Penny para ayudarla, ya que no podía correr tan de prisa como los otros. Benjy había metido a *Pillina*, la ardilla, en su bolsillo para qué no se mojara. *Pillina* aborrecía la lluvia.

¡Por fin llegaron a la cueva... y Sacolín estaba allí!

—¡Cielos, parecéis ratas mojadas! —exclamó—. Entrad... va a haber una tormenta maravillosa. Celebro que hayáis sido lo bastante sensatos para no refugiarnos bajo un árbol. Ah... ahí viene el relámpago. ¿Visteis cómo ha cortado esa nube en dos?

—¿Entonces le gustan las tormentas, Sacolín? —le preguntó Penny sorprendida.

—Me encantan —dijo Sacolín—. ¡Son maravillosas! El retumbar del trueno, la brillantez del relámpago y el batir de la lluvia. No me digas que te asustan las tormentas, Penny.

—Pues, verá —repuso la niña—, una vez tuve una niñera que se escondía dentro de un armario cada vez que había tormenta, por ese creí que debía ser algo temible, y siempre me han dado miedo.

—¡Y ahora aquí tienes a alguien que adora las tormentas y cree que son los mejores espectáculos del mundo, por eso podrás pensar de distinta manera! —dijo Sacolín sentando a la niña sobre sus rodillas—. ¡Cielos, estás empapada! Quítate ese vestido tan mojado y envuélvete en una de mis mantas.

De modo que, arrebujaada en una manta, Penny se sentó a la entrada de la cueva para ver la tormenta. Y porque «al salvaje» le gustaba y no le daba el menor temor, Penny también supo ver toda su belleza.

—Hace mucho, mucho tiempo que los hombres creían que el trueno era el ruido que hacían grandes balas de madera al correr por el suelo del cielo —explicó Sacolín—. ¡Escucha el próximo trueno Penny, y dime si te parece que suena así!

El trueno retumbó entre las colinas y los niños se echaron o reír.

—Sí... suena exactamente como si grandes bolas de madera rodaran sobre un gran suelo —dijo Benjy—. ¿No es cierto Penny?

Penny recordó de pronto a las ranas.

—Oh, Sacolín —exclamó—. ¿No sabe lo que ocurrió mientras veníamos corriendo hacia aquí? ¡Llovían ranas sobre nosotros!

—No es posible —repuso Sacolín—. La lluvia es sólo agua.

—¡Pero Sacolín, de verdad «llovían» ranas! —insistió Penny—. ¡Yo las vi saltando a mi alrededor... miles y miles! Y una mujer que pasó en bicicleta nos dijo también que llovían ranas.

—Pues sus ojos debieron engañarle lo mismo que te engañaron los «tuyos» —dijo Sacolín riendo—. ¡Tu sentido común te dirá que las ranas no viven en el cielo y por eso no pueden caer de ahí! Tú sabes de dónde salen las ranas, ¿no?

—De los renacuajos —dijo Penny.

—Sí, y ¿dónde viven los renacuajos? —preguntó el hombre—. ¿En las nubes?

—No, claro que no... en los estanques —dijo Penny comenzando a sentirse ridícula.

—¿Qué piensan los otros de esto? —preguntó Sacolín, volviéndose hacia ellos—. ¿Creéis

haber visto ranas volando graciosamente por el aire montadas en una gota de lluvia plateada?

Los niños rieron... pero seguían intrigados.

—No, Sacolín, ninguno de nosotros vio en realidad caer a las ranas del cielo —replicó Benjy con sinceridad—. Sólo que resultaba extraño verlas a miles en el suelo cuando comenzó a llover. Antes no estaban.

—Muy cierto, Benjy —repuso Sacolín—. Bien, hay una explicación muy sencilla de lo que visteis. Os la diré. Ya sabéis que los huevos de rana se convierten en renacuajos y que los renacuajos crecen y se transforman hasta ser ranas pequeñas, ¿verdad?

—Sí —contestaron todos.

—Bien —prosiguió Sacolín—. Llega un tiempo en que todos esos miles y miles de ranas pequeñas necesitan abandonar el estanque y buscar otro lugar... un lugar agradable y húmedo tal vez en una charca, o en un prado de hierba alta donde puedan cazar moscas y pulgones para su alimento. Ahora bien, ninguna rana abandonará el estanque en un día soleado y seco, ya que todas las ranas necesitan humedad para viajar. De manera, que, ¿qué ocurre? Aguardan a que llueva torrencialmente... y entonces todas las ranas inquietas tienen la misma idea.

—¡Y salen del estanque y emprenden el viaje! —exclamó Benjy—. ¡Claro! Y por eso vimos tantas juntas. ¡Era su momento para viajar!

—Sí —dijo el hombre—. Habían abandonado su estanque donde nacieron e iban en busca de un nuevo hogar en tierra, donde permanecerán durante todo el verano en charcas y lugares húmedos, comiendo moscas y pulgones, creciendo y engordando hasta el otoño... cuando una vez más regresan a su estanque para dormir.

—¡Y nosotros pensamos que llovían ranas! —exclamó Rory—. ¡Qué estúpidos somos!

—Lo sois bastante —repuso Sacolín—. ¡Jamás creáis estupideces sin aseguráros primero de que son ciertas! Esta idea de que lluevan ranas surge cada año... pero si todos pensaran seriamente comprenderían que eso es imposible.

—Hay muchas ranas fuera de la cueva, Sacolín —dijo Penny observándolas—. Aunque casi todas son pequeñas. ¿Dónde están las grandes?

—Oh, las grandes dejaron el agua hace mucho tiempo —replicó Sacolín—. Las que ves son la cosecha de este año. Ya sabes que una rana tarda cinco años en crecer. Pero algunas, sino todas, las criaturas que ves en el camino son sapos, no ranas. Mira... ahí hay algunos sapos pequeños reunidos en un hoyo.

—A mí me parecen exactamente iguales a las ranas —dijo Rory—. ¡No veo la diferencia!

—¡Oh, Rory! —exclamó Sacolín fingiendo extrañeza—. ¿No te avergüenzas de saber tan poco?

Rory sonrió.

—En absoluto —dijo—. ¡Cuando tengo a alguien como usted que puede explicarme las cosas!

—¡Bien, es fácil demostrarte la diferencia que hay entre un sapo y una rana! —prosiguió Sacolín saliendo al exterior para coger una rana. Ahora la lluvia no caía con tanta fuerza... Luego hizo algo muy extraño. Introdujo un dedo en su boca, hinchó un poco su mejilla produciendo un ruido semejante a un zumbido, e hizo pasar su dedo rápidamente de un lado a otro de su boca.

—Vaya, Sacolín, ¿qué está haciendo...? —comenzó Penny sorprendida, y entonces se detuvo,

ya que «alguien» había oído la extraña llamada, y ese alguien era un sapo grande y viejo. Estaba debajo de una gran piedra llena de musgo precisamente junto a la entrada de la cueva, y se acercó arrastrándose en dirección a Sacolín.

—Es un viejo amigo mío —dijo el hombre sonriendo ante el asombro de los niños—. No os digo lo viejo que es, porque no me creeríais. ¿Verdad, *Bufo*?

Bufo, el sapo, miró a Sacolín con sus ojos de cobre, Penny se arrodilló para mirarlo de cerca.

—¡Sacolín! ¡Qué ojos más bonitos tiene! —exclamó—. Son como gemas... y parece muy inteligente y amable.

—Sí... es un viejo inteligente ese *Bufo* —replicó Sacolín—. Vamos, camarada... sube a mi rodilla.

El sapo se sostuvo sobre sus patas traseras y apoyó las delanteras en la pierna del hombre. Luego fue trepando lentamente hasta su rodilla. Sacolín cogiendo una ramita de brezo acarició el lomo del sapo. Al punto *Bufo* llevó una pata hacia atrás y se rascó en el lugar donde Sacolín le había tocado. Los niños rieron.

—Ahora mirad la diferencia entre esta rana y mi sapo —les dijo «el salvaje»—. Ved el cuerpo liso, brillante y bastante húmedo de la rana, así como su color castaño verdoso... y ahora fijaros en el color terroso del sapo, y su piel seca y rugosa. Es completamente distinto. Mirad también sus patas posteriores... son mucho más cortas que las de la rana. Las patas más largas de la rana le permiten saltar muy alto para asustar a sus enemigos y para escapar con facilidad... pero el sapo sólo salta con dificultad y por lo general se arrastra.

—Bueno, ¿entonces cómo escapa de sus enemigos? —le preguntó Benjy. Sacolín iba a responderle cuando el sapo contestó por él... ya que *Pillina*, la ardilla, de pronto se lanzó sobre el sapo para jugar... y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, lanzó un grito de disgusto frotándose la boca y saltó a un repecho encima de los niños, con la boca abierta mientras escurría por sus comisuras espuma y burbujas.

—¡Oh!, ¿qué le ocurre a *Pillina*? —exclamó Benjy y Sacolín rió.

—¡No te preocupes por ella! —le dijo—. El viejo *Bufo*, el sapo, acaba de enseñarle que no se debe jugar con él de esta manera. En cuanto *Pillina* se ha acercado a él, el sapo le ha enviado una rociada de un líquido de pésimo sabor desde uno de esos granos que tiene detrás... tan horrible que ningún enemigo quiere probarlo por segunda vez, y desde luego mucho menos tragarlo. *Pillina* pronto estará bien.

El sapo estaba acurrucado sobre las rodillas del hombre muy quieto, como si estuviera muerto.

—Es un viejo truco del sapo fingir que es sólo un montón de tierra —dijo Sacolín—. Y ahora..., ¿veis ese moscardón azul? Observad lo que ocurre cuando se detenga cerca de la rana o del sapo.

El moscardón azul volaba de un lado a otro. La rana lo oyó y se puso alerta. El sapo también lo oyó, pero no hizo el menor movimiento. El moscardón se posó en la rodilla de Sacolín. ¡Y al instante... sin hacer el menor ruido, había desaparecido!

—¿Qué le ha ocurrido? —exclamó Sheila—. ¡No le he visto salir volando!

—«Yo» he visto lo que ha ocurrido —dijo su hermano Benjy—. La rana sacó su lengua, agarró con ella al moscardón... y lo introdujo en su boca. Parpadeó y luego se lo tragó. ¿No es cierto,

Sacolín?

—Sí —respondió «el salvaje»—. ¡Tienes una vista rápida, Benjy! La lengua de la rana está sujeta a la parte «delantera» de su boca y no en la de atrás como la nuestra... por eso, cuando llega una mosca, la rana abre la boca alarga su lengua y golpea al insecto con la punta. Ése es el fin de la mosca. ¡Y todo ocurre ton de prisa que parece que la mosca ha desaparecido como por arte de magia!

—¡Ahí viene otra mosca! —exclamó Benjy—. ¡Se está acercando al sapo... oh... ha desaparecido!

Esta vez había sido *Bufo*, el sapo, quien sacó la lengua para cazar la mosca. Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos, tan de prisa que era difícil seguirlo con la vista.

Benjy tocó la espalda de *Bufo*. Al sapo le agradó. Penny hizo lo mismo... con la rana, pero ésta saltó de la rodilla de Sacolín yendo hacia una zona cubierta de hierba mojada todo lo deprisa que pudo.

Sacolín puso al sapo en el suelo.

—Puedes irte a casa, *Bufo* —le dijo y el sapo fue hacia su escondite debajo de la piedra y desapareció.

—Vivió allí todo el verano pasado, durmió allí todo el invierno y ahora pasa aquí este verano, y nunca tiene prisa, nunca se preocupa y sólo croa de cuando en cuando para recordarme que está cerca de mí.

Desde debajo de la piedra se oyó croar. Los niños rieron.

—Ha oído lo que ha dicho —comentó Penny.

—La próxima vez que os acerquéis a un estanque buscad a otro miembro de la familia de las ranas... la lagartija acuática —dijo Sacolín—. Tiene una cola larga, pero por favor no la confundáis con las lagartijas que visteis el otro día. Puede que tengáis la suerte de ver a la gran lagartija crestada que parece un dragón en miniatura debido a la cresta dentada que adorna toda su espalda, y su brillante colorido.

—La buscaremos —le prometió Benjy—. Creo que debemos marcharnos ya, Sacolín. Ya ha dejado de llover y la tormenta ha cesado. Por allí se ve el cielo azul.

El viento había secado casi totalmente el vestido de Penny, pero Sacolín le dijo que era mejor que siguiera tapándose con la manta. Los otros llevaban chaquetas que se quitaron para secarlas, pero Penny había ido sin ninguna. Por eso Penny regresó a su casa envuelta en la manta vieja del «salvaje» sintiéndose una piel roja.

El camino estaba casi limpio de ranas y sapos cuando los niños corrieron de nuevo por él.

—Ya han encontrado un sitio para cada una —dijo Benjy—. Estarán escondidas en algún sitio aguardando a las moscas. Cómo me gustaría tener una lengua que pudiera sacar como la de las ranas.

Durante el camino de regreso estuvieron ensayando la forma de desenroscar la lengua ante el asombro de todos los que encontraban. ¡Tía Bess les detuvo al momento!

—¡Puede que en las ranas no sea de mala educación, pero desde luego lo es en los niños! ¡De manera que basta ya!

CAPÍTULO XIX

EL MURCIÉLAGO

Los días del verano iban transcurriendo dorados y cálidos. A los niños les parecía haber vivido siempre en la Granja del Cerezo. Londres les parecía un lugar envuelto en niebla, casi irreal.

Sus padres lo estaban pasando en grande en América y era de suponer que regresarían a finales de verano.

Los niños se sentían muy felices cuando llegó septiembre con su fruta madura, su tranquilo cielo azul, y el pesado rocío mañanero. Les permitían coger toda la fruta madura que apetecieran, y por eso disfrutaban de lo lindo.

Pero poco a poco Benjy se fue quedando triste y taciturno. Los otros no lo comprendían. ¿Estaría enfermo?

—Ya no se ríe ni le gustan las bromas —dijo Rory—. Yo creo que «debe» estar enfermo.

Pero Benjy no estaba enfermo... sino que pensaba que pronto, muy pronto, los cuatro tendrían que decir adiós a la granja y regresar a la ciudad. Contaba aquellos días preciosos, preguntándose si en Londres podría tener a *Pillina*. Contemplaba las vacas solemnes que tan bien conocía, los patos graznadores y los caballos pardos con sus cascos enlodados, y sentía un dolor intenso en su interior.

Tía Bess estaba realmente preocupada por Benjy... y pensaba que debía añorar su casa de Londres y a sus padres, de manera que siempre le hablaba con animación de Londres y de que no iba a tardar mucho en volver allí, y cosas por el estilo... ¡todo lo cual hacía que Benjy se sintiera cien veces peor, naturalmente!

Y un día, tía Bess recibió una carta de América durante el desayuno, que leyó con aire sorprendido.

—¿Es de papá y mamá? —preguntó Rory.

—Sí —replicó tía Bess—. Y me temo que vais a quedar muy desilusionados por la noticia... ¡no van a regresar hasta Navidad!

—¡Oh! —dijo Penny a punto de llorar—. Oh, yo creía que iban a volver muy pronto.

Rory frunció el ceño.

—Yo creo que ya podían regresar este mes, como dijeron —declaró.

—Hace mucho tiempo que no estamos con ellos —suspiró Sheila.

Benjy no dijo nada y tía Bess se preguntó qué estaría pensando.

—Pobre Benjy —le dijo—. Temo que haya sido una gran desilusión para ti. Ahora no puedes regresar a Londres como sé que deseabas.

Benjy miró a su tía como si no pudiera dar crédito a sus oídos.

—¡No podemos volver a Londres! —exclamó—. ¿Entonces vamos a quedarnos en la Granja del Cerezo?

—Me temo que sí —repuso tía Bess—. A mí me encanta teneros, pero sé que tú...

Lo que iba a decir nadie lo supo jamás, porque Benjy de pronto, se volvió loco. Saltó de un brinco de la mesa derramando la sal y la pimienta, y comenzó a dar vueltas como un piel roja en

su danza de guerra. Gritaba y cantaba mientras todos le miraban estupefactos.

—¡De manera que «no querías» regresar! —exclamó tía Bess sorprendida—. ¡Y todo este tiempo he estado pensando que estabas tan quieto y triste porque querías volver a tu casa!

—¡Oh, tía Bess, no, no, no! —gritaba Benjy—. Estás completamente equivocada. Yo nunca, nunca cambiaría la Granja del Cerezo por Londres. ¡Oh, oh, pensar que ahora estaremos aquí hasta Navidad! ¡Estupendo! ¡Qué maravilla! ¡Qué...!

Todos comenzaron a reír, ya que Benjy estaba muy gracioso dando saltos alrededor de la mesa del desayuno. *Pillina*, la ardilla, estaba asustada y corrió a lo alto de una cortina, donde se quedó chillando y golpeando con su pata.

—Bueno, ahora será mejor que te calmes y termines tu desayuno, Benjy —le dijo tío Tim que estaba tan divertido y satisfecho como tía Bess—. ¿Y qué hay de sus estudios, tía Bess? No pueden perder otro curso.

—Tengo que hablar con el vicario para que les dé clase —dijo tía Bess mirando la carta—. Ya sabes, tiene ya cinco discípulos y nuestros cuatro pueden unirse a ellos. Les gustará caminar por los campos cada día hasta allí... ¿no es cierto, niños?

—¡Oh, sí! —exclamaron todos incapaces de creer las buenas noticias. Clase en la hermosa y antigua vicaría... todo el otoño en la Granja del Cerezo... era demasiado bueno para ser verdad. Lo único malo era que no verían a sus padres en mucho tiempo. ¡No obstante aguardarían con ansia la Navidad!

—Debemos ir a darle la buena noticia a Sacolín en cuanto podamos —dijo Benjy al concluir el desayuno—. Iremos esta noche. Dijo que hoy pasaría el día entero más allá de la colina.

De manera que aquella tarde, cuando el sol enviaba sus amarillentos rayos oblicuos sobre los campos y los árboles proyectaban sombras alargadas, los cuatro niños y *Pillina* emprendieron la marcha hacia la casa-árbol de Sacolín. Se llevaron la cena consigo... grandes botellas de leche cremosa, y rebanadas de pan recién hecho y queso tierno para comer con él. También llevaron para «el salvaje» a quien le encantaban el queso y la leche.

Sacolín estaba sentado ante su casa contemplando los peces que saltaban en el agua. Sonrió a los niños viendo en seguida que había novedades.

—¡Sacolín... nos quedamos hasta Navidad! ¿Qué le parece? —le dijo Benjy sonriendo—. Iremos a dar clase con el vicario... no nos enviarán a la escuela. ¿No se alegra?

—Mucho —replicó Sacolín—. ¡Así también tendréis tiempo de dar algunas clases más «conmigo»!

—¿Clases con usted? —exclamó Penny sorprendida—. ¿Qué clase de lecciones vamos a dar?

—Las mismas que os he dado hasta ahora —replicó Sacolín—. ¡Enseñándoos a ser amigos de los pequeños animalitos del bosque! Hay muchos que todavía no conoces, Penny.

—¡Pero si no es posible! —exclamó Penny—. Vaya, si conocemos a las ardillas y las serpientes, los topos y los castores, los ratones de agua, el gusano lento y...

—Bueno, aquí viene uno que todavía no conocéis —dijo Sacolín, mientras un pequeño murciélago volaba cerca de Sheila casi rozándola, y la niña gritó:

—¡Oh, ah! ¡Un murciélago! ¡Haga que se vaya en seguida!

El murciélago volvió revoloteando junto a Sheila con sus extrañas alas. Sheila volvió a gritar

apartándolo con la mano.

—¡Sacolín! ¡No se quede ahí sentado! ¡Haga que se marche! ¡Se enredará con mis cabellos! Sacolín parecía enfadado, y no se movió.

—Cuando gritas así por nada siento deseos de darte una buena bofetada, Sheila —le dijo—. ¡Cállate!

Sheila se sorprendió mucho y dejó de chillar muy avergonzada. Enrojeció tratando de no mirar a Sacolín.

—Lo siento —dijo.

—¡Eso creo! —replicó Sacolín—. Y ahora, ¿quieres hacer el favor de decirme exactamente por qué te comportas así, gritando y desgañitándote por una diminuta criatura que no es capaz de picar ni de morder?

—Pues... me dan miedo los murciélagos, Sacolín —dijo Sheila.

—¿Por qué? —quiso saber «el salvaje».

—Porque... —comenzó Sheila y luego se detuvo a pensar. En realidad ignoraba por qué les temía—. Pues, verá... —continuó—. He visto a la gente huir de los murciélagos, y he oído decir que se enredan en los cabellos.

—Pues no se enredará en tus cabellos y son completamente inofensivos —dijo Sacolín—. Por favor, no vuelvas a comportarte así, Sheila. No es de extrañar que los animales y los pájaros no hagan migas contigo. Todos los animales advierten cuando alguien les teme... y mira lo que han hecho tus gritos con *Pillina*. ¡Está realmente asustada!

La ardilla estaba sentada en lo alto de la casa temblando. Benjy se levantó para cogerla y el pobre animalito se acurrucó entre sus brazos escondiendo sus patas dentro de la camisa del niño.

—Demostraremos a Sheila lo extraordinario que es realmente un murciélago —dijo Sacolín poniéndose en pie—. Si ve uno de cerca tal vez no se asuste tanto. ¡Son una maravilla!

—¿Puede hacer que vengan a usted? —preguntó Benjy extrañado.

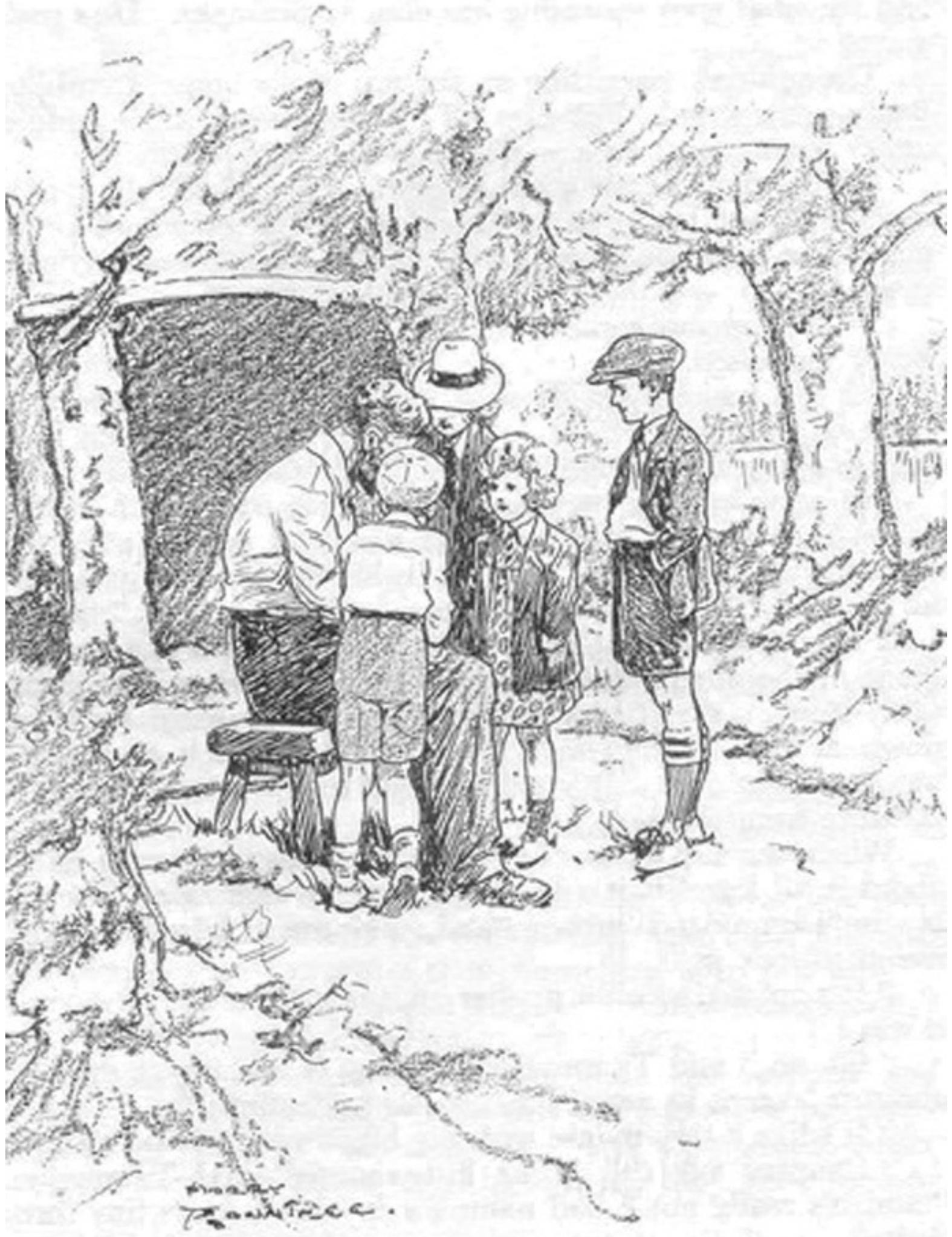
—Puedo hacer que vuelen cerca de mí, pero no que se posen en mi mano estando vosotros aquí —repuso «el salvaje»—. Voy a buscar mi red... con ella puedo coger uno con facilidad.

Entró en la casa-árbol saliendo con una especie de cazamariposas. De pie ante la puerta lanzó algunos gritos guturales mientras Benjy aguzaba los oídos.

—He oído chillar así a los murciélagos —exclamó. Ninguno de los otros pudo oír cómo le contestaban. Sólo el agudo oído de Benjy los captó. Acudieron revoloteando alrededor de la cabeza de Sacolín. Con un rápido movimiento de su red atrapó uno y se sentó para sacar a la atemorizada criatura de la red.

Siempre que cualquier animal sentía el contacto de las manos fuertes y cariñosas de Sacolín olvidaba todo temor y quedaba tranquilo y a salvo.

El murciélago quedó sobre la mano del «salvaje» y los niños le rodearon para mirarlo.



MADE BY
FRANKLIN C. C.

—Después de todo no es ningún pájaro —observó Penny—. ¡Yo creía que lo era!

—¡Oh, no!! —dijo Sacolín—. En él no hay nada de pájaro, excepto su vida aérea. No tiene plumas.

—Es como un ratón pequeño con alas negras —comentó Benjy.

—La gente del campo le llama «rata pinada» —dijo Sacolín—, y la verdad es que no le va mal el nombre. Mirad su cuerpo cubierto de pelaje.

—¡Y mirad qué alas tan grandes! —exclamó Sheila—. ¿De qué están hechas si no son de plumas, Sacolín?

Sacolín extendió con suavidad las extrañas alas del murciélago.

—Mirad —les dijo—. ¿Veis qué largos tiene los dedos el murciélago? Eso es lo que sujeta el ala, que es sencillamente una amplia membrana de piel que se extiende sobre los huesos de los dedos y se une al cuerpo del murciélago. ¡El murciélago vuela con sus dedos sobre los que ha crecido esta piel!

—¡Qué raro! —dijo Benjy que al igual que los otros jamás habían visto de cerca un murciélago hasta entonces—. ¿Qué es esa cosa pequeña en forma de gancho que tiene en la punta de las alas, Sacolín?

—Ése es el pulgar del murciélago, uno en cada ala —repuso Sacolín—. Ese pequeño gancho, con el cual el murciélago puede colgarse de cualquier superficie, es todo lo que queda de su pulgar... pero le resulta muy útil.

—¡Bueno, jamás pensé que una cosa tan rara pudiera estar hecha con dedos y un pulgar! —exclamó Sheila que no estaba nada asustada ahora que podía ver de cerca al murciélago—. Mirad... hay una pequeña bolsa entre las piernas y la cola, Sacolín. ¿Para qué es?

—Ahí es donde el murciélago pone los escarabajos y las moscas que caza —explicó Sacolín—. ¡Es su bolsillo! Observa a los murciélagos que vuelan sobre nuestras cabezas, Sheila... cuando de pronto descienden es porque cazan un insecto y lo guardan en su bolsillo.

Los cuatro niños observaron.

—Yo creo que casi vuelan mejor que los pájaros —dijo Benjy—. ¡Ese murciélago se ha detenido en mitad del aire... está completamente parado! Jamás he visto hacer eso a un pájaro.

—Cierto que vuelan maravillosamente bien —contestó Sacolín—. ¿Veis qué cerca vuelan de los árboles y sin embargo, jamás los tocan? Tienen un maravilloso sentido de la proximidad de las cosas.

Sacolín libertó al pequeño murciélago que había cogido, y que voló a reunirse con los otros.

—Ése era un murciélago común —comentó Sacolín—. Hay muchísimas especies, pero a menos que las cacemos para examinarlos de cerca, es difícil distinguirlos con esta luz.

—Nunca he visto murciélagos en invierno —observó Benjy—. Entonces duermen, ¿verdad?

—Sí —fue la respuesta de Sacolín—. En otoño se ponen bonitos y gordos y se esconden en alguna cueva, hueco de un árbol o un viejo cobertizo. ¿Conocéis aquel cobertizo destartado que hay al final del campo largo en la Granja del Cerezo? Bien, cientos de murciélagos duermen allí, no sólo durante el invierno sino también ahora durante el día.

—¡Iré a verlos! —exclamó Benjy satisfecho.

—¡Bueno, no te quedarás mucho tiempo! —le dijo Sacolín sin decirle el porqué.

Cenaron ante la casa-árbol a la luz de aquel crepúsculo de septiembre. A Sacolín le encantó el pan, el queso y la cremosa leche, y les dio a los niños una cesta llena de fresas silvestres. Estaban deliciosas.

—Las he cogido para vosotros —les dijo el hombre—. Esperaba que vinierais esta noche.

Cuando aparecieron las primeras estrellas, Sacolín les dijo que debían marcharse, así que se despidieron y emprendieron el regreso a casa en la creciente oscuridad.

—Al pasar miraré dentro del viejo cobertizo —dijo Benjy. De manera que al llegar allí entraron todos... ¡pero como bien dijo Sacolín, no se quedaron mucho tiempo!

—¡Puaf! ¡Qué olor! —exclamó Benjy tapándose la nariz—. Bien, si los lugares donde duermen los murciélagos huelen así jamás querré pasar un invierno con «ellos».

Los murciélagos volaban alrededor de su cabeza como si se rieran de Benjy... y esta vez ni siquiera Sheila tuvo miedo. Había aprendido su lección y no volvería jamás a hacer la tontería de gritar.

CAPÍTULO XX

EL ANIMALITO DE PENNY

Había una cosa que Penny deseaba con todas sus fuerzas... y era tener un animalito de su propiedad. Le encantaba *Pillina*, la ardilla, que ahora crecía muy aprisa y era la mimada de toda la familia, aunque era Benjy quien cuidaba de ella. Quería a *Sombra*, el perro, y al gran gato que estaba junto al fuego. También le gustaban los gatos del establo, aunque eran medio salvajes y no consentían que se les tocara.

—Pero ninguno de ellos «me pertenece» —pensaba Penny—. Quiero algo que sea mío... y me gustaría un animal salvaje como tiene Benjy.

Se preguntaba si podría encontrar un tejón pequeño, o un cachorro de zorra, pero tío Tim dio con el pie en el suelo al oírlo.

—¡Un cachorro de zorra! —exclamó con disgusto—. ¿Y después qué? Todo va muy bien mientras son cachorros... entonces son hermosos y juguetones... ¡pero crecen, Penny, crecen! ¿Y qué ibas a hacer con una zorra amaestrada, digo yo? ¿Llevarla con un collar y una cadena como un perro?

—¡Oh, «no»! —dijo Penny—. La amaestraría y luego la soltaría, tío Tim.

—¿Y sabes lo que haría? —repuso su tío—. ¡Comerse todas las gallinas y patos de tu tía! También iría a las granjas vecinas a comerse las gallinas y los patos. Sería el mayor estorbo del mundo y tendrían que matarla a tiros.

—Oh, entonces no quiero una zorra domesticada —dijo Penny—. No había pensado en lo de comerse las gallinas. Te prometo que no tendré ningún cachorro de zorra, tío.

Y entonces Penny encontró un animalito del modo más inesperado. ¿Qué imagináis que era? ¡Un erizo!

Una mañana Penny se levantó temprano y fue junto a la pista de tenis para coger ciruelas maduras. Al correr a un lado de la pista de tenis vio algo que parecía un montoncito de tierra enrollado. Se acercó... y con sorpresa descubrió que era un erizo que había quedado atrapado en la red de forma que no podía escapar. Se había enroscado fuertemente como si estuviera muerto y permanecía completamente inmóvil.

—¡Oh, pobrecillo! ¡Oh, de prisa, venid a ayudarme! —gritaba Penny—. ¡Benjy, Benjy!, ¿dónde estás?

Pero nadie acudía. De modo que Penny fue al cobertizo en busca de unas tijeras grandes de jardín y estuvo forcejeando entreabriendo las mallas de la red hasta que pudo libertar al erizo. No obstante él no se movió.

Penny quiso cogerlo, pero pinchaba mucho. Era como una bola de pinchos, y la niña tuvo que poner al extraño animal en su delantal para poder llevarlo.

Entonces observó que del erizo saltaban pulgas y lo dejó caer con espanto. Benjy llegaba corriendo en aquel momento y quedó muy sorprendido al ver al erizo.

—No tienes que preocuparte por las pulgas —le dijo—. Son de una especie que no «nos» picarán. Pero aguarda un momento... Voy a rociar al erizo con el polvo insecticida que tía Bess

usa para *Sombra*. ¡Eso limpiará bien al erizo!

Fue a buscar el insecticida y espolvoreó con él al erizo. Las pulgas saltaron horrorizadas y murieron. El erizo no pudo soportar el olor de aquellos polvos y se desenroscó de pronto.

—¡Oh! —exclamó Penny—. ¡Mírale! ¡Se ha desenroscado! ¿Verdad que tiene una carita muy mona... y esos ojos tan brillante...? Me gusta. Mira, ahora corre... ¿Verdad que va de prisa? ¡Benjy, será para mí!

—¡Cielos! ¡Qué animalito más raro! —dijo Benjy con una sonrisa—. Tendrás que ponerte armadura cada vez que quieras acunarlo, Penny, iré a traerte un poco de pan y leche. He oído decir que les gusta a los erizos. Vigila que no se vaya muy lejos.

Más antes de que Benjy volviese, Penny tuvo que meter al erizo en un gallinero porque se iba demasiado lejos y tenía miedo de que se perdiera. Y allí estaba, sentado en el gallinero y mirando a Penny con sus ojos brillantes.

Le encantó el pan y la leche y casi se puso de puntillas para alcanzarlos. Los niños le observaban encantados.

—Esta mañana se lo llevaré a Sacolín —dijo la niña—. Le gustará ver mi nueva propiedad. Vamos a decírselo a tía Bess.

Tía Bess se rió al oír lo del erizo.

—Son unos animalitos muy útiles en un jardín —dijo—. Se comen toda clase de insectos, pulgones y caracoles. Una vez tuve una plaga de cucarachas en la bodega... y vuestro tío me trajo un erizo y le dejamos allí. ¡Bien, en una semana ya no quedaba ni una cucaracha!

—Creo que será un animalito muy simpático —dijo Penny—. Cada día le daré leche y pan.

Pero a la pobre Penny le aguardaba una gran desilusión... ¡ya que cuando fue a sacar a su erizo del gallinero para enseñárselo a Sacolín, había desaparecido!

El gallinero estaba completamente vacío. La niña estuvo mirando por entre los barrotes presa de desilusión.

—¿Alguien ha dejado escapar a mi erizo? —preguntó. Pero nadie había sido. Era un misterio, y su tío Tim se lo aclaró.

—Ha podido salir fácilmente entre los barrotes, Penny —dijo su tío—. ¡Lo único que ha tenido que hacer es replegar sus pinchos y escurrirse! Me temo que lo has perdido. ¡No te importe!

Pero a Penny sí le importaba, y aunque no dijo nada se fue al oscuro establo de las vacas y estuvo llorando a solas. Luego decidió ir a ver a Sacolín y contárselo. De manera que se fue sola a la casa-árbol... pero encontró «al salvaje» mucho antes de llegar allí. Se hallaba sentado junto al arroyo contemplando unas gallináceas.

—¡Hola, Penny! —le dijo—. ¡Has estado llorando! ¿Qué te ocurre?

—Es por mi erizo —repuso Penny sentándose junto al «salvaje»—. Quería quedármelo para domesticarlo... y ahora se ha ido.

Sacolín escuchó toda la historia, y no parecía sorprenderse lo más mínimo al saber que el erizo había desaparecido.

—Sabes, Penny, es bastante difícil domesticar a un erizo adulto —le dijo—. Debes empezar por uno pequeño... entonces puedes enseñarle a conocerte y a no escapar.

—¿Pero cómo voy a encontrar uno pequeño? —preguntó Penny.

—Oh, yo puedo conseguirte uno —le replicó «el salvaje»—. Vamos... veremos si encontramos uno chiquitín para llevarte a casa.

Penny echó a andar junto a Sacolín muy consolada. Nunca se sabía lo que iba a decir o a hacer... ¡Era el hombre más emocionante del mundo!

Sacolín condujo a Penny a un campo y luego hasta una orilla inclinada poblada de arbustos y zarzas. Sacolín empujó hacia atrás algunas zarzas y Penny pudo ver un pequeño agujero parcialmente oculto por musgo verde.

Sacolín, quitando el musgo, lanzó un ligero gruñido. Al instante asomó una nariz áspera, y Penny vio los ojos brillantes de un erizo que la miraban a ella y a Sacolín.

—Ésta es una mamá erizo —le explicó Sacolín—. En este agujero tiene cinco pequeños. Tienen sólo un mes, o tal vez un poco más. Ha construido una casa cómoda para ellos en este antiguo avispero. Ha metido musgo y hojas en el agujero con su boca, y su pequeña familia vive feliz aquí. Pronto los sacará por la noche para enseñarles cómo cazar escarabajos y orugas... y tal vez para mordisquear algunos hongos de los que ahora van surgiendo por todas partes.

Sacolín introdujo la mano en el agujero y tanteó. ¡Al sacarla de nuevo Penny vio en ella un erizo pequeñísimo!

—¡Oh, sus pinchos son suaves y pálidos! —exclamó Penny.

—Sí —replicó el hombre—. Gradualmente se oscurecen y van fortaleciendo, pero el erizo tendrá que esperar muchos meses antes de poder erizar sus pinchos para protegerse con ellos. ¿Y ahora, Penny...? ¿Te gustaría quedarte con este erizo chiquitín? Pronto te conocerá y se quedará en el jardín o en algún lugar cercano cuando crezca.

—Oh, me encantaría —exclamó Penny—. Sé que los otros se reirán de mí por tener un bebé tan lleno de pinchos, pero será «mío». ¿Qué he de darle de comer?

—Leche —dijo Sacolín poniendo el animalito en las manos de la niña—. Dile a Rory que te preste el depósito de su pluma estilográfica. Llénalo de leche introdúcelo en la boca del erizo. Cuando crezca un poco se alimentará solo poniéndole pan y leche en un tazón. Y luego cazará por el Jardín escarabajos y babosas.

—¿Duerme durante el invierno? —preguntó Penny sosteniendo al erizo con todo cuidado.

—¡Oh, sí! —dijo Sacolín—. Le gusta un agujero semejante al de donde lo sacamos... pero puedes prepararle un sitio para dormir en una caja forrada de hojas secas y musgo. En ella dormirá hasta la primavera. ¿Cómo le llamarás?

—*Pinchito* —replicó Penny al punto—. Ahora voy a llevarle a casa, Sacolín, para darle un poco de leche. Muchísimas gracias por dármelo. Le cuidaré mucho y haré que sea tan feliz como *Pillina*, la ardilla.

Se marchó con su erizo... y los otros sintieron cierta envidia al conocer la historia de Penny. Rory fue en seguida a buscar el depósito de su estilográfica, que Penny llenó de leche. Luego lo metió en la boca del animalito, que al principio se atragantó un poco, pero le gustó mucho la leche. Luego Benjy fue en busca de una especie de jaula para acomodarle, y Rory y Sheila buscaron piedras pequeñas y musgo.

Su casa pronto estuvo dispuesta... y los niños quedaron muy complacidos al ver que el animalito se enroscaba sobre el musgo y dormía plácidamente.

—Parece que no echa de menos a su madre —comentó Sheila—. Bien, Penny... ya tienes lo que querías... un animalito de tu propiedad, aunque yo creo que es bastante raro. ¡Espero que nunca me pidas que le acune por ti!

CAPÍTULO XXI

LA LUCHA DE LOS CIERVOS

A últimos de septiembre, los niños comenzaron a estudiar de nuevo. Caminaban campo a través hasta la vicaría disfrutando del apacible paisaje otoñal. Les gustaban sus clases en el tranquilo estudio del viejo vicario, quien, con sus cuatro o cinco discípulos, se alegró de enseñar también a los cuatro niños de la granja.

Ahora no podían ver a Sacolín tan a menudo ya que tenían que hacer sus deberes. Una tarde que iban camino de la granja a merendar, le vieron y le llamaron.

—¡Sacolín! ¡Espérenos! ¡Queremos decirle algo!

Sacolín se detuvo y corrieron hacia él.

—¡Sacolín! ¡Esta semana hemos encontrado multitud de pequeños animalitos muertos en los campos! —exclamó Benjy—. Tienen la nariz muy larga. ¿Qué son?

—¿Os referís a unos animalitos como ese que está en la orilla? —les preguntó «el salvaje». Los niños miraron... y allí, en la orilla, yacía un animalito muerto bastante parecido a un ratón con un hocico largo.

—Sí —contestó Benjy—. ¿Qué es?

—Es uno de nuestros animales más pequeños —dijo el hombre cogiéndolo—. Es un pequeño musgaño. Se le conoce siempre por su largo hocico movable. Ahora estaros quietos un momento. Creo que he visto uno que se movía por ahí.

No se movieron... y un diminuto musgaño salió de su escondite moviendo su hocico flexible. Era muy bonito y al parecer no reparó en los niños y Sacolín.

—Son cortos de vista —dijo el hombre en voz baja—. Mirad cómo éste busca una oruga o un escarabajo. ¡Siempre tienen hambre!

—¿Por qué hay tantos muertos este otoño? —quiso saber Benjy—. No me gusta verlos muertos.

—Sólo viven catorce o quince meses —dijo Sacolín—. Tienen una vida corta feliz y atareada, y luego, antes de que el crudo invierno les visite por segunda vez, se echan al suelo y mueren.

—Sacolín, ayer por la noche vi un lirón —dijo Penny—. ¡Estaba en uno de los campos de tío Tim!

—¡Oh, eso me recuerda... que debéis conocer a un nuevo amigo mío! —exclamó Sacolín meneándose de forma un tanto extraña, hasta que un lirón de ojos brillantes apareció por una de sus mangas. ¡Era un rechoncho lirón!

Los niños estaban emocionados. ¡La verdad es que nunca se sabía lo que «el salvaje» iba a hacer a continuación! Benjy acarició al pequeño lirón.

—¿Verdad que está gordo? —dijo.

—Sí... como la mayoría de los que duermen durante el invierno, al lirón le gusta engordar antes de hacer su siesta —observó Sacolín—. Me figuro que el que viste en la granja de tu tío estaría buscando un lugar cálido para el invierno, Penny.

Sacolín sacó una avellana de su bolsillo y la cascó. No estaba madura del todo, pero el

pequeño lirón cogió la parte blanda, comiéndola con delirio. Luego volvió a introducirse en la manga de Sacolín, donde desapareció.

—¿Dónde está? —preguntó Penny palpando el brazo del «salvaje» hasta encontrar el lugar donde se había acurrucado el lirón—. Yo también quisiera tener un lirón durmiendo en mi manga —dijo—. Sacolín, mi pequeño erizo va creciendo. ¡Tiene muchos pinchos y ahora bebe tanta leche!

—Bien —observó Sacolín—. Bueno, tal vez vuelva a veros pronto. No vengáis el sábado porque voy a ir más allá de las colinas a ver al ciervo rojo.

—¡El ciervo rojo! —exclamó Benjy—. Yo también quisiera verlos. Sabía que los hay, porque tío Tim me dijo que una vez le estropearon todo un campo de nabos. Vinieron por la noche y se los comieron.

—Es muy probable —replicó Sacolín—. Bueno, si queréis venir conmigo estad en el pretil a las nueve en punto. Es una buena excursión, de manera que llevaos la comida.

Todos los niños querían ir. Jamás habían visto un ciervo excepto en el zoológico, y decidieron pedir a su tía Bess que les preparara la comida para encontrarse con Sacolín el sábado sin falta.

Hacia un maravilloso día de octubre cuando los niños se sentaron en el pretil para esperar a Sacolín. Desde que le vieron había llovido todos los días, pero ahora había aclarado y el sol brillaba casi con tanta fuerza como en verano. Algunos árboles habían tomado color y resaltaban con brillantez bajo el sol de otoño.

—El sol siempre parece más amarillo en otoño que en verano —comentó Sheila—. ¡Mirad, fijaos qué moras más enormes! Cojamos algunas mientras esperamos.

Estaban tan ocupados comiendo las jugosas moras que no oyeron a Sacolín hasta que estuvo justamente detrás de ellos.

—¡Así que habéis venido! —exclamó—. ¡Bien! ¡Hoy vamos a divertirnos mucho! ¡Los ciervos rojos tienen ya sus maravillosas hasta y tal vez veamos cómo las utilizan como armas! ¡Es la época del año en que los ciervos rojos luchan por la jerarquía!

—¡Caramba! ¡Qué emocionante! —exclamó Rory—. ¡Adelante, hay que apresurarse!

Sacolín les condujo hasta lo alto de la colina y luego atravesaron un gran espacio llano. Luego llegaron a otra cadena de colinas cubiertas de brezos. Penny estaba sin aliento al llegar a la cima, ya que sus piernas no eran tan largas como las de los demás, y se sentaron a descansar. La campiña se extendía a sus pies, verde y dorada, cambiando hasta el azul púrpura en la distancia.

—¿Veis esa hondonada en esos páramos? —dijo «el salvaje» señalando una zona de páramos agreste—. Bien, creo que hoy encontraremos allí a nuestro ciervo.

Tan pronto hubo concluido de hablar llegó hasta ellos un extraño sonido en alas del viento. Era como un fuerte bramido que resonó por todas partes.

—¿Qué es eso? —preguntó Penny sobresaltada.

—Ése es un ciervo que lanza su reto a todos los demás —explicó Sacolín—. Vamos. Sé que hay dos o tres ciervos por aquí, así como muchas ciervas, que como sabéis son las madres de los ciervos. Si nos damos prisa llegaremos a tiempo de ver luchar a dos ciervos.

Otro bramido llegó desde el páramo mientras los niños seguían «al salvaje», y luego otro, y otro.

—¡Mirad! —gritó Benjy—. ¡Ahí va un ciervo!

Todos miraron... y allí, en lo alto de una pequeña colina, se erguía un magnífico ciervo rojo, con sus grandes astas sobre su cabeza orgullosa. Mientras los niños le miraban lanzó su bramido de guerra.

—¡Oh! —exclamó Rory—. ¡Es un animal espléndido!

—¿Nos hará daño? —preguntó Penny bastante preocupada.

—Bueno, desde luego no nos acercaremos demasiado a él —dijo el hombre—. ¡Ah, mirad... ahí viene otro ciervo a desafiarle!

Un segundo ciervo subía lentamente la colina. Echando hacia atrás sus astas lanzó un grito. El primer ciervo pateó la tierra excitado... ¡y luego corrió derecho hacia el enemigo! Los dos bajaron sus cabezas y se oyó un fuerte chasquido cuando sus dos cornamentas se entrecruzaron.



—¡Se han enredado sus astas! —dijo Rory excitado.

Y así era. Los dos ciervos empujaban y tiraban, pateaban y forcejeaban, y al fin las astas se libertaron. Pero no por mucho tiempo... una vez más los ciervos corrieron el uno hacia el otro y sus astas se enlazaron.

—¡Me pregunto si no se romperán! —dijo Sheila—. ¿Por qué luchan, Sacolín?

—Luchan para ver quién de los dos es el más fuerte y quién ha de ser el jefe del rebaño —explicó Sacolín—. Sólo los más fuertes guardan a las hembras. Esos dos ciervos son jóvenes y fuertes y ambos quieren ser el jefe.

—¡Mirad! ¿Ésas de ahí son las hembras? —exclamó Benjy señalando una colina cercana donde un grupo de ciervas contemplaba la fiera batalla. No tenían astas y eran bastante más pequeñas que los ciervos.

—Sí —repuso Sacolín—. ¡Ah, mirad... un ciervo está ganando! ¡Empuja al otro colina abajo! ¡Es el más fuerte de los dos!

Durante un rato los dos ciervos forcejearon jadeantes, pero poco a poco el más débil fue cediendo y cuando tuvo oportunidad, salió huyendo. El ciervo victorioso lanzó un bramido agudo, regresando hacia la manada. ¡Era el rey de aquella temporada!

—Ojalá pudiera ver esas hermosas astas del ciervo desde más cerca —dijo Benjy—. Parece que lleve un árbol en la cabeza. ¿Tardan años y años en hacerse tan grandes, Sacolín?

—No —replicó el hombre—. Por lo general tardan en crecerle unas diez semanas.

—¡Diez semanas! —exclamó el niño sorprendido—. ¡No, Sacolín, usted bromea... esas enormes astas deben haberle tardado diez años en crecer!

—Las astas del ciervo son algo maravilloso —prosiguió Sacolín—. Cada año las tira y le vuelven a crecer... y cada año le salen un poco más grandes para demostrar que es más viejo.

—¿Entonces ese ciervo que ha ganado la batalla tendrá nuevas astas esta primavera? —preguntó Rory.

—Sí —dijo Sacolín—. Si le hubieses visto esta primavera pasada hubieras advertido dos muñones muy salientes. De esos muñones comienzan a crecer las astas... tan de prisa como los brezos crecen en el bosque. Luego las astas echan ramas... y luego más... y cuando han transcurrido diez semanas tienen en su cabeza esas grandes astas que veis ahora. Al principio sus astas están cubiertas de una especie de piel musgosa que se llama «terciopelo»... pero cuando las astas han crecido del todo, el ciervo quita ese terciopelo frotándose contra los troncos de los árboles. Lo he visto a menudo holgando allí durante el verano.

—Bueno, ¡las vacas no tiran sus cuernos cada primavera! —dijo Rory—. Me gustaría que lo hicieran. ¡Tendría una hermosa colección de ellos!

—Yo creo que a los ciervos deben estorbarles mucho las astas cuando corren por el bosque —observó Sheila—. Deben engancharse en las ramas de los árboles.

—Pues no se enganchan —dijo Sacolín—. Los ciervos echan la cabeza hacia atrás para que sus astas queden sobre su espalda... y no se enganchan en los árboles... ¡en realidad, las astas les evitan más de un coscorrón!

—¿Y dónde dejan sus cuernos cuando se los quitan? —preguntó.

—¿Os gustaría ver si encontramos algunos? —les preguntó Sacolín—. Bien, vamos. Los

ciervos siempre se sienten enfermos y débiles cuando van a perder sus astas y a menudo van a yacer a una cueva. Conozco una cerca de aquí donde un año encontré un par de astas. Iremos a ver si ahora hay alguna.

De manera que se encaminaron a una colina cercana donde había una cueva estrecha. Al final se ensanchaba formando una amplia cámara que olía a murciélago. Rory llevaba una linterna y la encendió, lanzando en seguida un grito.

—¡Aquí hay una! ¡Mirad! ¡Qué asta más bonita! La sacó al sol para examinarla. Era un asta magnífica y perfecta.

—Es la cornamenta de un ciervo adulto —dijo «el salvaje» al verla—. Contad las puntas... yo diría que hay cerca de cuarenta.

—¿Puedo quedármela? —preguntó Rory, excitado—. ¡Caramba... qué van a decir los niños de Londres cuando vean esto!

—¡Ojalá tuviera una yo también! —dijo Sheila cogiendo la linterna de Rory. Corrió al fondo de la cueva tratando de no aspirar el olor acre de los murciélagos. Fue iluminando los rincones con la linterna... y con gran alegría vio un asta caída en uno de ellos. Cogiéndola salió al exterior.

—¡Aquí está la pareja de tu asta! —exclamó—. ¡Mira!

—¡Oh, dámela a mí... así tendré dos! —gritó Rory arrebatándosela. Sheila lanzó un chillido.

—¡No, Rory! Es mía. ¡La he encontrado yo y la quiero!

—Pero esto es un par. ¡Yo he de quedarme con las dos! —insistía Rory—. ¿No es verdad, Sacolín?

—Desde luego sería bonito tener un par de astas completo —dijo «el salvaje» en un tono de voz algo seco... Pero esto no es un par. Sino dos sueltas.

—¿Cómo lo sabe? —dijo Rory, pero casi en seguida vio lo que Sacolín había querido decir. El asta que Sheila había encontrado no era tan grande ni tenía tantas ramas. Desde luego no podía haber sido usada por el mismo ciervo que llevara el asta de Rory.

—Esta asta es de un ciervo de cuatro años —dijo Sacolín—. No tiene la rama de los cinco años. Bueno, puedes quedártela, Sheila. No es la pareja de la de Rory.

Sheila estaba emocionada y se puso a bailar con el asta bajo el brazo.

—Benjy tiene una ardilla, Penny un erizo y Rory y yo las astas. Ahora todos tenemos alguna cosa.

Pillina, la ardilla, comenzó a chillar y quiso meterse dentro de la bolsa de la comida que llevaba Benjy, que se echó a reír.

—¡*Pillina* dice que ya es la hora de comer! —dijo—. ¿Dónde comemos?

—Conozco un lugar donde hay muchos pájaros y ratones campestres —dijo Sacolín—. Vayamos allí. Será divertido comer y observarles al mismo tiempo.

—Vamos entonces —exclamó Rory—. ¡Tengo tanta hambre que me comería todo lo que hemos traído!

CAPÍTULO XXII

UNA REPRESENTACIÓN CURIOSA

No tardaron mucho en encontrarse sentados en una orilla cubierta de hierba y resguardada por grupos de arbustos de aulaga y zarzas. ¡A Penny se le hizo la boca agua al ver los racimos de moras maduras en las zarzas y decidió ir a comerlas!

Fue una comida espléndida. Tía Bess había hecho bocadillos de jamón con mostaza, y les puso unos tomates muy jugosos para comer enteros. Rebanadas de pastel de pasas y también ciruelas dulces como la miel. ¡*Pillina* hizo tanto ruido al comerse el tomate!

—¡Tendré que enseñarte buenos modales, *Pillina*! —le dijo Benjy.

—Había muchos pájaros como dijera «el salvaje». Un petirrojo se posó a sus pies y varios pinzones volaban chillando: «Pink-pink». Un mirlo les miró con su ojo brillante y algunos tordos cantaron una canción desde los árboles cercanos.

También había ratones de campo que corrían de un lado a otro e incluso un conejo atrevido que salió de su madriguera para mirar a los niños. Un ratoncito corrió bajo un seto y otro se asomó por entre una mato de hierba. Era divertido comer rodeado de tantos animalitos.

—Me pregunto qué habrá en ese montón de ramitas de allí —dijo Rory mientras comía su pastel de ciruela—. Estoy seguro de que hay algo. Ahora mismo me ha parecido ver un par de ojos que miraban.

—Iré a ver —se ofreció Sheila, que había acabado de comer, y levantándose se acercó lentamente al montón de leña. Al llegar allí la miró una cabeza semejante a la de una serpiente y oyó un fuerte siseo. Volvió corriendo con los demás.

—Creo que es una serpiente —dijo—. Me ha silbado.

—No creo que lo sea —replicó Sacolín—. Esperaremos un minuto y lo veremos.

Todos permanecieron inmóviles aguardando. De pronto un ratoncito diminuto corrió por la hierba cerca de la leña. De inmediato un cuerpo esbelto se irguió de su escondite abalanzándose sobre el ratón, pero éste, dando un grito, se volvió hacia un lado, introduciéndose en un agujero pequeño.

—¡Es una comadreja! —exclamó Sacolín—. La amiga del granjero. Capaz de limpiar de ratas y ratones toda una granja si le dan oportunidad, aunque no le diría que no a una gallina si pudiera meterse en un gallinero.

La comadreja miró al grupo de niños y volvió a sisear. En realidad era bastante parecida a una serpiente, ya que tenía la cabeza pequeña, el cuello largo, patas cortas y cuerpo esbelto que movía con ágiles movimientos deslizantes.

—No tengo duda de que doña comadreja hoy tiene hambre por alguna razón —comentó Sacolín—. No parece estar en muy buenas condiciones... quizá se está haciendo vieja y tiene más dificultades para cazar. Por lo general, las comadrejas son unas cazadoras maravillosas y muy fieras.

Los niños miraron al siseante animal. No era muy grande, y tenía la cola corta. Llevaba un abrigo castaño rojizo y blanco por la parte de abajo.

—¡Mirad! ¡Ahí viene otra comadreja! —dijo Rory señalando un seto con la cabeza. Y cierto, allí estaba un segundo animal con un aspecto tan fiero como el de la comadreja. Sacolín le echó una mirada.

—No... es un armiño —anunció—. Son un poco parecidos... pero el armiño es de mayor tamaño. Mirad su cola... es más larga y tiene la punta negra.

—Bueno, ahora puedo apreciar la diferencia viéndolos juntos —dijo Rory—. Pero estoy seguro de que si encuentro uno solo, no sabría cuál es.

—Voy a contaros una vieja canción del armiño y la comadreja —prosiguió Sacolín—. No sé quién la inventó, pero es muy buena. Escuchad:

El armiño puede distinguirse
de la comadreja por el simple factor
de que su cola es negra
y su figura ligeramente mayor.

Los niños rieron.

—¡Está muy bien! —exclamó Sheila repitiendo la tonadilla correctamente, y que tenía muy buena memoria—. Ahora ya no me olvidaré de cuál es el armiño y cuál la comadreja... ¡siempre que vea alguna cantaré la canción para mí y lo sabré!

El armiño había visto a la comadreja y estaba furioso. Salió corriendo al espacio abierto sin importarle la presencia de los niños. También él era bastante parecido a una serpiente cuando avanzaba, ya que no corría exactamente, sino que adelantaba con movimientos ondulantes.

—¿Lucharán? —preguntó Rory, pensando que de ser así iba a ser un buen día de peleas.

—No —dijo Sacolín—. El armiño no pierde el tiempo con una comadreja. ¡Sabe que la comadreja lucharía hasta que ambos hubiesen muerto! Está enfadado porque probablemente piensa que éste es su coto de caza y no quiere compartirlo con una fiera comadreja.

—¡Supongo que cazarán todo el año! —dijo Benjy—. ¡No puedo imaginar que el armiño o la comadreja duerman mucho tiempo!

—¡Tienes razón! —replicó Sacolín—. Son más fieros en el invierno que en verano. En los fríos países nórdicos el armiño hace algo muy curioso durante el invierno... ¡se vuelve blanco!

—¡Qué raro! —exclamó Penny—. ¿Y por qué hace eso?

—Bien, creo que tú misma puedes encontrar la explicación —dijo Sacolín. Penny reflexionó.

—Sí... Ya sé por qué —dijo—. ¡Es porque en el Norte la nieve cubre la tierra durante mucho tiempo y el armiño podría distinguirse fácilmente con su abrigo «castaño»... por eso se pone uno blanco para esconderse!

—¡Muy bien! —exclamó Sacolín complacido—. Sí... su abrigo cambia como por arte de magia. Pero aquí abajo, donde el clima es más cálido y no solemos tener inviernos en que la nieve dure mucho tiempo, el armiño no se molesta en cambiar de abrigo. Le he visto algunas veces en el Norte cuando se ha transformado y es todo blanco... ¡todo lo que puede verse de él en la nieve son sus ojos y la punta negra de su cola!

De pronto el armiño olfateó el aire. Evidentemente olía algo bueno, ya que en un abrir y cerrar los ojos desapareció por un agujero del seto.

—¿Ha olfateado su comida! —exclamó Benjy riendo—. La comadreja se alegra de verle marchar.

—Creo que la comadreja va a darnos una representación —dijo Sacolín—. Estaos quietos y veréis algo curioso.

La comadreja se estaba comportando de un modo muy extraño. Había salido al centro del claro y estaba haciendo las cosas más extraordinarias. Corría como si quisiera atrapar su rabo corto, y saltaba en el aire. Ondulaba su cuerpo como una serpiente y se lanzaba al aire una vez y otra. Los niños la observaban fascinados.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Penny en un susurro.

—Quiere asombrar a todos los pájaros y animales de estos contornos —susurró Sacolín—. Desea que se vayan acercando a ella. Luego saltará sobre ellos... ¡y conseguirá su comida!

La comadreja continuaba su actuación. Los pájaros de la enramada cesaron sus cantos para observarla. No podían apartar sus ojos de la extraordinaria comadreja. Jamás habían visto cosa semejante.

La comadreja corría en círculo y serpenteaba. Un ratón de campo asomó la cabeza para mirar, otro se acercó un poco más para ver lo que estaba ocurriendo. Un gran mirlo bajó corriendo a inspeccionar la representación.

Luego bajaron dos gorriones y un pinzón. Todos miraban completamente inmóviles. Los niños tampoco podían dejar de mirar... y a pesar de que querían prevenir a los pájaros y animalitos, ¡no pudieron abrir la boca ni pronunciar una palabra! Parecía como si la comadreja lo hechizara todo y a todos. Era muy extraño.

La comadreja continuaba con su danza... y poco a poco se fue acercando al mirlo que tan rollizo estaba. El pájaro no se movió y continuó mirando al ondulante animal. Penny deseaba gritar, pero no pudo. Todos parecían tener los ojos prendidos en la extraordinaria comadreja.

Ahora la comadreja estaba a muy poca distancia del estúpido mirlo... y entonces Sacolín rompió el hechizo dando una palmada... y al punto al mirlo salió volando lanzando un grito de alarma.

Todos los pájaros volaron a lo alto de los árboles, y todos los ratones desaparecieron como por arte de magia. Incluso la comadreja saltó asustada.

¡Y en cuanto a los niños, se asustaron más que la comadreja! ¡Se llevaron un buen susto cuando Sacolín aplaudió tan inopinadamente!

—¡Oh, Sacolín... me ha «asustado»! —exclamó Penny enfadada.

—Bueno, lo hice en el último momento —dijo «el salvaje»—. Otro segundo más y doña comadreja hubiera saltado sobre el fascinado mirlo... y vosotros no queríais que ocurriera, ¿verdad?

—¡Oh, no! —exclamó Sheila—. ¡Cielos, qué extraña representación! Mira que hacer eso para conseguir comida.

—No lo hacen muy a menudo —repuso Sacolín—. Pero yo lo he visto dos o tres veces antes de ahora, por lo general en un lugar parecido a éste, lleno de pájaros y animales vivos. ¡Y casi siempre caza a alguno!

—¡Bien, pues esta vez no cazó! —dijo Penny—. Pero sé lo que sentía el mirlo, Sacolín... yo

misma no podía pronunciar una palabra ni mover un dedo. ¡Todo lo que deseaba era seguir mirando, mirando y mirando!

La comadreja había desaparecido... pero no tardaron mucho en saber de ella. Un chillido agudo se oyó detrás de un seto y todos los niños pegaron un respingo.

—Ha atrapado a una rata —dijo Sacolín—. Supongo que será la misma que vi hace pocos minutos.

Era una rata. La comadreja luchó unos minutos con la rata y al fin consiguió morderla en la parte de atrás del cuello. Aquello fue el fin del fiero animal. La comadreja la arrastró para comérsela.

—Bueno, celebro que fuese una rata y no un pájaro. ¡No me gustan las ratas! —fue el comentario de Penny, a quien no le gustaba ver matar a ningún animal.

Cuando fue hora de regresar a casa, Sheila y Rory marcharon muy orgullosos con sus astas. Las sostuvieron sobre sus cabezas al entrar en el patio de la granja, y tío Tim quedó muy sorprendido al verles.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Nunca se sabe lo que vais a traer a casa... ardillas... erizos... y astas! Es una suerte que en nuestros bosques no haya jirafas ni hipopótamos, o Sacolín os regalaría uno como recuerdo, estoy seguro. ¡Y la verdad es que no puedo imaginar lo que diría vuestra tía Bess!

CAPÍTULO XXIII

REGALOS... Y UNA VISITA INESPERADA

Cuando los días se fueron acortando, los niños vieron mucho menos a su amigo. Ahora se había trasladado de su casa-árbol de verano a la cueva. Había construido un gran biombo de sauces para tapar la entrada, evitando el paso de los vientos fríos que soplasen, ya que los días de invierno eran crudos. Fue un invierno muy frío, y tía Bess no quería que los niños anduvieran mucho tiempo por los bosques.

—Estáis tan gordos y sanos —les decía—. ¡No quisiera que pillarais un resfriado precisamente ahora que van a venir vuestros padres!

Los niños iban a pasar la Navidad en la Granja del Cerezo, ya que sus padres pensaban ir directamente allí. Sería maravilloso pasar las Navidades en la granja y comer el pastel hecho por tía Bess, y tartas y fruta.

—Todos ayudaremos a adornar la casa —dijo Rory contento—. Traeremos bayas de todas clases y yo sé dónde hay mucho acebo.

—«Hemos» de ver a Sacolín antes de Navidad —dijo Benjy—. Le encantará ver lo que ha crecido *Pillina* y lo bonita que está.

—Ojalá pudiera llevarle a *Pinchitos* —agregó Penny, que quería mucho a su extraño animalito—. Pero ahora duerme y sé que no se despertará a tiempo. ¡Con este frío duerme todo el día y toda la noche!

—Debemos hacer un regalo a Sacolín —prosiguió Rory—. Ha sido tan bueno con nosotros y todo lo que sabemos de los animales se lo debemos a él. ¿Qué le regalaremos?

—No parece necesitar gran cosa —repuso Benjy—. Vive con tan poco y no da importancia a las cosas que gustan más a la gente. Sería inútil regalarle una pipa, una pitillera o corbatas, como a papá.

—Ya sé lo que podemos regalarle Penny y yo —exclamó Sheila—. ¡Una colcha tejida por nosotras! Haremos unas cien aplicaciones a ganchillo y luego las uniremos, le pondremos un hermoso fleco alrededor y se la regalaremos a Sacolín para que se cubra con ella las noches que hiele. Le gustan las cosas alegres, de manera que escogeremos las lanas más cálidos y vistosas que podamos encontrar.

—¡Es una buena idea! —aprobó Rory—. Ojalá a Benjy y a mí se nos ocurriera algo así.

—¿No podríamos hacerle un taburete de madera en el que pudiera sentarse, o utilizar como mesa? —dijo Benjy—. Una vez dijo que necesitaba un buen escabel.

—¡Oh, sí! ¡Es una idea estupenda! —Rory estaba entusiasmado. El vicario les enseñaba a hacer trabajos de carpintería, y por eso les sería fácil fabricar un escabel. Benjy pensaba tallar una serie de ardillas alrededor del asiento, que le recordasen a *Pillina*.

De manera que los niños pronto estuvieron muy atareados. Sheila y Penny se pusieron a tejer un cuadro tras otro. Si cometían algún error, lo deshacían y volvían a hacerlo bien. Lo que regalaron a Sacolín debía ser perfecto.

Los niños comenzaron el taburete. Lo hicieron bajo y fuerte con madera de roble que les dio el

vicario. Trabajaron de firme, y cuando Benjy se sentaba a tallar las diminutas ardillas a su alrededor, como *Pillina*, sentíase muy feliz.

—Sabéis, todas estas cosas son mucho más agradables que ir a fiestas, al teatro o al cine —le dijo a Rory—. Las cosas que hacemos aquí tienen más importancia. Oh, Rory, ¿no sientes tener que volver a la ciudad?

—Sí, creo que sí —replicó Rory con pesar. Pero tendremos que irnos después de Navidad. Penny llora cada noche al pensarlo.

—Bueno, si no fuera porque voy a cumplir doce años también lloraría yo —dijo Benjy trabajando la madera que tenía en la mano—. ¡Oh, bueno... es inútil quejarse! ¡Lo hemos pasado en grande y esto se termina!

Las fiestas se aproximaban cada vez más y al fin comenzó la semana de Navidad. Los padres de los niños iban a llegar la Nochebuena; por eso había gran excitación. Había que preparar y comprar los regalos. Decorar la granja de arriba abajo. Tía Bess hizo seis enormes tartas y cientos de bollos, para no mencionar el mayor pastel de Navidad que los niños vieron en su vida.

—¿Podemos ir a entregar nuestros regalos a Sacolín? —preguntó Penny un día—. Hace un día helado, pero precioso, ha salido el sol y nos encantaría dar un paseo para visitar al viejo Sacolín, tía Bess.

—Muy bien —respondió su tía—. Abrigaros bien y marchaos... y podéis invitar a comer a Sacolín el día de Navidad, si queréis.

—¡Ooooh, qué bien! —exclamaron los niños. Envolvieron bien la colcha y el escabel y se marcharon. El aire era frío y cortante, y sus mejillas enrojecieron con la helada. Era magnífico caminar en un día semejante.

Sacolín estaba en su cueva haciendo algo que ocultó rápidamente cuando entraron los niños.

—¡Hola! —les dijo—. ¡«Cuánto» celebro veros! ¡Cielos, Benjy, cómo ha crecido *Pillina*! Ahora es una ardilla muy bonita, ya veo que sabes cuidarla bien.

Pillina saltó del hombro de Benjy al de Sacolín, donde se sentó, frotando sus bigotes contra la oreja del hombre. Quería mucho a Sacolín.

—Le hemos traído nuestros regalos de Navidad —dijo Penny—. ¡Mire... Sheila y yo le hemos hecho esto para que esté abrigado por la noche!

Las niñas desarrollaron el paquete y «el salvaje» contempló la vistosa colcha hecha con tanto amor y cuidado.

—¡Es preciosa! —exclamó—. ¡Me gusta muchísimo! La usaré cada noche, Sheila y Penny. No podíais haberme hecho nada que me agradase más. ¡No sé cómo daros las gracias!

Y cogiendo la colcha se la echó por encima de los hombros. Le sentaba muy bien.

—Parece un jefe árabe, o algo así —le dijo Sheila—. Rory, dale ahora vuestro regalo.

Así que Rory y Benjy desarrollaron el escabel, Sacolín se sentó en seguida en él diciendo que estaba hecho a su medida.

—¿De verdad lo habéis hecho vosotros? —preguntó—. ¡Sois más listos de lo que creía! ¿Quién ha tallado estas ardillas alrededor del asiento? ¡Supongo que fuiste tú, Benjy! Te han salido muy bien. Es un regalo estupendo..., fuerte para sentarse y hermoso a la vista..., ¡cómo debe ser un taburete! ¡Muchísimas gracias, niños!

Todos quedaron satisfechos ante el entusiasmo de Sacolín. Vieron que su alegría era auténtica.

—Bueno, en vista que lo que se lleva son los regalos, os daré el que he hecho para «vosotros»

—les dijo Sacolín—. Aquí está mi regalo..., ¡y como vosotros, también lo hice yo!

Quitó unas ramas que cubrían un pequeño repecho... y allí, dispuestos sobre el estante rocoso había una serie completa de animales tallados a mano. Eran de madera y Sacolín los había ido tallando cuidadosamente durante las largas tardes de invierno a la luz de su vela.

—¡Sacolín! ¡Oh, Sacolín! ¡Son todos ¡os animales que nos ha enseñado! —dijo Penny gozosa—. Aquí está el castor con su cola aplastada... y el tejón... y la comadreja que vimos en el otoño... y el armiño con su larga cola.

—¡Y aquí está *Pillina*! —exclamó Benjy cogiendo una ardilla tallada muy semejante a *Pillina*—. ¡Oh, cómo sabe tallar tan bien la madera! Ignoraba que supiera hacerlo.

Los niños fueron cogiendo los animales de madera para examinarlos cuidadosamente. Todos estaban allí... el erizo, el topo, la musaraña, el ratón de campo, la nutria, el conejo, la liebre..., las serpientes, la lagartija, el sapo y la rana... ¡era maravilloso!

—Estaba acabando la zorra —explicó Sacolín—. En realidad es el único animal que no os he enseñado nunca con propiedad. ¿Sabéis que los cazadores han salido hoy en pos de la zorra? Esta mañana he oído los cuernos de caza.

—Sí, yo también —dijo Rory—. Y vi a los perros también y a los cazadores con sus chaquetas coloradas.

—«Rojas», Rory —dijo Sheila.

—Bueno, es lo mismo —replicó Rory—. Escuchad..., ¿no es eso un cuerno de caza?

—Sí —contestó Sacolín. Fueron todos a la entrada de la cueva para mirar. Lejos, en la distancia, pudieron ver las vistosas chaquetas de los cazadores y escucharon los ladridos de los podencos.

—Han encontrado una zorra —dijo Sacolín—. Espero que no sea mi antigua amiga. Ha podido escapar de muchas cacerías utilizando alguno de sus trucos... pero ahora se está haciendo vieja, y sus piernas no son tan veloces. No me gustaría que los sabuesos le dieran alcance.

La cacería se aproximaba. Los niños oían los gritos de los monteros y los ladridos de los perros cada vez más cerca. Rory comenzó a temblar de excitación, y Benjy y Penny desearon que la zorra pudiera escapar.

—¿«Por qué» han de cazarla? —preguntó Penny.

—Porque perjudica las aves de los granjeros —dijo Sacolín—. Pobre zorra..., no puede evitar su naturaleza..., ¡mira, Penny..., mira, Rory..., ahí está! ¡Subiendo nuestra colina!

Los niños miraron donde les señalaba Sacolín. Todos temblaban de emoción. Vieron un largo cuerpo rojizo de cola peluda corriendo colina abajo al amparo de una hilera de arbustos. Mientras miraban a la zorra, la vieron volver sobre sus pasos, correr al estanque, zambullirse en él y nadar hasta el otro lado. Luego salió de él sacudiéndose y echó a correr de nuevo.

—Ahora ya veis lo lista que es la zorra cuando se acercan sus enemigos —dijo Sacolín—. Ha vuelto sobre su rastro y ha entrado en el agua para borrar su olor. ¡Ah..., ahí viene otra vez rodeando la colina! ¡Viene hacia aquí!

Cierto que la zorra iba hacia Sacolín. Los niños tenían los ojos muy abiertos. El animal

acosado jadeaba dolorosamente. Llevaba la lengua fuera y estaba mojado de la cabeza a los pies, y todo su cuerpo era sacudido por su respiración.

—Está casi agotada. ¡Entra, amiga!

La zorra entró en la cueva empujando a los asombrados niños. Se acostó en el fondo jadeando como si fuera a estallar. Sacolín cubrió la entrada con la mampara de sauce y se acercó a la zorra.

Los niños se acercaron también. El animal había apoyado su cabeza sobre las patas delanteras. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados y la lengua fuera. Su respiración era terrible y parecía como si su cuerpo fuera a romperse. Aquel sonido llenaba toda la cueva.

Aquella mañana había corrido kilómetros y kilómetros perseguida por los podencos.

Penny se echó a llorar.

—¡No puedo soportarlo! —sollozó—. ¡Haga que se calme, Sacolín!

—Ahora mismo no puedo hacer nada por ella —dijo «el salvaje»—. Debe tumbarse y descansar. Sólo espero que los perros no entren aquí.

Mientras hablaba se oyeron fuertes ladridos en la colina y Rory corrió a atisbar por entre la mampara de sauce de la puerta. Los sabuesos olfateaban por allí tratando de encontrar el rastro de la zorra que se había interrumpido tan de repente en el lugar donde volviera sobre sus pasos. Pronto volvieron a encontrarlo en el estanque, pero allí el olor se perdía.

—Espero que no den la vuelta al estanque y vuelvan a encontrar de nuevo el rastro —pensó Rory—. ¿Qué haríamos si entrasen aquí los perros? La pobre zorra no tendría a donde ir. ¡Y no la entregaré a los perros, de ninguna manera! Sé que se come las gallinas de mi tío cuando puede..., ¿pero quién arrojaría a una criatura agotada como ésta a los perros? Yo no, desde luego.

La zorra seguía jadeando en la cueva, demasiado cansada para levantar siquiera la cabeza al oír los ladridos. Estaba con Sacolín, y eso era suficiente para ella. Donde estuviera aquel hombre estaba segura.

Rory y Sheila observaron a los perros que olfateaban la colina. Los monteros habían llegado hasta allí y hablaban unos con otros preguntándose dónde se habría metido la zorra.

—Es inútil perder más tiempo aquí —decía un cazador a otro—. Se la ha tragado la tierra. Iremos a la Granja de la Campana y veremos si podemos encontrar el rastro de otra zorra. El viejo Enrique dijo que por allí había una zorra joven que nos daría una buena carrera. Vamos. Llamad a los perros.

Y ante el alivio de Rory, los monteros volvieron a descender la colina para unirse al resto de cazadores que aguardaban en el valle. Los perros se fueron también moviendo sus colas como el viento mueve las copas de los árboles.

—¡Se han ido! —exclamó Rory yendo hacia Sacolín.

La zorra estaba mejor, sus jadeos eran más lentos y descansaba con más facilidad. Miraba «al salvaje» con sus ojos inyectados en sangre.

Sacolín le puso oído de beber que el animal lameteó con avidez.

—Bueno —dijo Sacolín—. Dije que la zorra era el único animal que todavía no os había enseñado de cerca..., ¡y ahora aquí está! Ved su hermosa cola peluda y su fino y espeso pelaje rojizo. Es un hermoso animal. Tiene una buena madriguera... que llamamos su «tierra»... no muy lejos de aquí. En cuanto se sienta mejor se irá a descansar allí. No creo que hoy sea capaz de

correr ni un metro más.

—¡Qué suerte que le conociera a usted y a su cueva! —exclamó Benjy.

—Sí —replicó Sacolín—. Ha venido muchas veces por aquí y me conoce bien. Pobrecilla..., me temo que la próxima vez que te persigan te atraparán.

—Yo no quiero que la cojan —dijo Penny atreviéndose a acariciar el lomo de la zorra, y como ésta ni lo notó, confinó haciéndolo.

—Y ahora voy a terminar la zorra que estaba tallando para vosotros —dijo «el salvaje»—. Entonces podréis envolver todos los animales para llevároslos.

Dio un par de cortes más con su afilado cuchillo... y luego puso la figura de la zorra junto a las otras ya terminadas.

—¡Es preciosa! —exclamó Penny—. Cola poblada..., orejas erguidas... igual que ésta. ¡Oh, Sacolín, es un regalo precioso! ¡Muchas, muchísimas gracias!

Sacolín envolvió en un papel todos los animales de madera y se los dio a Benjy.

—Muy felices Navidades a todos —les dijo.

—¡Oh, Sacolín, casi lo olvido...! ¿Quiere venir a comer con nosotros el día de Navidad? —le preguntó Rory.

Sacolín meneó la cabeza.

—Gracias —dijo—, ¡pero ya he invitado aquí a varios de mis amigos para ese día! Espero que vengan las ardillas... algunos conejos y tal vez la liebre.

Los niños miraron a Sacolín imaginando la cueva llena de sus amigos el día de Navidad. ¡Casi deseaban poder estar allí y no en la Granja del Cerezo!

—Vendremos o despedirnos antes de marcharnos —le dijo Benjy—. Tenemos que volver a Londres después de Navidad. Es muy triste.

—Lo es —repuso «el salvaje»—. Ahora mirad... la zorra quiere marcharse. Iremos con ella. ¡Tal vez nos enseñe «su tierra»!

La zorra se había puesto en pie y allí estaba temblando por su larga carrera. Se acercó a Sacolín para lamerle la mano, como un perro lame la de su amigo.

—¡Éste es su perro salvaje, Sacolín! —exclamó Benjy—. ¡Ha sido una suerte para él saber que aquí estaría a salvo!

La zorra fue hasta la puerta e intentó pasar por la mampara de sauce. Sacolín la apartó a un lado y el animal salió. Los niños le siguieron. Iba despacio, tropezando de cuando en cuando porque estaba agotada. Todo lo que deseaba era tenderse en «su tierra» y dormir horas y horas.

Rodeando la colina se acercó a un lugar cubierto de ramos secas entre las que desapareció.

Sacolín llevó a los niños hasta el centro de la hojarasca para mostrarles la entrada de la guarida de la zorra. Era un agujero muy bien disimulado. Benjy se arrodilló para examinarlo.

—¡Fu! —exclamó—. ¡Qué mal huele!

—Me figuro que sí —repuso Sacolín—. Algunas veces la zorra hace su madriguera cerca de la casa del tejón... y el tejón aborrece el olor de la zorra hasta el punto de abandonar su casa y hacerse otra.

—¡Bien, buena suerte para la zorra! —exclamó Benjy—. ¡Espero que duerma bien! ¡Adiós, Sacolín... y feliz Navidad!

—¡Y muchísimas gracias por esta maravillosa colección de animales! —dijo Penny—. Los miraremos a menudo para recordar los auténticos animales vivos que conocimos este año.

—Y yo me sentaré en mi nuevo taburete y me envolveré en mi alegre manta... y recordaré a los bonitos animales que me los hicieron —rió Sacolín—. ¡Adiós!

CAPÍTULO XXIV

¡LA MEJOR DE LAS SORPRESAS!

Las Navidades en la Granja del Cerezo fueron estupendas. Para comenzar, los papas de los niños llegaron el día antes... y debierais haber visto lo sorprendidos que quedaron al ver a los niños.

—¡Pero éstos no pueden ser nuestros hijos! —exclamó la madre—. ¡Si hacen doble bulto! ¡Y tan gordos y sonrosados!

—¡«Somos» vuestros hijos! —contestó Penny abrazando a su madre—. Oh, mamá, lo hemos pasado tan bien aquí... pero es magnífico volveros a ver a ti y a papá.

Fue un día emocionante, ya que entre la bienvenida a sus padres, preparar sus regalos y envolverlos, y colgar sus calcetines más largos, el tiempo se pasó volando.

—Esta noche no voy a poder dormir, lo sé —dijo Penny—. Lo sé.

Pero durmió, lo mismo que los otros. Echaron un último vistazo a sus calcetines que colgaban a los pies de sus camas, y luego se durmieron.

¡Y por la mañana, qué excitación! Los calcetines estaban llenos hasta rebosar, incluso los de Rory, que aun siendo mayor como era, tuvo que colgar sus medias con la misma ilusión que los pequeños.

Penny encontró una muñeca maravillosa que cantaba una pequeña canción cuando se le daba cuerda por detrás. Benjy tuvo un estupendo regalo... una jaula con dos periquitos verdes y azules: eran unos pájaros muy bonitos que no cesaban de frotar sus cabezas y los picos uno con otro cotorreando sin parar. ¡Benjy apenas podía dar crédito a sus ojos!

—¡Es precisamente lo que siempre he deseado! —exclamó. *Pillina*, la ardilla, se interesó mucho por los periquitos y se sentó encima de la jaula para hablarles. Ellos ni se inmutaron.

Sheila recibió un costurero de pie, completo, con tijeras, agujas, hilos, sedas, lana, botones, corchetes y cierres. Había incluso un dedal de plata exactamente a la medida de su dedo. Estaba encantada.

Rory encontró un avión... magnífico, que volaba mucho trecho. Luego, claro está, tuvieron sus regalos mutuos, y los de sus tíos. ¡La verdad es que el dormitorio a la hora del desayuno, parecía un bazar!

Celebraron la comida de Navidad a mediodía, y Rory se sirvió tres veces del pastel de pasas, encontrando una moneda de cinco pesetas en cada pedazo.

—Te pondrás enfermo, Rory —le dijo su madre preocupada.

Tía Bess y tío Tim se echaron a reír.

—¿Que Rory va a ponerse malo por comer tres pedazos de pastel? —exclamó tío Tim—. Tú no conoces al Rory de la Granja del Cerezo, querida..., ¿te hemos contado que un día Rory repitió cinco veces de la tarta de frambuesas y crema de tía Bess?

—No cuentes esas cosas, tío —dijo Rory—. ¡La verdad, no es que sea glotón, pero es que tía Bess guisa tan bien!

Todos admiraron los animales de madera de Sacolín. A papá le parecieron realmente

maravillosos.

—Ese individuo podría ganar mucho dinero si se dedicara a esto —dijo examinando la talla del tejón—. Éste es perfecto.

—Sacolín nunca tiene ni un céntimo en el bolsillo —dijo Benjy—. Es sólo un «salvaje». ¡Cielos, cómo me gustaría verle en este mismo instante... celebrando la Navidad en su cueva con los conejos a sus pies... las ardillas sobre sus hombros, la liebre también estará por allí... y puede que algunos ratones!

Cuando la Navidad hubo pasado con su buena comida, su alegría y sus risas, sus frutas y frutos secos, un sentimiento de pesar fue invadiendo el interior de cada uno de los niños.

Ahora sí estaba próximo el momento de tener que abandonar su querida granja. Rory y Benjy tenían que ir a un pensionado, y Sheila y Penny iban a tener una institutriz. Aquellos adorables días de libertad llegaban a su fin.

¡Pero aquel año de sorpresas les reservaba una sorpresa más!

Sucedió cuando los padres de los niños estaban hablando del colegio de los niños.

—No veo cómo podremos conservar nuestra casa en la ciudad, con tan poco dinero, y con lo cara que resulta la educación de los niños —decía la madre a tía Bess—. Y también quisiera que pudieran estar más tiempo en el campo, ya que esta vida les prueba tanto.

Entonces tío Tim dijo algo inesperado.

—Bueno —dijo dejando a un lado su periódico—. ¿Y por qué tú y John no os dedicáis a la agricultura como nosotros? John ha vivido en el campo durante su infancia, y si comprase una buena granja, no lo haría del todo mal. ¡Lo lleva en la sangre!

La madre miró a tío Tim y los niños contuvieron el aliento.

Su padre alzó la cabeza, riendo.

—¡Qué! ¿Comenzar la vida en el campo a mi edad? —exclamó—. ¡Después de dedicarme a los negocios por espacio de veinte años!

—¡Sí, y ese negocio te deja menos dinero cada año! —replicó tío Tim—. Ahora escucha, John... la Granja del Sauce está a la venta y es una buena granja. Saca tu dinero de ese negocio e inviértelo en la granja. Vente a vivir aquí y trabájala tú mismo. Yo te ayudaré. Está sólo a cinco kilómetros de aquí y celebrarías tenerte como vecino.

Se oyeron gritos de los niños, chillidos y saltos. Benjy bailó una especie de danza de guerra alrededor de su padre y Penny saltaba como si fuese una pelota de goma. Rory y Sheila se abrazaron bailando y en conjunto la estancia daba la impresión de la jaula de los monos del zoológico.

—¡Vaya! —exclamó el padre de los niños estupefacto—. ¿Os habéis vuelto locos? Primero tío Tim lanza esa extraordinaria idea suya..., ¡y luego la familia entera se vuelve loca!

Tía Bess comenzó a reír hasta que las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Los niños estaban tan ridículos y su padre tan asombrado...

—¡Oh, John! —exclamó tío Bess enjugándose los ojos—. Tal vez te parezca una idea descabellada... pero la verdad, pensándolo bien, es muy sensata. Tú mismo dices que sólo es cuestión de tiempo el que tu negocio desaparezca... bien, te gusta el campo, y conoces la agricultura... de manera que, ¿por qué no comenzar ahora en vez de esperar a que todo tu dinero

haya desaparecido? ¡Y luego están los niños! Jamás vi un atajo de debiluchos como ellos cuando llegaron aquí, el pasado abril. Mírales ahora..., ¡fíjate lo que ha hecho de ellos la vida en el campo!

Entonces tío Tim dijo algo inesperado.

Sus padres les miraron... y luego intercambiaron una mirada. Ninguno de ellos deseaba regresar a Londres. Y después de todo, había que pensar en los niños. Hasta ahora siempre estuvieron pálidos y enfermos. Y la Granja del Sauce era un lugar de ensueño con sus campos preparados, sus arroyos de plata, buenísimos graneros y una cómoda casa.

—Bueno..., lo pensaremos —prometió el padre de los niños—. Los niños tendrán que ir a un pensionado, pero les hará bien volver a la granja durante las vacaciones... Sí..., lo pensaré.

¡Lo pensó... y compró la Granja del Sauce! La noticia llegó el día anterior a la marcha de los niños hacia el pensionado, y se pusieron locos de contento.

—¡Vendremos a la Granja del Sauce por Pascua! —gritó Benjy saltando, con tal ímpetu, que *Pillina* cayó de su hombro—. ¡Oh, ahora no me importa irme al colegio..., sabiendo que me espera la Granja del Sauce! Tendremos vacas y yo mismo las ordeñaré. ¡Montaremos nuestros caballos! Tendremos cerdos y una pocilga. ¡Y gallinas, patos y gansos! Tendremos...

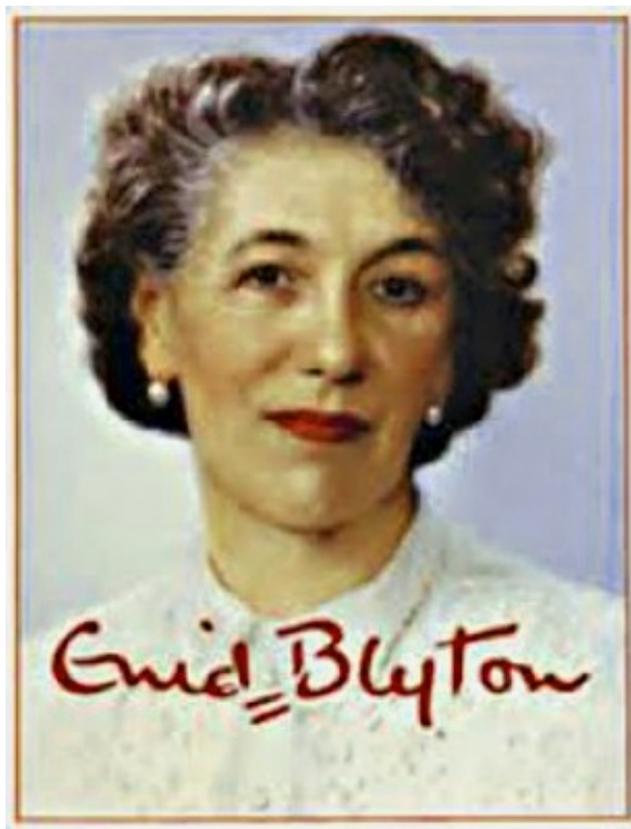
—¡Ah, oh! ¿Y qué dirá Sacolín? —exclamó Penny—. ¡«Tenemos» que decírselo! ¡«Hay» que decírselo!

—¡Vamos ahora, de prisa! —gritó Rory—. ¡Cielos, ésta es la mejor noticia de nuestra vida!

De manera que corrieron a decírselo a Sacolín, su buen amigo. Y allí les dejaremos, corriendo por los campos helados en busca del «salvaje» para comunicarle sus maravillosos planes respecto a la Granja del Sauce.

—¡La Granja del Sauce! ¡La Granja del Sauce! —cantaba Penny—. ¡Oh, cómo me divertiré en la Granja del Sauce!

¡Y vaya si se divirtieron..., pero ésa es otra historia!



ENID BLYTON (East Dulwich, Inglaterra, 11 de agosto de 1897 - Londres, 28 de noviembre de 1968). Enid Blyton, conocida también por su nombre de casada, Mary Pollock, es, sin duda, la autora más conocida de libros para niños y jóvenes del mundo entero. Las ventas de sus más de setecientas obras llenas de acción y suspense superan los cien millones de ejemplares. Sus obras, protagonizadas por pandillas de jóvenes, combinan las aventuras más extraordinarias con espías, ladrones, casas deshabitadas, pasadizos secretos y galerías subterráneas, sin olvidar las meriendas, genuinamente inglesas, de pasteles diversos y termos de té. Es principalmente conocida por series de novelas como *Los Cinco* y *Los Siete Secretos* (ambas ciclos de novelas cuyos protagonistas son jóvenes que forman una pandilla y que desentrañan misterios) o *Santa Clara*, *Torres de Malory* y *La traviesa Elizabeth* (ciclos ambientados en internados femeninos, la otra constante de su narrativa).